



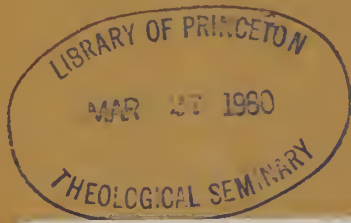
El San Francisco
de Asis Americano,
Pedro de
San José
Bethencourt

Obra escrita por
Máximo Soto-hall

Librería de García Santos
Buenos Aires, Año de mcmxxxv.



48



BX 4705 .B45 S6
Soto Hall, Maximo, 1871-
El San Francisco de Asis
americano

2548-23

BIBLIOTECA MUNICIPAL
CALLAO

No.

12617



V. Fr. Petrus à S. Iosepho de Betancur ob eximiam Nativitatis Domini devotionem, insignemque Charitatem erga pauperes, Ordini in Hospitalarium Bethleemitarum in Indijs Occidentalibus fundavit, et pie obiit Goathemalę die 25. Aprilis 1667.
 R. Fr. Barth. a S. Ant. Trinit. Exc. del. Sculpsit H. Frezza Roma anno 1737. Sup. lic.



EL SAN FRANCISCO DE ASÍS AMERICANO

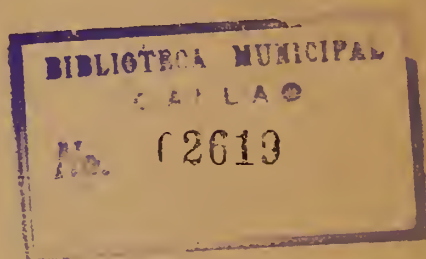
PEDRO DE SAN JOSÉ BETHENCOURT

MAXIMO SOTO-HALL

THEOLOGICAL

EL SAN FRANCISCO
DE ASIS AMERICANO

PEDRO DE SAN JOSÉ
BETHENCOURT



LIBRERIA PANAMERICANA
CASILLA CORREO 98
BUENOS AIRES

1935

INDICE

| | |
|---|-----|
| DEDICATORIA | I |
| I. El porqué del título de este libro | 5 |
| II. El paralelismo de los personajes | 13 |
| III. Otros aspectos de paralelismo | 23 |
| IV. El proscenio del Venerable Hermano Pedro | 31 |
| V. Cuna del Venerable | 41 |
| VI. Ahondando el cauce | 51 |
| VII. Sus primeros pasos en el nuevo campo | 57 |
| VIII. La pobreza intelectual de Pedro | 63 |
| IX. Un breve paréntesis de desesperanza | 71 |
| X. La verdadera génesis de su labor hospitalaria | 81 |
| XI. Humanos residuos que llenaban los hospitales | 89 |
| XII. De tercero a educador y hospitalario | 99 |
| XIII. Un sueño fantástico | 107 |
| XIV. La realización de un sueño | 115 |
| XV. Médico de almas | 119 |
| XVI. Influencia y generosidad con los animales | 125 |
| XVII. Religioso y no fanático | 135 |
| XVIII. Fundador de una orden religiosa | 143 |
| XIX. A través de los monasterios | 149 |
| XX. A través de los monasterios | 157 |
| XXI. La obra culminante del Hermano Pedro | 165 |
| XXII. Don Rodrigo de Arias Maldonado | 175 |
| XXIII. Antecedentes mundanos de la conversión de Don Rodrigo | 179 |
| XXIV. La consumación del hecho | 189 |
| XXV. Una nueva cita | 195 |
| XXVI. La primera lección | 199 |
| XXVII. Fray Rodrigo de la Cruz | 205 |
| XXVIII. La muerte del fundador | 211 |
| XXIX. Apoteosis al Venerable | 217 |
| XXX. Consolidación y difusión de la orden Bethlemitica | 225 |
| XXXI. Los Bethlemitas en la Argentina | 233 |
| APENDICE. El proceso de Canonización | 247 |
| INDICE alfabético de nombres citados | 257 |



A AMY DE SOTO-HALL

En nuestras frecuentes excursiones a la Antigua Guatemala, esa región paradisíaca, nido encantado de poesía y ensueño, no una sino muchas veces, hemos ido, llevados de nuestra mística admiración, a visitar la tumba del "Hermano Pedro". Bajo las arcadas de aquella capilla modesta nos parecía sentir, con más intensidad el acercamiento al varón puro, al espíritu excelso, vaso de perfección en que el Altísimo regó sus esencias, para que ellas perfumaran cuanto en torno de la vida ejemplar de este grande hombre se ha desarrollado.

La unción sagrada de aquel recinto y las escenas conmovedoras que nos ha tocado presenciar, contribuyeron, de manera poderosa, a exaltar nuestro culto por Pedro de San José Bethencourt. Con esa emoción secreta y honda que sólo son capaces de producir las cosas vistas, hemos asistido —lo debes recordar bien— a la llegada a ese santo lugar del elemento indígena, particularmente, en busca de consuelo y amparo. Iban a solicitárselo al que fué, hace casi tres siglos, el padre, el amigo, el benefactor de sus antepasados, y que hoy sigue, al igual que entonces, desempeñando esa augusta misión con sus descendientes tan olvidados e infelices como en aquel tiempo.

¿Te acuerdas? Cuántas veces vimos llegar a mujeres enloquecidas en un paroxismo de dolor, desfigurados los rostros, anegados en lágrimas los ojos, gimiendo con diapason de alarido, trémulo el paso y tembloroso el cuerpo. Se dejaban caer de rodillas pesadamente, aplastadas por su pena. No modulaban una plegaria aprendida; estallaban en un derroche expansivo de su angustia. Hablaban en su lengua vernácula, atropelladamente, como el que se desahoga en el seno de un alma amiga, de un corazón hermano. En su desesperación no se avenían con su reclamo verbal. Golpeaban con los nudillos de sus dedos trémulos en la pared que encierra la sagrada reliquia. Llamaban y llamaban entre lamentos y sollozos, y aproximaban el oído al muro como si esperaran la anhelada respuesta.

Después. . . . las vimos levantarse en actitud reposada, secos los ojos, mudos los labios, repuestas las facciones y el continente tranquilo. Se había verificado el milagro de consolación, ese milagro que tiene lugar todos los días y a toda hora en la capilla donde reposan los restos del fundador de la orden bethlemítica.

En presencia de aquellos hechos, reflejo de la acción heroica realizada por el sublime hijo de las Canarias, comprendíamos mejor su obra, tan pura, tan grande, tan desinteresada y tan trascendental. Sentíamos entonces el deseo, muy explicable, de estar en íntimo contacto con lo que fué su ambiente y su escenario. Ibamos en peregrinación recóndita a la casita, que aún subsiste, donde iniciara su hospital y a los lugares que frecuentara, llevado por su caridad y su fé. En las noches, en aquellas noches admirablemente esteladas, del

valle de Panchoy, en medio de un silencio evocador que retrotrae a los siglos muertos de la ciudad histórica, nos parecía ver, entre la penumbra, emerger la figura del Hermano Pedro, ambulando en preciosas vigiliass para buscar a los enfermos, a los atormentados, a los tristes, a los descarriados, y ofrecerles la medicina, el pan, el alivio y el consejo. Casi hería nuestros oídos el vibrar sonoro de su clásica cañpanilla y llegaba a nuestra alma su voz dulce modulando su sentenciosa endecha:

“Acordaos hermanos
Que un alma tenemos
Y si la perdemos
No la recobramos”. (1)

Fué entonces cuando empecé a escribir este libro en que he puesto mi alma y tú has puesto la tuya. Los dos buscábamos, con ansia espiritual, las huellas luminosas del Siervo de Dios. Nos parecía ir tras él, como nos parece ahora, después que le hemos acompañado en estas páginas hasta el sitio de su eterno descanso.

No es ésta, por lo mismo, una dedicatoria; es un ofrecimiento que te hago del libro impreso, listo para ir a las manos de los que quieran conocer uno de los más bellos ejemplares de la estirpe humana, tesoro inapreciable que España envió a las Indias, más valioso que el oro que llegó a la península, extraído de las ricas vetas que se hallaron en el prodigioso mundo que Cristóbal Colón arrancara al misterio.

(1) Estas no son propiamente las palabras que pronunciaba el “Hermano Pedro”. Son una atinada paráfrasis del gran novelista José Millá.

EL, PORQUE DEL TITULO DE ESTE LIBRO

En las regiones del idealismo cristiano, sobre la cumbre más alta, aureolada de luz esplendorosa, álzase magnífica la figura de Francisco de Asís. El hijo de Pica y de Bernardone logró hacer la cristalización humana más admirable de las divinas enseñanzas del hijo de María y de José. Su corazón, como el instrumento más fino, vibraba al contacto de todo cuanto le rodeaba, hombres y cosas. Antena delicadísima y a la vez potente, recogía y multiplicaba hasta las ondas más imperceptibles. De ahí que viviera por todos y para todos. De ahí que supiera, mejor que nadie, comprender y llevar a la práctica el concepto que Jesús tenía de la caridad, según se desprende de sus doctrinas, considerándolas, no como una virtud solamente, sino como una obligación, la más sagrada de las obligaciones del hombre. Y Francisco, el *pobrecito de Asís*, supo cumplir con esa obligación en grado máximo. Hizo de ella el objeto capital, la meta de sus más nobles aspiraciones. Le consagró su cuerpo y le consagró su alma. La generosidad, el desprendimiento manaban en tal abundancia de su excelso espíritu, que inundaban cuanto se esparcía a su alrededor. No alcanzaba sólo a los seres humanos, abarcaba igualmente a los irracionales, y aún iba más allá, se extendía a los objetos inanimados, a aquellos que nuestros medios de apreciación incomple-

tos no nos permiten saber si sienten y padecen. Él, en su exquisitez, adivinaba ese dolor y esa sensibilidad.

Triunfó de sí mismo, el más difícil de todos los triunfos, hasta conseguir su completa transfiguración. Los vicios le atraían, la vanidad le exaltaba, le dominaba el orgullo, le seducían los placeres, la gloria le arrebatava, y él, con sobrehumano dominio, como el árbol que se desprende de sus hojas enfermas para vestirse de nuevo follaje, logró despojarse de todas las miserias que lo envilecían. ⁽¹⁾ A los vicios opuso la abstinencia, a la vanidad la sencillez, al orgullo la humildad, a los placeres la penitencia, a los anhelos de mundana pompa. el anulamiento absoluto.

Como Pericles, como Augusto, como Luis XIV. pudo dar nombre a su siglo. El suyo debió llamarse el *Siglo de Francisco*. Su influencia es la más grande que se registra en su tiempo, no sólo en las esferas religiosas, sino en múltiples y variadas esferas. Su incesante labor y su hermoso ejemplo, con carácter casi definitivo, llevan su acción a todos los vientos del espíritu. Penetró en el recinto de los claustros donde la regla se había relajado y la corrupción sentado sus reales, derramando un hálito vivificante de purificación; dulcificó a la sociedad endurecida y reseca por el ejercicio de las armas y las costumbres feudales; influyó en el recio temperamento del Papa Inocencio, atemperándolo y humanizándolo; fué bálsamo para el dolor en general y, ante todo, tendió un manto de acariciante sedancia sobre la carne mordida de llagas, que la lepra, mal reinante, esparcía por todos los ámbitos

de Europa. Abrió, gracias a la inspiración que encendía, nuevos veneros al estro del poeta y a las gestaciones del artista. La ciencia y la filosofía sienten las proyecciones de su influjo. Hay en el mundo toda una palpitación que se desprende de su obra y va ungida con su óleo y marcada con su sello. Corola fragante, hace sentir mejor el encanto de su perfume en aquellos días de esterilidad en que le tocó florecer. Este perfume diríase que atrae los elementos dispersos del cristianismo que, fundido en una sola masa por las Cruzadas, al tocar éstas a su fin parece que se desmorona. Hizo nacer la esencia cristiana en su más pura fuente, la fuente de la fraternidad. La fusión de los corazones por el amor fué la piedra angular de su obra. Francisco trató de ser el eje en que la humanidad girara suavemente empujada por brisas de concordia, no arrebatada por huracanes de odio. Aplacar las pasiones que en lo político y en lo religioso ardían devorantes, tal fué la misión que se impuso y que logró realizar, hasta donde cabe, dada la imperfecta condición de la humanidad.

Figura tan preclara y límpida, que se alza sobre el común de los demás hombres para constituir una especie superior en la estirpe humana, varón tan eximio, espíritu tan alto que se pierde en regiones apenas concebibles, se diría que no era dable que tuviese quien, ni remotamente, pudiera acercársele, ascender al plano conspicuo en que culmina. Sin embargo, el humilde siervo de Dios, Pedro de San José Bethencourt, que, para honra de América, desplegó sus cristianas actividades en un girón del hemisferio nuevo, que derramó

los tesoros del vaso de perfección de su alma en la ciudad de Santiago de Goathemala, (2) puede, con sobradas ejecutorias, colocarse en la misma alta cumbre donde, nimbada de celeste luz, se alza la figura de Francisco de Asís.

En aquel poema de epopeya mística llamado "*El Genio del Cristianismo*", en unas de sus más bellas páginas, las dedicadas a los hospitales, Chateaubriand, dedica al venerable Pedro de San José Bethencourt justa y emocionante recordación. "Pedro de Bethencourt, — dice el glorificador de la fé nazarena, — franciscano, hallándose en Goathemala, ciudad y provincia de la América Española, se compadeció de la suerte infeliz de los esclavos que no tenían asilo alguno en sus enfermedades. Habiendo conseguido de limosna un mezquino albergue, donde antes tenía una escuela para los pobres, edificó él mismo una especie de enfermería, que cubrió con paja para recoger en ella a los esclavos faltos de todo abrigo. No tardó en encontrar una negra maltratada y abandonada por su dueño; púsola sobre sus hombros y, lleno de gloria, condújola al albergue que daba el nombre de hospital y recorrió la ciudad mendigando para su pobre negra. No sobrevivió ésta a tan acendrada caridad; pero derramando sus lágrimas postreras, prometió a Bethencourt celestiales recompensas, que obtuvo, sin duda alguna.

"Muchos ricos, conmovidos por tales virtudes, dieron a Bethencourt cuantiosos recursos, con los cuales la choza de la negra se trocó en magnífico hospital. Este religioso murió joven, pues el amor a la humanidad consumió su corazón. No bien se divulgó la nueva

de su muerte, los pobres y los esclavos corrieron precipitadamente al hospital para ver por última vez a su protector. Besaban sus pies, cortaban pedazos de sus vestidos y hubieranle mutilado para llevarse alguna reliquia a no rodear de guardias el féretro. A primera vista parecía un tirano presa del furor del pueblo y era, tan sólo, un obscuro religioso a quién se defendía del amor y de la gratitud de los pobres". (3)

El genial vizconde tan acuciosamente documentado para escribir su obra, posiblemente no pudo encontrar, por ser escasa y difícil, la información suficiente con relación al venerable Pedro de San José Bethencourt, ya que, si bien logró penetrar en la grandeza de su espíritu y medir sus hondos sentimientos de altruismo y su inagotable venero de caridad, no llegó a dar a su obra la verdadera magnitud que tuvo. Al través de los párrafos citados, parece que su labor fué fácil, que tuvo a mano cuanto necesitaba gracias a una ayuda eficaz y espontánea. No se adivinan, empero, ni menos se conocen, todos los obstáculos que tuvo que vencer, todos los sacrificios a que hubo de someterse para culminarla.

En las páginas de este libro, quiéralo así la suerte para colmar el anhelo que lo ha inspirado, acaso aparezca, si bien empalidecida por falta de colores para pintarla, la obra filantrópica, el verdadero milagro de voluntad y abnegación que llevara a término feliz el llamado por el vulgo "*Hermano Pedro*" y a quién, lo repetimos con el pleno convencimiento que da la verdad profundizada, puede llamársele "*El Francisco de Asís Americano*".

NOTAS DEL CAPITULO I

(1) Mucho se ha hablado del desenfreno de Francisco en su juventud y de cómo se hallaba dominado por las pasiones y los vicios propios de su edad y de su tiempo. Celano, acaso el primero de sus biógrafos y admirable por su sinceridad, escribe después de una viva reseña de su borrascoso existir: "Tales fueron las tristes enseñanzas en que este hombre, a quien hoy veneramos como santo y lo fué en verdad, se educó desde la infancia, perdiendo y malgastando miserablemente el tiempo hasta muy cerca de los veinticinco años. Más todavía: superando a los mozos de su edad, destacándose como el excitador de los calaveras, *incertor malorum*, y rival triunfante en necedad".

Fray Tomás Celano. — "*Vita prima de S. Francisci Assisiensis*" (1228). Obra encomendada al autor por el Papa Gregorio IX veintidos meses después de la muerte del santo.

(2) La tercera metrópoli que llevó ese nombre, de que más adelante se hablará detalladamente y que sirvió de escenario a la preciosa vida de Pedro de San José Bethencourt, tuvo asiento en el magnífico valle de *Panchoy*. Poco tiempo después de su fundación, el emperador Carlos V por una real cédula concedió a la nueva metrópoli escudo de armas. Consistía éste en tres volcanes, uno de ellos arrojando fuego, sobre cuya cima aparecía la figura del apóstol Santiago, jinete en un caballo blanco y blandiendo su espada. Todo sobre campo de gules, teniendo por orla ocho conchas de oro en fondo azul y una corona a guisa de timbre. En 1556, Don Felipe II le otorgó el título de *Muy noble y leal Ciudad*. Su desarrollo, por entonces era ya muy notable, y no tardó en ser la segunda ciudad de la América española, después de México.

(3) *Chatcaubriand (Renato, vizconde de)* — "*El Genio del Cristianismo*".

II

EL PARALELISMO DE LOS PERSONAJES

La Historia nos ofrece el extraño espectáculo de sucesos importantes que sorprenden por su admirable paralelismo. Tal fenómeno podría apellidarse repeticiones históricas. Con centurias de por medio, en regiones de índole diametralmente opuesta por sus condiciones topográficas y geográficas, en pueblos de fisonomía completamente distinta, se han verificado hechos, por su conjunto unas veces, por sus detalles otras, por ambas concurrencias algunas, de prodigiosa similitud. Con personajes históricos, acontece algo análogo. Tal parecido no permite, por la forma en que se presenta, atribuirlo a consecuencias del espíritu imitativo, ni a una acción refleja. Es algo que está fuera de la voluntad. Hechos materiales en que no pudo influir propósito determinado como producto de seducción de una figura anterior, se advierten con rara precisión. Es un fenómeno misterioso que, hasta ahora, escapa a la lógica y a la ciencia, pero que se verifica sin que ni la lógica ni la ciencia puedan recusarlo. Estos personajes siendo semejantes, son distintos.

Tal pasa con Francisco de Asís y Pedro de San José Bethencourt.

Los navegantes del siglo XVI, aquellos hombres extraordinarios que consumaban heroicas y sorprendentes aventuras a través del océano, en busca de tierras desconocidas, tenían puntos de contacto en que casi se confundían. El mismo escenario, la misma empresa. Sin embargo cada uno tiene su propio sello y su individualidad particular. Pedro y Francisco son también dos navegantes que bogan en mares parecidos. Se embarcan con igual resolución, tienden con análoga bizarría sus velas al viento del destino, afrontan con la misma intrepidez y la misma serenidad las tormentas y vencen con idéntico tesón la furia de los elementos. Vigilantes pilotos que lo sacrifican todo, hasta agotarse con el puño en el timón, para conducir la nave al deseado y seguro puerto.

No podría otorgarse, sin cometer grave pecado de injusticia, la primacía a uno sobre el otro de los navegantes. Ambos enquillaron sus barcos hacia el mismo rumbo, ambos iban en persecución de los mismos tesoros. Ni más pericia, ni más perseverancia, ni más valor, puede adjudicarse al uno que al otro. Marineros espirituales, no por eso se sustraían a las exigencias que obligan a los marineros corrientes. Puede navegarse con análoga orientación, persiguiendo un único punto final de remate, pero variando en detalles sin importancia la ruta. Los caprichos del tiempo, las variantes del océano, los accidentes de las costas, la estructura peculiar del navío, son factores que imponen esos cambios.

La lucha de Francisco consigo mismo, domando su propio yo, fué mayor que la de Pedro. Su temperamento impetuoso, la jerarquía social que le daba su cu-

na, la holgura que le permitía la desahogada posición económica de su padre, el ambiente de halago fácil y seductor que le creaban sus alegres y bulliciosos amigos, las dotes naturales de apostura con que le obsequió naturaleza, eran vallas casi infranqueables que se oponían a sus designios de humildad, de abstinencia, de renunciamiento y de pobreza. (1) Tan pesado era el lastre que, aunque fuese en la forma solamente, no pudo arrancarse por completo ciertos resabios de ía época. A un grupo de sus compañeros apellida *caballeros de la mesa redonda*; a uno de sus primeros adeptos, al recibirlo en el seno de la naciente congregación, dícele que lo va a *armar caballero*; recriminándose en cierta ocasión por una leve flaqueza, exclama: "*Figura triste la mía, la del caballero de Cristo, que se asusta de tales amenazas*"; refiriéndose a su primer encuentro con Clara Faravona, prorrumpe: "*Codicio robar a todo trance al muudo tan noble presa para entregársela al Señor*"; habla frecuentemente de batallas y de combates. No llegan a borrarse del todo en él, los sedimentos del Señor chapado en el molde del feudalismo. (2).

Pedro, nacido en un hogar modestísimo, creciendo en una aldea apartada y silenciosa, sometido a duro trabajo desde niño, sin seducciones ni tentaciones que le provoquen, de natural manso, de índole sencilla, tiene en estas circunstancias especiales el material para el puente que ha de franquearle el paso fácil a la senda de privaciones, sacrificios y anulamiento que constituyeron su vida. (3)

La diferencia de clases sociales en Europa, por el tiempo que vivió Francisco, era grande, honda; entre

el señor y el pechero mediaba un abismo infranqueable; el amo tenía todos los derechos, el siervo los desconocía. Pero aquellos dos hombres en opuestos polos del mundo social, siendo el uno todo y el otro nada, allá en lo recóndito de sus conciencias aceptaban un origen común; se consideraban ambos de la estirpe de Adán, miembros de la gran familia humana. Bajo el sedimento de los prejuicios y de las imponencias, había un hilo de conexión entre ellos. Despertada la conciencia del grande, podía establecerse entre los dos el espíritu de la fraternidad. Fueron, principalmente las cruzadas, el seno en que se incubó esa especie de democracia práctica tácitamente admitida, aunque ideológicamente no aceptada. Se acercaron, hasta confundirse muchas veces, los de arriba y los de abajo y hubo síntomas de cohesión. Sobre todo en la vida religiosa se advierte el fenómeno. Innumerables son los ejemplos de conversos que dejaron la cima para bajar al nivel de los desheredados. La nivelación social, por obra de una caridad, caridad amplia y bien entendida, era menos difícil de realizar en forma efectiva.

En América, a la hora del florecimiento de Pedro, el caso era diverso. Los extraños prejuicios de la época, llevaban al extremo de no aceptar al indio ni al mismo esclavo negro como miembros de la especie humana. (4) El indio, tenía un grado inferior al negro. Este último representaba un valor adquisitivo; el otro nó. El negro se compraba, era un artículo de comercio, caro algunas veces; para disponer de él había que pagarlo. Para obtener los servicios del indio, en cambio, bastaba la influencia; de ésta dependían los re-

partos y los mandamientos que no eran sino esclavitud disimulada. Ponerse al lado de esta clase paria y procurarle algún bienestar, era poco menos que un delito. (5) Pedro se atrevió a ello. No lo hizo como Las Casas en nombre del derecho, sino en nombre del amor. El uno defendía la igualdad ante la ley, el otro la igualdad absoluta, por obra del sentimiento y del corazón. Y el que tal hazaña acometía, no era hombre de valimientos en la corte, de influencia con personajes de alto coturno, era un pobre hermano de la Orden Tercera, indocto, sin vinculaciones con los poderosos, sin carácter acometivo, un soldado sin otras armas que su bondad, su paciencia y su filantropía. (6)

La inspiración no es un producto de generación espontánea. En lo intelectual, en lo moral, como en lo material, precisa la madre célula para determinar la vida. Esta germina, crece, se reproduce de acuerdo con los elementos que la animan. Así como en el fruto influyen el clima, la calidad del terreno, las lluvias y el sol, así en los hechos y en las obras intelectuales y morales, determinan su orientación y final desarrollo, muchos factores de los que constituyen su ambiente. Esto no implica, sino muy al contrario, que el que produce la obra intelectual o provoca y realiza el hecho histórico, no le imprima su sello propio: Se lo graba, y cuanto más original es el gestador, tanto más se acerca su creación a la divinidad del genio.

Cuando Francisco de Asís vino a la vida, la servidumbre se había dulcificado un tanto. Las Cruzadas, como queda dicho, habían ductilizado el acerado sistema feudal; suavizado las cadenas del siervo. No era,

pues, la opresión del fuerte sobre el débil, del poderoso sobre el humilde, lo que más impresionaba el alma delicadísima de aquel varón ilustre. La misma lepra, el flagelo del tiempo, que estremece su exquisita sensibilidad, más le sirve para poner a prueba su natural delicado, su temperamento aristocrático, sus gustos refinados, besando la llaga inmunda, que para llamarle al ejercicio de la caridad. La idea del cristianismo que se relaja, que se separa de su fuente pristina, es lo que más intensamente le preocupa. Por tal guisa es más religioso que filántropo, su Orden tiende más a la religiosidad que a la filantropía.

En América, por los tiempos de Bethencourt, lo que más hondamente podía herir un corazón cristiano, en la verdadera acepción del vocablo, era el martirologio del indio, el horrible padecer del esclavo negro. No se trataba solamente del sufrimiento sin consolación de que eran víctimas estos pobres seres; lo que más afligía, era el abandono en que se encontraban cuando ya ineptos para el trabajo, aniquilados por una explotación inmisericorde, agotadas sus fuerzas físicas, quebrantado todo su organismo, minados por la enfermedad, eran arrojados a la calle, sin refugio ni amparo.

Ese espectáculo desgarrador, ya presentado desde su permanencia en España, presentándose en toda su magnitud a los ojos de Pedro al arribar a las Indias, conmovió hasta la angustia el gran corazón de aquel hombre todo altruismo. Su piedad era infinita, su religiosidad ejemplar, pero más que la exaltación de la fé movíalo a desarrollar acción eficiente, amplia, útil, la idea de aliviar el dolor de los desamparados, sin pro-

tección y sin asilo: los indios y los negros. Era hospitalario ante todo y sobre todo.

Tal la diferencia que existe entre Pedro y Francisco. Deriva esa diferencia, en medio de la homogeneidad de sus espíritus, del influjo ejercido sobre ellos por los diversos escenarios en que les tocó actuar, recibiendo impresiones distintas, capaces de variar su derrota sin apartarlos ni desviarlos del puerto que ambos iban buscando. Siendo su amor al prójimo igualmente acendrado en uno y otro, su interés por el bien ajeno de la misma fuerza, su piedad por todo dolor, inmenso, Francisco encaminó sus pasos hacia el alivio moral, principalmente; Pedro, sin perjuicio de procurar la salvación eterna, cuidó más de la atención corporal en las horas amargas de dolencia física y de sufrimiento material. Ambos consumieron su vida en su obra; se entregaron a ella con absoluto olvido de sí mismos, sin preocuparles el sacrificio de todo su ser hasta inmolarse en aras de su ideal.

NOTAS DEL CAPITULO II

(1) Mientras tanto el mancebo, cortejado de amigos, caminaba altivo y magnánimo en la vida mundana. Superaba a todos en chanzonetas, devaneos y danzas, y vestíase con espléndidos arreos, como el hijo de un gran señor. Tan adelante llevó su presunción y bizarría, que se hizo un riquísimo y gayado traje de colores, para ostentarlo en callejeos de bullanga y trova.

P. Luis de Sarasola, O. F. M. — "San Francisco de Asís".

(2) Hablando de una de las primeras visiones que tuvo Francisco en los albores de su conversión, dice la Señora Pardo Bazán: «Correspondía la visión con los guerreros pensamientos de Francisco, y más que nunca persuadido de que el destino le llamaba a segar el militar laurel, afirmó la resolución, obtuvo el consentimiento de sus padres, despidióse de sus alegres camaradas, juntó dinero, procuróse montura y salió de Asís para Espoletto.»

Emilia Pardo Barón — "San Francisco de Asís".

«En esa vida ambiente, dice a su vez Sarasola, se exaltaron los sentimientos de cortesía y delicadeza de Francisco y aquel tono de lenguaje y maneras caballerescas que le caracterizó durante toda su existencia. Fuera o no provenzal su origen materno, desconociendo por completo — aunque otra cosa digan los biógrafos modernos — las influencias de madona Pica en la formación del hijo, cabe, no obstante, asegurar que las *chansós* provenzales y los *cantatores franciginorum* contribuyeron notablemente a plasmar su temperamento y carácter. Los paladines de las gestas francesas atraían su imaginación, aún en los años viriles, en plena exaltación de vida religiosa.»

P. Luis de Sarasola, O. F. M. — "San Francisco de Asís".

(3) «Desde la infancia dió pruebas de las más nobles y santas inclinaciones. En su compostura, tan rara como espontánea, se descubría el amor innato que profesaba a la modestia, y en la frecuencia y el respeto con que acudía al templo, su afecto a los santos misterios. Es digno de mencionarse uno de los entretenimientos más singulares de estos sus primeros años, que consistía en fabricar cruces, y era como un prelude de lo que, por amor a nuestro Redentor, haría más tarde, cargando sobre sus hombros el sagrado madero».

Pbro. Vicente García y A. — “Vida del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt (Hermano Pedro)”.

(4) Esta idea de que los indios no pertenecían a la estirpe humana, había arraigado tanto en el espíritu de los castellanos, que no fué fácil borrarle en mucho tiempo. Ni la célebre bula *Sublimis Deus*, del pontífice Paulo III, de 10 de Junio de 1637, promulgada a instancias del padre Minaya, compañero y colaborador de fray Bartolomé de Las Casas, que había podido hacer prácticamente la observación que dejamos expuesta, alcanzó a modificar el erróneo concepto.

(5) Con motivo de haberse visto privado de sus encomiendas, Rodrigo de Contreras, Gobernador de Nicaragua, emprendió viaje a España para reclamar por tal disposición, que se atribuía a instigaciones del Obispo Valdivieso, protector, como Las Casas, de los desgraciados indios, a quien el referido funcionario y su familia hacían víctimas de crueles torturas. Durante su ausencia, sus hijos prepararon una sublevación en contra de la corona, por el supuesto daño que habían recibido, y dieron muerte al ilustre prelado en presencia de su propia madre.

(6) El gran poeta Quintana ha querido explicar estos fenómenos diciendo:

«Crímen fueron del tiempo y no de España.»

Hay un error de apreciación en este hermoso endecasílabo. No puede culparse ni a la nación ni a la época. El tiempo ha pasado y la dominación española se ha extinguido, sin embargo en varios países del Mundo Nuevo perdura la condición del indio como en los primeros días de la conquista, y en otros, dentro y fuera del continente, el proletariado sufre como el negro africano en los más duros períodos de la esclavitud. Mientras los principios fundamentales, básicos, de las doctrinas de Jesús no predominen en pleno, esos males subsistirán. El encauzamiento de la conciencia humana sobre principios de fraternidad incommovible, será el único medio de que se verifique un cambio en la estructura moral del mundo.

III

OTROS ASPECTOS DE PARALELISMO

En el capítulo anterior se ha dicho, que en ciertos personajes de la historia, aparte del paralelismo espiritual y moral, existe también otro, desprovisto de toda sospecha de acto premeditado, constituido por hechos de carácter material, que viene a ser algo como un puente entre las dos figuras separadas, muchas veces, por el tiempo y la distancia. Ese fenómeno más frecuente de lo que se supone, verificase, con precisión y claridad, en las vidas de Francisco de Asís y de Pedro de San José Bethencourt.

Hombre de armas y toga era Jacopone de Todi, (1) una de las figuras más relevantes de su tiempo. Lo mismo componía una endecha fragante de inspiración, que alegaba con palabra de ascua en los tribunales o ceñíase la armadura para combatir por una noble causa. De la firmeza de sus convicciones y de la inquebrantable estructura de su carácter, dió muestra evidente oponiéndose, cuando ya vestía hábitos, a la elección del pontífice Bonifacio VIII. Se trataba de una imposición que encontraba gran resistencia. Aquel hombre, desprovisto de credenciales suficientes, no podía ocupar la silla gestatoria. Jacopone lo comprende así, re-

cuerda la misión depuradora de la orden a que pertenece, siente latir en él el antiguo defensor de la justicia, el verbo poderoso torna a inflamarse en sus labios y truena contra el atentado que se pretende y que ha de constituir una mancha en los sucesores de Pedro, el pescador de Galilea y primer cimiento de la iglesia cristiana. Su osadía, le vale inmundo calabozo donde es soterrado, hasta que Bonifacio, víctima de la demencia, deja el cayado del pastor supremo para dormir en la noche sin alba. (2)

Este hombre fuerte, inspirado y hermoso, que ha dejado al mundo una de las reliquias de arte cristiano más bellas, el *Stabat Mater*, (3) herido en su corazón por un golpe terrible, deja las pompas y los halagos mundanales para vestir el hábito de San Francisco y ser modelo y honra de la congregación franciscana.

Casado en 1267 con Madonna Vanna del-Conti di Coldimezzo, bella, joven, rica y virtuosa, su estro poético para ella vibra, sus triunfos en el palenque del derecho débense, principalmente, al ansia de gloria que para ella busca; sus afanes de adquirir riquezas para disfrutar holganza y lujo no tienen otro objeto que rodear a la mujer amada de todo aquello que pueda hacerle la existencia plácida y amable. (4) Un inesperado accidente, acaecido en una festividad pública, ocasionó la muerte repentina de la gentil señora.

Aquel choque imprevisto, violento, desgarrador, abatió hasta el anonadamiento al ilustre varón. Fué algo como el total eclipse de todos sus ensueños. Se hundió en la sombra el estrado que iluminara con los relámpagos de su elocuencia; se olvidó el salón en que

luciera su gallardía y saboreara la caricia de femeninos ojos y el aplauso de los turiferarios del talento. En aquella noche de lóbreguez y horror, como estrella lejana, pero orientadora, vino a su mente la figura del pobre de Asís, antes como él caballero galante, amo del triunfo y predilecto de la fortuna. Se abre a sus pasos un nuevo horizonte. Viste el grosero sayal franciscano y es en la Orden uno de los más brillantes sucesores del gran asceta y una de las columnas graníticas en que descansa el edificio franciscano. (5)

Pedro de San José Bethencourt tiene también su varón mundano que, golpeado por el destino en lo más hondo del alma, se trueca en el caballero de la pobreza y viene a ser gran capitán de la conquista heroica de bien y virtud que constituye la cruzada del fundador de la Orden bethlemítica.

Rodrigo de Arias Maldonado, Marqués de Talamanca, llevaba en sus venas sangre de los duques de Alba y de Benavente; era noble por alcurnia y por temperamento. Joven, en la primer jornada de la juventud, vino a las Indias, a Costa Rica, provincia del reino de Goathemala y allí, como en páginas posteriores veremos, puso de relieve alto sus dotes de conquistador y pacificador, de hombre de gobierno sabio y prudente, de galán y seductor por obra de su ingenio despierto y de su varonil hermosura. (6)

Cuando llegó a Goathemala estaba en el cenit de sus días gloriosos. Pleno de juventud física, completo de desarrollo intelectual, fortalecido con el aplomo de la experiencia y el poder, ciñendo al cinto espada vencedora y teniendo en su palabra y sus maneras el encanto

de los captadores de almas. Una desgraciada historia de amor pone fin a su vida de galanteos y amoríos, de hazañas militares y conquistas famosas. En aquel trance se encontró con el hermano Pedro en su camino de amargura. El humilde fraile le abre los brazos y le recibe en el seno de su congregación, de la que será, en lo futuro, invicto abanderado, alcanzando para élla la bula pontificia consagratoria, extendiéndola por toda América como el más rico de los tesoros y poniendo fin a la obra que Bethencourt dejara materialmente inconclusa a causa de su prematura muerte.

Jacobo de Benedictis es en la milicia de Francisco, lo que Rodrigo de Arias Maldonado en la milicia de Pedro.

Del tronco franciscano se desprendió un brote que fué de fructificación fecunda en los anales del cristianismo del siglo XIII: La Orden de las Clarisas. Clara de Favarone fué tocada en su fé por el ejemplo piadoso de Francisco en forma tan profunda que, abrasado su corazón de religioso anhelo, la hizo trocarse de gala brillante en la sociedad de Asís, en la más decidida de las adeptas del humilde varón. Clara tomó su cruz y siguió a Cristo, orientando sus pasos por las huellas que marcaron sobre campo escabroso, las pisadas del asceta. En 1514 aceptó el régimen de la ermita de San Damián, a donde vino a unírsele, arrebatada por el mismo sentimiento místico, su hermana Inés. (7) Aquélla la cuna de la Orden que lleva su nombre y que, en las falanges femeninas, completó la labor franciscana, exaltando la fé y depurando los

principios cristianos, entibiados y languidecidos en aquella época.

De eficaz ayuda para la obra benefactora de Pedro fué el instituto de las bethlemitas. Dos hermanas, como Clara e Inés Favarone, Mariana de Jesús y Agustina Delgado, llevaron al surco la simiente primera de una Orden que debía dar, al través de los tiempos, óptima cosecha de alivio para la enfermedad y el dolor y frutos de saber con la docencia. Impresionadas por la obra del Hermano Pedro, quisieron contribuir, con sus propios cuidados, a la asistencia de convalecientes en el hospital de Bethlem. La hermandad femenina de bethlemitas fué aprobada a solicitud de fray Rodrigo de la Cruz, por el papa Clemente X en breve especial firmado por el Pontífice en 1674. Entre esta congregación y la instituída por Santa Clara, hay la misma diferencia que entre franciscanos y bethlemitas. El objetivo principal de las clarisas, es la vida contemplativa; el de las hermanas de Bethlem, el ejercicio de la caridad. Hay, sin embargo, en ambas, particularmente en su génesis, sorprendente similitud.

NOTAS DEL CAPITULO III

(1) La Señora Pardo Bazán explica así el nombre de Jacopone con que es conocido el ilustre discípulo de Francisco: «Desde el instante en que Jacobo vió expirar a su gentil compañera, dióse a extravagancias tales, que parecía sin seso; y en breve Jacobo Benedetti, el renombrado jurisconsulto, el influyente ciudadano, fué señalado con el dedo por los granujas de la calle, que convirtieron su nombre en el despectivo de Jacopone, Jacobo el loco, el insensato.»

Emilia Pardo Bazán — "San Francisco de Asís".

(2) "Jacobó de Benedictis, (este el verdadero nombre), perteneciente a una noble familia de Todí, y conocido en el mundo entero bajo el nombre de Jacopone de Todí, no ha tenido suerte con la cronología, ni al nacer, ni al morir, pues después de siete siglos los escritores discuten todavía si debe fijarse como fecha de su nacimiento el año 1228 o 1230; y en cuanto a su muerte, que con documento se ha probado que acaeció el 25 de diciembre de 1306 en el convento de las Clarisas de Colazzone, el epígrafe que hay sobre su tumba en la cripta del templo de San Fortunato en Todí da por muerto al "Juglar de Dios" nada menos que en el 1296, σ sea diez años antes de su verdadera fecha.

"Respecto a la fecha de su nacimiento, los más reputados escritores de asuntos franciscanos, entre los cuales pueden citarse el francés Ozanam, Novati, Underhill, Casella y más tarde a Domingo Giuljotti, Tenneroni y Papini, se inclinan a fijarla en el año 1230, por lo que a mediados del mes de septiembre de 1930 era la época fijada para celebrar el VII centenario del nacimiento de Jacopone de Todí".

Alberto de Angelis — "En el VII Centenario del nacimiento de Jacopone de Todí". — Artículo publicado en "La Nación" de Buenos Aires".

(3) El Stabat Mater atribuído a diferentes autores, quedó comprobado que era obra de Jacopone de Todí, por el escritor oriundo de este mismo lugar Annibale Tenneroni, el año de 1887.

(4) Mucho antes de contraer matrimonio Jacobo de Benedictis, trazó en la siguiente estrofa la figura de mujer que deseaba para compañera de su vida:

«Volea moglie bella
 che fosse sana
 e non fosse vana
 per mio piacere
 con grande dota,
 gentile e piana,
 de gente non strana
 con lengua a garrire.»

La elección correspondió a su deseo.

(5) Sobre esta similitud de los dos personajes, antes que yo, ha hecho una referencia al Señor *Don Antonio Batres Jáuregui* en el segundo tomo de su importante obra "*La América Central ante la Historia*", si bien muy accidentalmente.

(6) Don Rodrigo de Arias Maldonado, sin duda el hombre más joven que ocupó una gobernación en las Indias, fué desde temprana edad llamado a grandes destinos. "Don Rodrigo de Arias Maldonado y Velazco, dice el Señor Fernández Guardia, era un joven y galante caballero, natural de la ciudad de Marbella en Andalucía y emparejado con las más nobles e ilustres casas de España, como la de los Duques de Alba y la de los Condes Duques de Benavente. Sólo tenía entonces veintiún años y acababa de llegar a Costa Rica con el Gobernador su padre. El Presidente de la Audiencia lo nombró corregidor de Turrialba y Ujarraz; pero estaba llamado a más altos destinos y esto sucedió cuando menos lo esperaba. Habiendo muerto el Gobernador en noviembre de 1661, la provincia entera pidió a la Audiencia que nombrase a Don Rodrigo para sucederle interinamente, tanto por los méritos del padre como por las brillantes cualidades que todos reconocían en el hijo.

Ricardo Fernández Guardia. — "Reseña Histórica de Talamanca".

(7) "Tenía Clara una hermana menor, Inés, que sabedora de la resolución de la mayor, a vuelta de poco más de dos semanas, se fué a acoger al regazo de Clara con propósito de adoptar la misma vida."

Emilia Pardo Bazán. — "San Francisco de Asís".

IV

EL PROSCENIO DEL VENERABLE HERMANO PEDRO

Para escribir la biografía de un personaje ilustre, no basta contar con las fechas exactas que le atañen, ni saber de los hechos de que fué genitor o principal actor, ni conocer sus actos públicos o privados, ni haber penetrado en su mentalidad y ahondado su cultura, ni haber pesado con balanza de precisión sus sentimientos y sus pasiones; ni haber medido con vara de justicia, sus opiniones y sus principios, ni haber estudiado con detención sus obras. Todo ese bagaje constituye elementos preciosos, de valor inestimable, pero no definitivos. Con todos ellos, bien utilizados, puede resultar tan sólo una figura de cera, admirable por su parecido al original, pero carente hasta de la nobleza misma que el mármol y el bronce ponen en la estatua. Para que una biografía merezca el nombre de tal, precisa que el biografiado surja en reproducción exacta del proscenio en que se desenvolvió su acción, en que discurrió su existencia, vivo, palpitante, resucitado al influjo mágico del biógrafo.

Desechar ciertos elementos de carácter milagroso o fantástico, porque la ciencia y la lógica no los admi-

ten, cuando fueron hechos aceptados por los contemporáneos del biografiado y ayudaron a formar el cuadro general que enmarca su figura, es un error gravísimo. La leyenda es en ocasiones la más verídica de las historias y la historia la más mentirosa de las leyendas. La figura de un taumaturgo sin sus prodigios y sus milagros, es incompleta, tiene algo parecido a una castración moral. Se desviriliza y se empequeñece al sujeto. Tal acontecería con Pedro de San José Bethencourt, si lo despojáramos de los portentos sobrenaturales que relata el proceso de su beatificación, de acuerdo con las declaraciones de sus convivientes y que todavía perduran en los muchos devotos que le rinden culto.

La reproducción material no es menos necesaria. Un drama de Shakespeare puesto en un palacio de moderno estilo, resultaría no sólo anacrónico sino ridículo. (1) Cuando visitamos una ciudad histórica, nos formamos un concepto claro de esta verdad. El vetusto edificio, el clásico balcón, la característica portada, un severo almenado, una torre caprichosa, una bella corniza, una tortuosa calle, la imagen en el nicho, todo contribuye a traer a nuestra mente los personajes que otros días animaron aquella metrópoli, y los vemos, tan humanizados, tan reales, como si al toque del clarín de Vicente Ferrer se hubieran alzado de sus tumbas. Son estos detalles otros adornos que reclama el marco.

La ciudad de Goathemala, ha tenido cuatro sedes en el territorio de la república que hoy ostenta tal nombre. El adelantado Don Pedro de Alvarado y Mecía,

como se expresa en una nota anterior, fundó el 25 de julio de 1524, en las proximidades de la célebre ciudad indígena de Iximché o Tecpan Goathemalán, la primera capital del que debía ser reino de Goathemala y que fué consagrada al apóstol batallador Santiago, por ser esa fecha, día en que el santoral católico glorifica ese nombre. Presidió la ceremonia una imagen de la Virgen, que se le denominó de *La Piedad*, cambiándose más tarde este nombre por el del *Socorro*. Era la primera escultura venida de España. Traída por Francisco de Garay a Cuba, pasó a México y luego a Goathemala. Fué muy venerada por Pedro de San José Bethencourt. Era la ciudad apenas un villorio de chozas pajizas, que daban albergue a los ciento treinta y cuatro castellanos que acompañaban al conquistador. Desaparecida esta capital de emergencia, se fundó en el valle de Almolonga, por el mismo aguerrido capitán, la segunda, el día 22 de noviembre de 1527. No se trataba ya de un villorrio, sino de una población en serio, con su catedral, palacio de gobierno, casa de cabildo, hospital, conventos y habitaciones casi lujosas en un mundo naciente. Constituían el mejor adorno de la ciudad, la esposa del Adelantado, Doña Beatriz de la Cueva, ⁽²⁾ de belleza singular y elevadísima alcurnia, como que era sobrina del duque de Alburquerque, y las veinte damas que trajera de la península en su compañía, todas apuestas y gentiles, si bien eclipsadas por Doña Juana de Arteaga, hermosura sin paralelo en la colonia. ⁽³⁾ Fué en esta ciudad donde tuvo lugar una de las más grandes tragedias que registra la historia

de América en los albores de la conquista. Un enhiesto volcán se alzaba majestuoso sobre la naciente población. Por su verdor y magnificencia los indios le llamaban Huhnápú, *ramillete de flores*. La catástrofe a que dió lugar, sustituyó ese tan poético por otro nombre bien extraño: *Volcán de Agua*, antitética denominación con que hoy es conocido. El 11 de septiembre de 1541, una corriente impetuosa que descendió de la cumbre del volcán, una verdadera catarata despeñándose de gran altura, inundó la ciudad, muriendo buena parte de sus habitantes y entre ellos, Doña Beatriz de la Cueva de Alvarado, que acababa de obtener el nombramiento de gobernadora, por muerte de su esposo, y con ella la flor de juventud y gracia que integraba su corte. (4)

No lejos del valle de Almolonga, se encuentra el de Panchoy, risueño y primoroso, abundante en fuentes cristalinas, flores aromadas y exquisitos frutos, fresco y agardable. Aquí tuvo asiento la tercera capital del reino. Aquí dejó Pedro de San José Bethencourt marcada las huellas de su caridad y su virtud. Veamos, por lo mismo, aunque sólo sea a chispazo de ojo, cómo era la ciudad cuando el soñador hijo de las Canarias llegó a élla.

El siniestro que redujo a escombros la segunda capital del reino, aunque ello parezca extraño, tuvo parte principal en el esplendor edilicio de la que vino a sustituirla y que mereció, por su grandeza monumental, ser considerada como la segunda ciudad de la América Española. (5) De cómo esto sucedió, con un poco de observación, fácil es comprenderlo. Las asoladoras

corrientes que descendieron del volcán, arrastraban en sus caudales de agua moles gigantes de piedra. Buena parte de la población quedó convertida en una cantera de granito. Aquel material sin valor alguno, que más bien servía de estorbo y reclamaba su pronto retiro, la mano de obra sin remuneración, que significaba los centenares de indios producto de reparto y encomienda, permitieron que, en un espacio de tiempo relativamente corto para tan magna obra, se edificaran suntuosos templos, amplios y resistentes monasterios, dos hermosos palacios, y un buen número de casas particulares, si bien éstas muy inferiores a la edificación oficial y religiosa. Tres cuartas partes del área de la población lo ocupaban las iglesias, conventos de ambos sexos, ermitas y beateríos. Una tercera parte de los habitantes, que ascendía poco más o menos a 60.000 personas, pertenecía al gremio religioso en calidad de frailes, monjas, legos y servidumbre conventual. (6) Un ambiente monástico, como consecuencia de esta distribución, reinaba en la ciudad y de tal modo dejó impreso su carácter en élla, que, aún hoy, el hálito del progreso que la ha invadido, no ha logrado arrebatarle su extraño sabor de místico recogimiento.

El espíritu religioso era general y hondo; pero el amor a la holganza, a la prebenda y a los honores, era mayor. La vida contemplativa atraía a algunos por verdadera y sólida vocación; a otros por tendencia parasitaria; a un buen número, gente de clase inferior, como medio de ascender a un plano más alto. Había también en las familias nobles, o que de tal presumían, el orgullo de tener siempre uno de sus miembros, hom-

bre o mujer, estas últimas de preferencia, consagrado al servicio de Dios en las soledades de algún claustro. (7)

A las preocupaciones religiosas, no hijas de la fé sino del fanatismo, se unían y hasta mezclaban con ellas, en cierta forma, las más extravagantes supersticiones. La creencia en fantasmas y aparecidos, en hechos sobrenaturales, eran corrientes no sólo en las clases bajas, sino aún en las leídas y acomodadas. Cuenta el historiador fray Francisco Ximénez, varón doctísimo, que le producían gran espanto unas luces misteriosas que se veían cerca de las Beatas de Bethlem, a consecuencia de una mala mujer que por allí moraba y que tenía tratos con el enemigo malo; una cruz de piedra que temblaba, dió origen a la construcción de una hermita, de nombre *La Cruz del Milagro* y que era muy frecuentada; ninguna gente puso en duda que el diablo mismo hizo amanecer las mulas de un oidor en la azotea de la casa del funcionario, sin que hubiese medio práctico de subirlas a esas alturas; a pié juntillas era aceptado que la *Tatuana*, famosa hechicera, escapaba a las persecuciones del Santo Oficio a bordo de un barco que pintaba en las paredes del calabozo en que la tenían encerrada, viaje fácil merced a los buenos oficios que le prestaba Satanás como piloto de la embarcación; Don Francisco del Valle Marroquín, gentil hombre y famoso brujo, robó a una lindísima joven, Doña María de Obando, haciéndola volar por los aires hasta la cumbre del Volcán de Agua. Y todo esto no había quién se atreviese a negarlo, ni a ponerlo en duda.

El freno de la religión, siendo la religión tan poderosa en aquel ambiente, resultaba un liviano freno. Las costumbres, sobre todo en las esferas sociales culminantes, no eran de la mayor ejemplaridad. No había infanticidios, pero la inclusa era alimentada a diario por numerosos huéspedes; los amantes adúlteros sabían aprovechar las obscuridades de las calles y la escasez de vigilancia; el juego, particularmente en el palacio del capitán general, era germen de crímenes y talador de fortunas; las peleas de gallos en Goatemala tuvieron resonancia en América por lo seleccionado de las aves y lo subido de las apuestas; (8) los conventos, como veremos más adelante, no escapaban a estos mundanos deslices y pecaminosos hábitos.

En esta ciudad tan mística como profana, tan silenciosa en apariencia, y tan agitada en el fondo, tan sencilla y en cierta manera tan complicada, tocó a Pedro de San José Bethencourt actuar, combatir y vencer.

NOTAS DEL CAPITULO IV

(1) Ya en Inglaterra, hace algunos años, se hizo un ensayo a este respecto y hubo que abandonar la tentativa incontinenti, como que fué uno de los fracasos más grandes que se registran en la vida teatral inglesa.

(2) Doña Beatriz de la Cueva, era hermana de Don Francisco y de Doña Francisca del mismo apellido. Esta última fué la primera esposa del conquistador y murió en el puerto de Veracruz viniendo de Europa. Para contraer matrimonio con su hermana política, encontró dificultades el Adelantado; pero se logró la venia pontificia gracias a la intervención directa del emperador Carlos V. El primero, desempeñó importante papel en la colonia, sobre todo después de la muerte de su hermana, la gobernadora, y el traslado de la ciudad al valle de Panchoy. Casó con Doña Leonor, hija del famoso extremeño que conquistara a Guatemala y de la princesa indígena Doña Luisa de Xizotencal, hija a su vez del cacique de Tlascalala.

(3) Alvarado, tan jovial y de buen humor como era en su trato íntimo, en opuesto sentido con su carácter recio de jefe militar y hombre político, decía refiriéndose a las distinguidas damas de honor de su esposa: "Bien creo que es mercadería que no se me quedará en la tienda, pagándomela bien, que de otra manera excusado es hablar de ello."

(4) De las compañeras de Doña Beatriz sólo se salvaron de la catástrofe Doña Leonor de Alvarado Xizotencal, Doña Melchora Suárez y Doña Juana de Céspedes.

(5) "... la ciudad ocupaba una extensión de terreno tan grande como el que forma actualmente el asiento de México y más o menos el doble de la nueva capital de Guatemala".

G. A. Thompson, esq. — "*Narración de una visita oficial a Guatemala*". 1825.

(6) El autor antes citado dice que no había en la ciudad menos de cincuenta a sesenta iglesias, pero lo cierto es que el número alcanzaba solamente a treinta y ocho, lo que significa mucho en una población reducida como era aquélla. Los conventos, aparte de la gran extensión que ocupaban, contenían gran número de frailes y monjas, numerosa servidumbre y además dependían de ellos una muy regular cantidad de personas particulares, por uno u otro motivo vinculadas con los monasterios.

(7) *Antonio Batres Jáuregui*. — “*La América Central ante la Historia.*”

(3) El gran poeta Rafael Landivar en su poema latino “*Rusticatio Mexicana*” hace una soberbia descripción de ese bárbaro entretenimiento, sin duda recordando como lo viera en su patria Guatemala.

CUNA DEL VENERABLE

Las Canarias fueron llamadas por los romanos *Islas Afortunadas*. Las excelencias de su clima, la asombrosa fertilidad de su suelo, las admirables bellezas naturales en que abundan, originaban y justificaban tal nombre. Descubiertas por los fenicios en tiempos remotos, a la caída del Imperio romano quedaron poco menos que olvidadas. Expediciones vascas y catalanas parecen ser las únicas que, durante este paréntesis de olvido, las visitaron accidentalmente.

En la corte de Carlos VI de Francia figuraba un caballero de nombre Juan de Betencourt, varón de empuje, desdeñoso y altanero, a la par que inteligente y sutil, lo que le había permitido entrar de lleno en la privanza del monarca. Los celos cortesanos, por una parte, la altivez del caballero, por otra, crearon en torno de él, un ambiente de marcada hostilidad. Sus émulos, no pudiendo hacer nada efectivo contra quien tan bien sentados tenía sus prestigios, en venganza, aprovecharon su apellido para castigar su orgullo. Le llamaron, a espaldas, se entiende, *bet en court*, razón por la cual una vez que llegó a su oído tal designación, dispuso adicionar, donde creyó más conveniente, una

h a su apellido, con lo cual vino a escribirse como después se conoció y aún se conoce generalmente hoy en día: *Bethencourt*.

Este varón, aventurero por temperamento y ambicioso por naturaleza, logró que el rey le facilitara elementos para ir a la conquista de las Canarias. Con doscientos cincuenta hombres acometió la empresa y logró llevarla a cabo, aduneñándose de las islas. Durante su ausencia, como acontece en la resbaladiza vida palaciega, los cortesanos que le envidiaban y le aborrecían, lograron minar en el ánimo del monarca, el buen concepto que tenía del caballero Don Juan. Como consecuencia el rey, variable e ingrato como todos los reyes, le retiró su apoyo para que pudiera seguir adelante en la conquista y pacificación del archipiélago. Tal contra-tiempo no amainó los bríos de Bethencourt. Volvió sus miradas a España y gracias a las buenas cuñas con que contaba en la corte de Castilla, consiguió el decidido apoyo de Don Enrique III el Doliente, y más tarde el de su madre Catalina, que en Cédula Real de 1417 ratificó todo lo hecho por su hijo. Gracias a esto, el audaz conquistador pudo coronar su empresa y permitirse el título de Rey de las Canarias, y aún tuvo la suerte de que sus vasallos le llamasen "*Juan el Grande*". (1)

El archipiélago está formado por siete islas mayores y un buen número de pequeños islotes. Son las grandes: Fuerte Ventura, Gomera, Gran Canaria, Hie-ro, Lanzarote, Palma y Tenerife. En esta última, en el pueblo de Chasna, denominado también Villa Flor,

vino a la vida el 21 de marzo de 1626, ⁽²⁾ Pedro de San José, nombre que recibió en la pila bautismal del curato de Ferrera, a donde fué llevado, en calidad de padrinos, por Pier Nicola y Anna Fabiani. El niño ungido con las aguas lustrales en aquella modesta parroquia debía ser, andando el tiempo, el fundador de la Orden Bethlemítica en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala.

Descendía Pedro del célebre Juan de Bethencourt, si bien la ortografía, modificada por la pronunciación, había hecho que, por aquel tiempo, el nombre castellano se escribiera Betancour, como lo encontramos en la "*Historia Bethlemítica*", en la biografía escrita por el padre fray Jussepe de la Madre de Dío, publicada en Roma en 1729, en la firma del mismo venerable, puesta en su testamento, y en otros trabajos aparecidos poco tiempo después de su muerte y posteriores. ⁽³⁾

Sus padres Amador Betancour González de la Rosa y Ana García, aunque ocupaban por su origen noble una buena posición social, habían caído en desmedro en lo que toca a posición económica y en tal virtud la cuna del pequeño se mecía en pobre y humildísimo hogar.

Dos hijos y dos hijas, además de Pedro, completaban la familia de los Betancour González de la Rosa. Eran éstos Pablo de Jesús y Mateo, Lucía y Catalina. A la inversa de lo que pasara con sus antecesores, gente de hazaña, guerradora, cruel y ambiciosa, en estos cinco hermanos predominaba un espíritu tranquilo y los más dulces sentimientos de ternura y de bondad. ⁽⁴⁾ Tales prendas brillaron particularmente, con admi-

rable luz, en el que el pueblo de Goathemala designaría con el cariñoso nombre de *Hermano Pedro*.

Un vecino de Chasna, hombre de algún pasar, que tenía negocios en la Península, seducido por la blanda índole y el temperamento laborioso del hijo de Amador Betancour González de la Rosa, pidió a éste que le permitiera al muchacho entrar a su servicio con un exíguo pago. Los necesitados padres acogieron con beneplácito la solicitud y Pedro pasó al servicio del comerciante. Fué así cómo en uno de los viajes que hizo al continente, su protector más que amo, tuvo ocasión Pedro de visitar la Villa y Corte de Madrid. En esta metrópoli, sin que en nada alterara su natural sencillez el bullicio y seducciones de la capital, siguió su vida de trabajo ahincoso y de piedad ardiente. (5)

Breve como fué su permanencia en España, influyó no obstante, en forma plena, para sus venideras orientaciones. Constantemente oía hablar en la Corte de las Indias, de aquellas fabulosas comarcas trasmarinas, donde el oro no sólo abundaba en el seno de las montañas sino que se hallaba, en más cantidad que las mismas arenas, en las riberas de los ríos. Tierras de bendición donde los hombres audaces y aguerridos se enriquecían en el espacio de un amanecer. Llegaban a él las portentosas leyendas de "El Dorado", "La Ciudad encantada de los Césares", las "Siete ciudades de Sibola" y todos aquellos cuentos de hadas, comunes entonces, y que con ser cuentos y por añadidura de hadas, se tenían por verdades indiscutibles y sorbían el seso a muchas gentes, no sólo mozas y fantazeadoras, sino graves y maduras.

Tan fascinantes mirajes no conmovían ni exaltaban el espíritu ni la imaginación del adolescente Pedro. El oro, el poder, las riquezas en todas sus formas, no le tentaban. Sus ojos grandes se abrían absortos y su noble corazón latía violento, en cambio, cuando oía de los frailes que coronaban misión evangelizadora y ganaban almas para la fé de Cristo. O bien se sumía en inmenso dolor, al escuchar el relato de los trabajos aplastantes a que eran sometidos los indios, de las iniquidades que con ellos se cometían, del abandono y la miseria a que se encontraban reducidos, ellos, los verdaderos señores de aquellas tierras ubérrimas. Se llenaban de infinita angustia al saber de los negros esclavos, que llegaban a las Indias hacinados en inmundas bodegas, hambrientos y encadenados, que al salir a la luz no podían gozar a gusto de la gloria del sol, porque sólo les esperaba en la tierra firme la autoridad inmisericorde, el látigo implacable y la ergástula tenebrosa. (6)

Éstos cuadros impresionaban hondamente el alma de Pedro y la estremecían en su exquisita sensibilidad. Afectado por el dolor de aquellos prójimos, ya no pensó sino en pasar al Nuevo Mundo y dedicar su vida entera al alivio y consuelo de los que, en el otro lado del océano, en la tierra del oro, de la prosperidad y de la dicha, pobres y dolientes, no tenían quién enjugara sus atormentadas lágrimas ni mitigara sus eternas penas.

NOTAS DEL CAPITULO V

(1) *Bethencourt* (*Juan de*) Biog. Navegante y guerrero francés, nació en el país de Caux (1360-1422). Pertenecía a una noble y antigua familia, y fué sucesivamente escudero y chambelán de Carlos VI. A causa de las guerras que asolaban a Francia, quedó casi arruinado, y entonces, debido también a sus frecuentes expediciones marítimas, concibió el deseo de explorar las islas Canarias, de las que el papa Clemente VI había hecho donación al príncipe español Luis de la Cerda. En 1402 embarcóse en la Rochela con otro chambelán del rey llamado Gadifer de La Salle, al que nombró su teniente, fletando ambos un barco con 250 hombres. Antes de llegar al punto de destino, surgieron algunas diferencias entre la tripulación, dando por resultado el que se quedasen con 200 hombres en tierra. *Bethencourt* siguió el viaje, pero al llegar a Canarias comprendió la imposibilidad de dominar a los indígenas, pues sólo le habían quedado 50 hombres, por lo que, dejando al frente de la expedición a La Salle, marchó a la corte de España con objeto de que se le facilitaran recursos, los que encontró, gracias a la protección de su tío Roberto Braquemont. Al regresar a Canarias, pudo observar que su segundo había explorado las islas en su mayor parte, por lo que desde entonces no cesaron las disensiones entre ambos, hasta que por fin La Salle hubo de volver a Francia. *Bethencourt* había obtenido de Enrique III de Castilla que le nombrase gobernador de las islas a cambio de su conquista y colonización, que bien quedaron terminadas. Repartidas las tierras entre varias familias normandas e indígenas, *Bethencourt* abandonó la colonia, dejando como gobernador de ella a su sobrino Maciot de Bethencourt.

Diccionario enciclopédico de España. v. "Bethencourt."

(2) El Pbro. *Vicente García* se contenta con decir que "vió la luz, a principios del siglo XVII, el que había de ser fundador de la Orden Bethlemítica en Guatemala" *Vida del venerable siervo de Dios Pedro de San José Betancourt. El Pbro. Carlos Sánchez y Monroy* escribe: "De noble estirpe, pero caída en pobreza, nació el 21 de marzo de 1626". — *Vida del Hermano Pedro Betancourt.* — Fundador de la Orden Belemita. "Aquí (refiriéndose a Tenerife) vino al mundo este hombre del cielo por los años de mil seiscientos veintiseis." *Historia Bethlemítica.* "Venuto dunque alla luce il Bambino, fú premura dé' di Luis piissimi

Genitori di farlo rinascere al Sagro Fonte battesimale, e perciò fugli amministrato questo Sacramento nella Chiesa Parrocchiale, che é sotto l'invocazione del glorioso S. Pietro Apostolo, in detta Terra di Cafna, altrimenti chiamata Villafior, dal Curato Ferrera, assistendo in qualità di Padrini Pier Nicola, e Anna Fabiani, a 21 Marzo 1626, come apparisce dalla fede autentica compulsata in Processo. — Storia della vita, virtù, doni, e grazie del venerabile servo di Dio P. F. Pietro Di S. Giuseppe Betancur — Fr. Giuseppe della Madre di Dio. — "Al pi e del retrato hecho en Roma, del venerable, resulta que murió de 41 años, en Goatemala, el 25 de abril de 1667, de modo que nacería en 1626, como asientan nuestros escritores. Con presencia de la fé de bautismo, pienso que esto es lo auténtico y verdadero. Nació nuestro santo el 19, día de San José, del mes del marzo, en el año mil seiscientos veintiseis, 1626".

Antonio Batres Jáuregui. — "La América Central ante la Historia."

(3) Así escribe el nombre su primer biógrafo, amigo y confesor el padre Manuel Lobo de la Compañía de Jesús.

(4) Li di Luis Genitori furono Amatore Betancur González de la Rosa, ed Anna Garzia, entrambi, come accennossi, di nobile, ed onorata Famiglia, benché ridotti a grandissima povertá. Ebbe altresí altri Fratelli, e Sorelle, cioè Paolo di Gesù, Matteo, Lucía, e Catarina. Paolo di Gesù, imitando la buona inclinazione de' Genitori, serví per molti anni alli Poveri nell'Ospedale di una Terra nominata dell'Orotava, posta in detta Isola di Tenerife, e morí in concetto di gran Servo di Dio. Matteo si trasferí anch'esso alle Indie, ma qual fosse il suo fine, s'ignora affatto, non essendosi udita piú ovella alcuna di lui. Lucía portossi nella Terra di Gerachico colla Sorella Catarina, quale fú maritata in detta Terra, e dove poi ambe morirono adorne di cristiane virtù. Una progenie di Santi. — "*Storia della vita, virtù, doni e grazie del venerabile servo di Dio, P. F. Pietro di S. Giuseppe Betancour.*" Fr. Giuseppe della Madre di Dio. — Respecto al hermano de quién anteriormente se dice que no hubo más noticias de él, el Pbro. García expresa. "Mateo, uno de los varones, siendo todavía joven, se trasladó a América, sin que en su patria se volviera a saber de él; mas tiénesse por cierto que fueron hijos suyos Don Jacinto Betancourt, Tesorero Real de Quito, y Don Fernando, primeramente dignidad de Popayán y luego Canónigo en la mencionada ciudad de Quito.—Pbro. Vicente García y A. — "*Vida del venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt.*"

(5) Varios de los biógrafos del Hermano Pedro no hacen constar su viaje a Madrid siendo adolescente, pero fray Giuseppe della Madre di Dio lo apunta en su obra varias veces citada.

(6) Se ha querido atribuir al padre Las Casas el origen de la esclavitud de América; pero en realidad la trata de negros no fué sino consecuencia de la fiebre de viajes que distinguió a los siglos XV y XVI y al descubrimiento de América. Se quería explotar hasta donde fuera posible las tierras que, como por milagro, surgían del misterio y los negros, por múltiples razones, eran admirables para tales fines. Fué un genovés el que primero se ocupó de la trata de africanos y a éste siguieron los portugueses, los holandeses y los franceses. Por lo que hace al carácter cruel de la esclavitud, precisa hacer constar que en América fueron particularmente los portugueses y los franceses los que gastaron más rigor. Estos últimos aún tuvieron el proyecto de traficar con los indios de Haití. Por lo que hace a los Estados Unidos, los primeros negros se llevaron a Virginia, so pretexto de que resultaba barato su trabajo porque costaba menos alimentarlos y vestirlos que pagar a otra clase de operarios. De mil que fueron los primeros introducidos, subió la cifra en poco tiempo a doscientos mil.

VI

AHONDANDO EL CAUCE

De regreso a la nativa aldea, continuó Pedro al lado de su generoso protector, quien le encomendó el cuidado de sus rebaños lanares. Ninguna ocupación más aparente para el joven soñador en aquellos momentos por que atravesaba su alma, de reflexión y meditación. La magnífica campiña de la exuberante isla, cubierta de esmaltada y fresca verdura, salpicada de fragantes y policromas flores, alegrada por el canto de parleras aves, saturado el aire de marinas sales, bajo el azul intenso de un cielo límpido, todo era propósito para elevarse a las regiones superiores que anhelosa buscaba aquella alma, a la vez pequeña y grande. Se trataba de cavar el cauce por donde debía, en lo porvenir, deslizarse su vida. Allí se incubó la obsesión cariñosa por todo cuanto vive y alienta en la naturaleza. Un raro panteísmo de que dió muestras constantes toda su vida. Alabando a Dios en sus obras y pensando en los dolores de los hombres, bajo la sedancia producida por la placidez de aquellos parajes, planeó regocijado la obra que debía hacer cristalizar en el suelo de Indias.

En la soledad del campo, sin más compañía que la de sus pacientes rebaños, la piedad cristiana y el celo religioso crecían en aquel temperamento esencialmente místico. Elevado a regiones espirituales, a penas si tenía en cuenta las exigencias de la materia. "Habiendo oído decir, cuenta uno de sus biógrafos, que si se comía antes o después de las doce se faltaba a lo primordial del ayuno, y no pudiendo en aquellos parajes percibir el sonido lejano de las horas, servíase del cayado como reloj, clavándolo en el suelo para observar en su sombra el curso del sol; y si por algún descuido dejaba pasar la sombra del punto en que marcaba el medio día, privábase de probar cosa alguna hasta la mañana siguiente". (1) Arrebatado por sus sueños, vencía las necesidades orgánicas, aunque se hallaba en la edad precisa en que éstas mandan en el hombre con despótico rigor.

Entre tanto los años pasaban. Pedro se había hecho hombre y en su cerebro, tras larga y serena gestación, habían madurado sus proyectos. Era la hora de lanzarse al mar en busca de las tierras de Occidente, para ofrecer a los hijos de esas remotas regiones la palabra de Cristo y con ella el bálsamo consolador de sus doctrinas y los beneficios del amor al prójimo. Consultó con una tía suya, mujer de consejo, y con su confesor, hombre de autoridad, antes de tomar determinación definitiva, y habiendo obtenido de ambos respuesta concorde con sus anhelos, se dispuso a partir. Sin decir adiós a sus padres, para evitarles la pena de la despedida, pero habiéndoles escrito cariñosa carta desde a bordo, embarcóse en un buque que salía para la Habana.

Corría a la sazón el año de 1650 y él había cumplido ya veinticuatro años.

Con tiempo propicio llegó a la metrópoli de la gran isla antillana. Corta fué su permanencia en ella. Un ansia vehemente de otro campo de acción más amplio le llamaba a la tierra firme. Caminando por los embarcaderos una tarde, oyó de una nave próxima a tender velas hacia Trujillo, puerto de Honduras, donde debía hacer escala, para luego seguir a costas de Goathemala. Este nombre, acaso por su mismo exotismo, llamó su atención. Hizo que se lo repitieran una vez más y al punto exclamó: "A esa ciudad quiero ir, porque con interior júbilo y superior fuerza, me siento animado a encaminarme a ella luego que he oído nombrarla, siendo así que es ésta la vez primera que oigo tal nombre". (2)

Desembarcó en el puerto de Izabal, el más importante del reino en aquellos días, y sin otra compañía que su pensamiento, consultando a la gente que encontraba por el camino, en su gran mayoría arrieros, sobre la ruta que debía seguir, casi sin darse descanso, atravesó a pié la distancia larga que media entre la costa Atlántica y el valle de Panchoy, donde estaba ubicada la entonces capital del reino de Goathemala. A la hora de un risueño amanecer, descendiendo por la cuesta de Las Cañas, llegó Pedro a la histórica ciudad.

Ningún tiempo más oportuno que el de la salida del sol para admirar las incomparables bellezas que ornan esa región del país. Lentamente descendía el soñador extasiado ante tanta magnificencia. Ilusiones y

recuerdos agitaban su alma. Cuando iba ya a entrar en poblado, antes de cruzar el entonces puente de la Concepción y hoy arco del Matasano, el viajero se arrodilló reverente y con unción besó la tierra. (3).

En aquel acto de humildad y reverencia influyeron, sin duda alguna, sus sentimientos religiosos, pero debió tener parte, y muy considerable, el recuerdo de su nativa tierra, de su amada isla. El país a que arribaba era florido y risueño como el suyo, y el valle que se extendía ante sus ojos, particularmente, tenía una admirable y evocadora semejanza con la patria lejana. Aquellas colinas, aquellos prados llenos de secreto encanto que en los alrededores de Chasna recorriera en el pastoreo de sus ovejas, debieron venirle en aquel instante, a la mente, con reminiscencias del hogar, de los amables días de la infancia, de los ideales acariciados por años en el seno maternal de la naturaleza. Los mismos volcanes, cortando con sus moles severas el horizonte azul, le evocarían la memoria del pico de Teide, el faro natural de Tenerife que tantas veces, en su vagar solitario, contemplaría con admiración y respetuoso temor.

Después se adelantó por las rectas calles de la ciudad donde habitaban los descendientes de los conquistadores. Él también era un conquistador, él también venía a librar batallas y a rendir enemigos, a él también le esperaba el laurel de los vencedores, pero más puro y aromado que el de sus compatriotas, conquistado con los aceros y los arcabuses, en medio de gemidos de dolor y entre mares de sangre.

NOTAS DEL CAPITULO VI

(1) *Pbro. Vicente García y A. — "Vida del venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt."*

(2) Todos los biógrafos del fundador Bethlemita están acordes, sin discrepancia de una sola palabra, en que esta frase fué la pronunciada por el viajero canario y le dan el mismo carácter de una verdadera inspiración de lo Alto.

(3) Al abocar la ciudad se encontraba el Convento de la Concepción, sin duda el más importante y más suntuoso de los claustros destinados a congregación femenina. Eso debió ser entre otros, una de las impresiones más vivas que recibió Pedro en sentido de la edificación religiosa de la ciudad. Ocupaba ese claustro más de cuatro manzanas, incluyendo la iglesia, que era verdaderamente magnífica. Las ruinas que aún se conservan testimonian la grandeza y la belleza que predominaban en ese monasterio.

VII

SUS PRIMEROS PASOS EN EL NUEVO CAMPO

Aquel suelo paradisiaco no fué propicio, en los primeros momentos, para el viajero. Se adelantaba a penas hacia el corazón de la ciudad, el día 18 de febrero de 1651, asombrado y sorprendido ante su magnificencia edilicia, cuando comenzó a agitarse la tierra con violenta convulsión. En su nativa patria había sentido, más de una vez, temblores un tanto fuertes, pero jamás uno tan intenso y tan prolongado. Se balanceaban los soberbios edificios como si fueran a desplomarse, en algunos se abrían amplias grietas, en otros se desmoronaban las cornisas o se cuarteaban las paredes. La gente toda, presa de pavora, se echaba a la calle lanzando angustiosos gritos y demandando la misericordia divina. Los sacerdotes, desde el atrio de los templos, absolvían a los muchos que confesaban sus culpas en voz alta o a los que, sin tiempo para hacerlo, encontraban la muerte en aquella hora de tribulación y horror.. (1) Pedro, llevado de su temperamento altruista, sin preocuparse de sí mismo, ni de los peligros que lo amenazaban, atento sólo al dolor de sus semejantes, en ferviente plegaria demandaba piedad para las afligidas gentes. Apenas húbose calmada la

recia sacudida del suelo, recorrió la ciudad en busca de víctimas que hubieren necesidad de auxilio.

Las grandes fatigas del viaje, las privaciones que se vió obligado a sufrir por su absoluta pobreza y acaso los trajines y conmociones de aquel día de trabajo y de pena, afectaron el organismo debilitado de Pedro Al amanecer del día siguiente a la catástrofe, sintióse enfermo y se vió forzado a solicitar asilo en el hospital de San Juan de Dios. Gracias a la asistencia cuidadosa que se le dió y al reposo de que pudo gozar, y del que tanto había menester, en breve tiempo recuperó la perdida salud. Durante los días de su enfermedad visitó el piadoso recinto el capitán Antonio Lorenzo de Betancur, que al saber de un enfermo de su mismo apellido, quiso conocerle. Resultaron el paciente y el militar ser familiares, aunque en grado remoto. (2) Con tal motivo el capitán ofreció a Pedro hospitalidad en su casa, tan pronto como estuviese restablecido completamente y los médicos le diesen de alta.

Este hecho hace patente la falsedad de lo que aseguran algunos de sus biógrafos, respecto a que fué a su llegada muy bien recibido y que muchas personas de caridad se disputaron el honor de llevarle a sus casas. "Merced, por una parte a las relevantes prendas de su carácter, escribe uno de ellos, que le hacían dócil y cortés en el trato, humilde en su proceder, modesto sin fingimiento y agradable sin afectación por otra, a la obsequiosidad característica con que los guatemaltecos acogen a los extranjeros: Pedro tuvo el mejor recibimiento que hubiera podido desear. Disputábanse todos, como una dicha, el servirle y hospedarle, mas

esto mismo le puso a él en extrema confusión, no sólo por considerarse indigno, sino porque queriendo mostrarse con todos agradecido, no sabía de quién aceptar, sin que los demás quedasen desairados". (3) Los que tal han aseverado, quizá con la idea de enaltecer la personalidad de Bethencourt, lo han hecho por desconocimiento absoluto de las condiciones y cotumbres de las colonias españolas en aquellos tiempos. Los que llegaban de la Península a tierras de América sin cargo oficial, ni recursos, ni recomendaciones para personas pudientes, eran recibidos, no con hostilidad, pero sí con señalada tibieza y no poco reparo. Fácil es de explicar este fenómeno. La gente pobre que llegaba, venía, desde luego, a disputar a los residentes parte de los beneficios y ventajas de que gozaban, eran nuevos elementos de explotación de estas regiones promisoras y, por lo mismo, constituían, de hecho, un factor que hacía más agria la lucha por la existencia. Pedro se encontraba en ese caso: pobre hasta la miseria, sin posición alguna, y sin vinculaciones valiosas.

Una vez que obtuvo autorización para abandonar el hospital, pasó a vivir en la casa del capitán Betancour, donde no permaneció muy largo tiempo. Su carácter laborioso y humilde no era propicio para alargar tan generosa hospitalidad, y, menos aún, para vivir con relativo desahogo y en una atmósfera poco edificante como la que reinaba en la casa del hombre de armas. Pedro amaba el trabajo, la pobreza y la virtud. Profundamente agradecido, dejó la casa de su lejano pariente y, en calidad de operario, pasó a la fábrica de

paños que, a cosa de una milla de la ciudad, tenía establecida el aférez Don Pedro de Almengol.

Mientras trabajaba con asiduidad en la fábrica, captándose el afecto de su patrón y de sus compañeros de labor, por su disciplina y su admirable bondad, un pensamiento constante embargaba su espíritu, hasta absorberlo por completo. Quería seguir la carrera eclesiástica a fin de dedicarse a las misiones evangelizadoras y sobre todo como medio fácil de poner en acción la fiebre de caridad que le abrasaba.

Consultó su propósito con el padre Manuel Lobo, de la Compañía de Jesús, que desde su llegada al país había sido su director espiritual, que más tarde fué su amigo y auxiliar, y, después de su muerte, el primero de sus biógrafos. El sabio jesuita, tras una serie de reflexiones que consideró prudente hacerle a su hijo de confesión, le aconsejó que probara llevar a la práctica sus deseos; pero que, ante todo, estudiara con atención y perseverancia sus verdaderas inclinaciones, a fin de optar por lo que más le conviniera para mejor servicio de Dios.

Fué así cómo entró en la vida de estudiante, en que tantas amargas pruebas le esperaban.

NOTAS DEL CAPITULO VII

(1) Coincidió este gran movimiento sísmico con una formidable erupción del Volcán de Pacaya, que tuvo lugar el día 12 del mismo mes y año. Respecto al terremoto que sorprendió a Pedro, en momentos que entraba a la ciudad, dice un cronista anónimo de la época: "El 18 de febrero, poco más o menos a la una de la tarde, a continuación de un intenso retumbo, sobrevinieron tres temblores, alternándose en un espacio de tiempo de ochenta minutos poco más o menos. Derrumbáronse muchas casas, rodaron hacia el suelo algunos tejados, tocaron por sí solas las campanas de los templos, y algunos animales atemorizados buscaron los poblados."

Cita de *Víctor Miguel Díaz*. — "*Conmociones terrestres en la América Central.*"

(2) "Era in Guatemala el capitán Antonio Betancur, quale, in occasione, che frequentava forsi quell'Ospedale, ebbe occasione di conoscere il Ven. Pietro; e udito, chamarsi Pietro di Betancur, appagossi di quel cognome, e lo credette suo Congiunto, benché in grado assai rimoto, e per tale trattollo, quando specialmente dal medesimo udí, esser Egli nativo delle Canarie.»

Fray Giuseppe della Madre di Dio. — "*Storia della vita, virtù, doni e grazie del Venerabile Servo di Dio P. F. Pietro di S. Giuseppe Bethencourt.*"

(3) *Pbro. Vicente García y A.* — "*Vida del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt.*"

VIII

LA POBREZA INTELECTUAL DE PEDRO

No han faltado quienes hayan puesto especial empeño en probar que San Francisco de Asís era hombre de muy escasas luces y hasta de señalada pobreza mental. A este propósito, uno de los innumerables autores que sobre él han escrito, dice: “. . . . *su idiotez* tan pregonada, concuerda admirablemente con la intuición intelectual que, prescindiendo de discursos fatigosamente elaborados, se alza de un brinco a la genial visión de las verdades primarias de la sabiduría religiosa”. (1)

Hasta en esa especial coincidencia de juicio, hay semejanza entre Francisco y Pedro. A ambos cuadra lo que del primero dice el autor antes citado. “Jamás, escribe, se preció él de intelectual y dialéctico, ni se ahincó en ningún trance de la vida sobre los ilogismos para levantar edificios de doctrina y manifestar a los hombres los grandes tesoros de sabiduría que encierra el evangelio de Cristo. Nunca fué maestro de cátedra ni peripatético de ninguna academia, sino maestro profundísimo de vida cristiana, un verdadero *idiot*a ante los dialécticos especulativos. Pero su pura y acendrada *idiotez* es pura y acendrada sabiduría, que insti-

tuye con pasmosa visión las más fecundas y eternas perspectivas de la vida y doctrina de Cristo. (2).

Perfectamente aplicables son las palabras anteriores al fundador de la Orden Bethlemítica, y para testimoniarlo, veamos cuál ha sido el origen que tiene la fama de pobreza intelectual que se ha dado a Pedro de San José Bethencourt.

La inteligencia con excepciones raras, cuadraría decir rarísimas, no ha tenido nunca carácter universal. Varones eminentes en las letras, han sido poco menos que torpes para las artes; cerebros prodigiosos para las matemáticas, no han conseguido el aprendizaje de un idioma; prosistas maravillosos, no han logrado hilvanar un párrafo de oratoria improvisada, grandes filósofo han sido nulos para las ciencias naturales. El famoso asceta de Goathemala, tuvo que renunciar a la carrera del sacerdocio, por no haber logrado nunca aprender ni los más sencillos rudimentos de la lengua latina. A ello se debieron las desazones y sinsabores que hubo de sufrir en su corta y dolorosa vida de estudiante.

Daban los padres jesuitas, en el colegio de San Borja, sus clases de latín en las mañanas y eran éstas destinadas a alumnos de diferentes edades y grados, según su condición de adelanto. A Pedro, hombre ya de veintisiete años, tocóle asistir, por su absoluta ignorancia, al aula de los principiantes, muchachos casi todos de corta edad.

Ese hecho dió margen a sus primeras contrariedades. Los chicuelos al verle llegar le recibieron con burlonas sonrisas. No podían imaginarse que aquel

mocetón, a la edad que tenía, estuviese aún en los primeros estudios. A juicio de aquellos muchachos traviesos y alborotadores, ya era tiempo de que hubiese cantado muchas misas o coronado sus afanes siendo un acabado maestro en latinidades. Este concepto de los discípulos se habría borrado con el tiempo, si el alumno, hábil para el estudio, hubiera hecho rápidos progresos. Pero no aconteció así. Su torpeza era visible y sus luchas por adelantar estériles. Diríase que cuanto más se empeñaba en aprender, más negativos eran los resultados que obtenía.

Su infatigable aplicación, su comportamiento ejemplar, su modestia y su resignación, conmovían a su profesor, el Padre Juan de la Cruz, que apiadado de tan buenos impulsos y escasas cualidades, no se atrevía a reprenderle y, mucho menos, a castigarle como se estilaba en aquel entonces. Siendo el maestro hombre muy exigente, esa tolerancia observada con Pedro, hería y molestaba a los compañeros, que duplicaban su acritud contra el pobre incapaz estudiante. Menos duros eran cuando le apellidaban, a las claras, *bestia*, *ignorante*, *animal*, *jumento*, que cuando le decían con sarcástico tono: *sabio*, *erudito*, *literato*, *maestro*, *teólogo*.

Con su habitual mansedumbre escuchaba aquellas burlas y aquellos ultrajes, que pagaba siempre con bondadosa sonrisa. Su incapacidad le afectaba, no por las contrariedades que le atraía y las mofas que le suscitaba, sino por alejarlo, cada vez más, de su sueño, su acariciado sueño de vestir los hábitos sacerdotales y poder volar a tierras de herejes a conquistar almas y ofrecer el pan augusto de los sacramentos.

De aquellos fracasos diarios se originó la opinión, casi unánime, de que el pobre Pedro padecía de ceguera intelectual. Que era tonto, rematadamente tonto, nadie lo ponía en duda. Sin embargo, en el transcurso de su vida y, sobre todo, en la ejecución maravillosa de su gran obra, pudo probar que si habían tesoros de ternura en su corazón, no faltaban vivos luminaires en su cerebro.

Un personaje cuyo testimonio es indiscutible, abona este aserto. Se trata, nada menos, que de Don fray Payo Enríquez de Rivera, Mitrado en Guatemala y virrey en México. Durante casi todo el tiempo que Pedro desplegó sus actividades en la capital del reino, tocóle a este varón ilustre regir la iglesia guatemalteca, viendo al venerable con frecuencia, tratando con él y pudiendo, por lo mismo, apreciar y mediar sus cualidades. De que era juez competente el obispo, no hay punto a dudar, conociendo, aunque sea a rasgo de pluma, sus relevantes méritos. Joven ingresó fray Payo en la orden de los padres Agustinos, llevando a cabo sus estudios en la Universidad de Osma y alcanzando el grado de maestro en sagrada teología, materia de la cual, por su profundo conocimiento en tan grave saber, fué profesor en Burgos, Valladolid y Alcalá de Henares. Ocupó la silla episcopal de Guatemala el 23 de febrero de 1659 y por el término de nueve años, en forma preclara, desempeñó cargo de tan alta jerarquía. Como hombre de progreso y, sobre todo, de visión intelectual, puso de manifiesto sus singulares dotes, introduciendo la primer imprenta en el reino de Goatemala en el año de 1660. En 1668 salió para México,

elevado a la categoría de arzobispo y, poco tiempo después, en 1673, por muerte del duque de Veraguas y virrey de México, Don Pedro Nuño Mirón, lo sustituyó en virtud de cédula anticipada de la Corte, que venía temiendo aquella vacancia, por el grave estado de salud del titular. Fué, pues, al mismo tiempo la primera autoridad civil y religiosa, en el célebre virreynato de la Nueva España, demostrando en el ejercicio de ambas funciones energía, talento y tino. (3) Este personaje, autoridad de peso a toda prueba, decía de Pedro de San José Bethancourt, coronando otras frases encomiásticas: *“En todo son preciosas sus prendas, mas la de su entendimiento la estimo por la más singular.”*

El mismo prelado expresó otras muchas veces el alto concepto que le merecía el terciario. “En una conversación que tuvo con el Ilmo. Señor Obispo F. Payo de Rivera, un distinguido religioso de la Merced, hablando de nuestro Venerable, se expresó de la siguiente manera: —¿Qué le parece, Padre Maestro, de la ciencia del Hermano Pedro? ¿Qué de lo mucho que ha alcanzado su entendimiento en materias teológicas? Yo le he visto tratar algunos puntos con tan superior inteligencia, que apenas alguno de nosotros pudiera percibirlos después de mucha fatiga y aplicación al estudio.” (4) A lo que el prelado accedió.

Corroboran tal juicio las ingeniosas contestaciones que, con frecuencia, daba el Hermano Pedro, sus parábolas y anécdotas, su habilidad para convencer pecadores y traerlos al buen camino, y la realización misma de sus hermosos planes, que jamás hubieran cristalizado sin que a su acerada voluntad y constan-

cia se uniese una superior claridad intelectual. La misma obra escrita que de él se conoce: "Instrucción al Hermano Rodrigo de la Cruz", "Regla de la confraternidad de los Bethlemitas", "Corona de la Pasión de Cristo nuestro Bien", y "Memoria de las Coronas que han rezado los Hermanos y devotos de la Virgen Nuestra Señora de Guatemala, los años 1661 y 1666", son trabajos bien pensados, en un estilo sobrio y diáfano, sujetos a perfecta lógica y que ponen de manifiesto una inteligencia despejada y un buen criterio.

En sus mismas exposiciones sencillas, casi simples, pero perfectamente claras, se advierte al hombre que no quiere ocultar su completa ignorancia con subterfugios y falsos ropajes, sino la persona de juicio sano, que presenta cuanto quiere decir bajo el manto de una argumentación corriente, pero bien perfilada y capaz de ser comprendida por inteligencias a todo nivel. Era a los pobres, a los más incapacitados mentalmente a quienes se dirigía. El hablarles en su lenguaje para llegar a sus almas, era ya un signo de inteligencia, de inteligencia práctica, la que precisamente necesitaba para rematar los fines que perseguía.

NOTAS DEL CAPITULO VIII

(1) *P. Luis de Sarasola, O. F. M. — “San Francisco de Asís”.*

La palabra *idiotez*, que resulta dura y hasta un tanto impropia si se atiende al significado estricto del vocablo, tienen sin embargo su razón de ser, San Francisco, en su afán de nulificación y de empequeñecimiento, solía llamarse con frecuencia *idiota* y eso dió margen a que algunos escritores, sin ahondar motivos, lo calificaran como tal. A esto obedece la observación del autor citado, que, como se vé, al hacer uso de este adjetivo, procede con intención irónica.

(2) *P. Luis de Sarasola, O. F. M. — “San Francisco de Asís.”*

(3) “En 8 de diciembre del año 1673 entró a gobernar *D. Pedro Nuño Colón de Portugal*, duque de Veragua y descendiente del ilustre Cristóbal Colón, persona muy recomendable por sus buenos sentimientos. Procuró desde luego aliviar la mísera condición de los indios, mandando bajar el precio a las semillas. Como existía guerra entre España y Francia, ordenó se defendiesen las costas y los puertos, iniciando antes prudentes medidas en los días que permaneció en Veracruz. Viejo y achacoso era el Virrey, y las fatigas del viaje aumentaron sus dolencias al grado de que, a los cinco días de estar en el gobierno, murió a las cinco de la mañana del 13 del mes y año citados. Se le hicieron suntuosas honras fúnebres en la catedral, y su cadáver fué más tarde transportado a España. El pliego de mortaja, que guardaba el inquisidor *D. Juan de Ortega*, se abrió luego en presencia de la Audiencia, y en él venía nombrado el *Ilmo. Sr. D. Fr. Payo Enríquez de Ribera*, arzobispo de México, que en el acto tomó posesión.”

Grande y fructuosa fué la acción de este varón ilustre en el desempeño del virreynato. “Cansado el *Sr. Payo de Ribera* con las molestias del gobierno, renunció el empleo, y en 1680 se le promovió a la presidencia del Consejo de Indias y al obispado de Cuenca; pero al pisar las playas hispanas renunció ambas cosas, retirándose al monasterio de Risco, donde acabó sus días el 8 de abril de 1684.”

Dr. Nicolás León. — “Compendio de la Historia General de México.”

(4) *Pbro. Vicente García y A. — “Vida del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt.”*

IX

UN BREVE PARENTESIS DE DESESPERANZA

Pedro, varón tan cumplido, espíritu tan escrupuloso, no podía distraer largas horas, que le reclamaban sus deberes en la fábrica, para dedicarlas a su cotidiana asistencia al Colegio de San Borja, sin restituir las como consideraba de su obligación. Para llenar ese vacío, trabajaba durante la noche, no sólo en lo que consideraba labor perdida, sino excediéndose, a fin de responder en esa forma a la benevolencia de su patrón, al otorgarle permiso para disponer de las mañanas, contra las reglas de su establecimiento. Tenía, además, que consagrarse a sus estudios, que cada vez se le hacían más penosos y difíciles y a sus devociones que, de día en día, aumentaban en consonancia con su creciente fervor. Todos esos quehaceres, sagrados para él, sobre todo el último, le ocupaban buena parte de la noche haciendo interminables sus vigiliias. Puede decirse que casi no dormía. Aquel existir de fatiga, aquel físico agotamiento, afectaban su organismo, pero no alteraban en nada su modo de ser jovial y animoso. Siempre estaba contento, siempre había una sonrisa en sus labios, y una mirada cariñosa en sus ojos.

Dos personas se hallaban seducidas por tales prendas y esperaban, cada una en su afán, algo del piadoso y activo joven. El alférez Pedro de Almengol, tenía el propósito de conservarle a su lado y hacerle partícipe de sus negocios. Aquel hombre serio, laborioso, humilde y hábil, era un elemento muy apreciable para la fábrica, sobre todo en los momentos difíciles que corrían y cuando el industrial se encontraba ya viejo y cansado. La hija del alférez sumaba a tan preciadas cualidades, el carácter afectuoso y el continente agradable del operario. Pedro gastaba una figura física bastante atrayente. El historiador Batres Jáuregui nos lo retrata de esta guisa: "Tenía el *Hermano Pedro* magro el cuerpo y fuerte el alma; suave la mirada, con resplandores de benevolencia; pálido el rostro; sombreados los ojos por melancólicos párpados; oval la cara y guarnecida de barba dócil y negra. La boca sonriente era de labios puros y afectuosos. Accesible a todos, no rehusaba el apóstol expansiones de bromas y pláticas sencillas, dado que la virtud no es áspera ni está en pugna con la placidez que refleja espíritu cándido". (1) Era por lo tanto, con tan aceptable continente, muy natural la afección que por él tomara la hija del fabricante, alimentada además por esa afabilidad y dulzura de trato comunes en el joven y que ella consideraba como una tácita correspondencia a su inclinación.

Entre tanto la infantil sencillez del obrero no le permitía adivinar los designios del fabricante ni, mucho menos, los sentimientos que alentaba la joven. La bondad con que le trataba el patrón y las insinuantes

atenciones de que era objeto por parte de la muchacha, cosas eran que las atribuía a un exceso de generosidad de ambos, generosidad que hacía desbordar la gratitud en su alma nobilísima. Los compañeros, en cambio, veían con ojos desfavorables la predilección del industrial por aquel operario que, a su juicio, valía menos que ellos, toda vez que las horas de la mañana, las de más recia labor, en vez de dedicarlas a los quehaceres de la fábrica, las entretenía en infructuosas clases de latín. En cuanto a las miradas de la doncella, no podían pasar despercibidas a ninguno, salvo que, como Pedro, anduviese remontado a regiones muy lejanas de la tierra que pisamos.

De tan elevadas esferas le hizo descender una tarde el alférez Pedro de Almengol, exponiéndole, sin mayores rodeos, su propósito y los deseos de su hija. Examinaba el alférez el rostro de su interlocutor mientras hablaba, notando con extrañeza que en vez de una expresión plácida, como cuadraba a propuestas tan halagüeñas, la fisonomía de Pedro reflejaba una expresión de susto y casi de terror. Aquella actitud tan contraria a la que él esperaba, la atribuía sin embargo al carácter timorato del joven. Era imposible que no le colmara de satisfacción un tan inesperado presente de la fortuna.

Terminado que hubo de hablar Almengol, extendiéndose más de lo que hubiese deseado para mejor exponer las ventajas de su oferta y la confianza y deferencia que significaba querer hacerle miembro de su propia familia, Bethencourt quedó como anonadado. No acertaba a salir de su asombro ni a traducir lo que

por su ánimo pasaba. De una parte, un inmenso reconocimiento, de otra, una gran pena, una verdadera angustia, al tener que negarse a recibir tan inmerecidos favores.

Con lenguaje entorpecido por la emoción, procurando con exquisita delicadeza no herir la susceptibilidad de aquel padre y aquel amigo, abrió su corazón a pleno. Explicó cómo él había venido a las Indias a impulsos muy diferentes del de los éxitos materiales, sin afán de lucro, ni de oro, muy al contrario, dispuesto a vivir en la pobreza y en la humildad, entregado solamente al servicio de Dios y de sus semejantes. Manifestó igualmente que no se consideraba hombre propicio para el estado matrimonial. Su carácter, sus aspiraciones, sus tendencias, lo llevaban más al estado eclesiástico, el que estaba resuelto a adoptar. Insistió, muy particularmente, en demostrar que era absolutamente indigno del bien y el honor que se le dispensaba. Exaltó los merecimientos físicos y morales de la hija del alférez, prendas que le daban derecho a un compañero de más alta posición social y de mayor valía, capaz de ofrecerle un buen porvenir. Y derramando abundantes lágrimas de agradecimiento, besó con ternura las manos de su benefactor, pero sin apartarse, ni una línea, de su rotunda negativa.

Disimuló el alférez su contrariedad, pero a Bethencourt no se le ocultó que era honda, ni mucho menos dejó de reconocer toda la razón que le asistía, viéndose herido en sus sentimientos de padre y defraudado en sus esperanzas de comerciante.

Desde aquel momento, comprendió que no podía permanecer más en la casa que, por largo tiempo, le sirviera de dulce y cariñoso albergue. Se dispuso a abandonarla. Le atormentaba, más que todo, la idea de haber proyectado una sombra de pena en aquella familia que, en tierra de Indias, con afectos y cuidados, había sustituido a la que dejara, del otro lado del mar, en la risueña aldea de Chasna. No se le ocultaba, juzgándose con toda severidad, que era inocente, completamente inocente del mal hecho; pero tal convicción no aminoraba su intenso pesar.

Tenía, ya por aquel entonces, algunas relaciones en la ciudad y era generalmente apreciado por su virtud y su trato afable y llano. En tal concepto no le fué difícil encontrar hospitalidad. Se la ofreció gustoso un vecino acomodado de Goathemala, llamándose Don Diego de Vilches. No teniendo que recorrer la distancia que mediaba entre la fábrica y el colegio y con más reducidas ocupaciones, toda vez que éstas se concretaban a desempeños corrientes en la casa de su nuevo protector, creyó que, contando con más tiempo para dedicar al estudio, lograría al fin triunfar en la demanda e ingresar en el estado religioso.

No tardó en desengañarse de la inutilidad de sus esfuerzos. A más horas de estudios y a más tenacidad impuesta en ellos, los resultados eran siempre los mismos, negativos. Entre tanto, los condiscípulos que le veían redoblar sus afanes sin conseguir su objeto, a su vez redoblaban sus burlas y sus sarcasmos. No fueron éstos, sin embargo, los que lo indujeron a

tomar una resolución que modificaba sus primitivos planes.

Resolvió poner aparte el ideal de vestir hábitos sacerdotales y, en cambio, dispuso emprender camino lejos de la ciudad, para buscar, en tierras no conquistadas, gentes infieles a quienes evangelizar. Despidióse de su hospedador Diego de Vilches y ascendió la cuesta de las Cañas, por donde había venido años antes, siguiendo para la pequeña población de Petapa, célebre por una hermita en que se profesaba culto a una imagen de la Virgen del Socorro muy venerada. Pensaba allí pedir luces a la Madre de Jesús y, una vez ungido con su gracia, internarse en regiones remotas y desconocidas.

Largo rato pasó en fervorosa oración ante la imagen ponderada por sus milagros. Demandaba con vehemencia una luz que le guiara en aquella hora de desconcierto y de tinieblas, cuando sintió un extraño impulso, casi irresistible, que le obligaba a desandar lo andado y volver a Goathemala. Sus palabras, aquellas que pronunció en la Habana, al oír el nombre exótico de la capital del reino, venían a su mente como un mandato supremo. "A esa ciudad quiero ir porque con interior júbilo y superior fuerza me siento animado a encaminarme a ella, luego que he oído nombrarla."

A la luz de la luna que regaba su plata sobre el soberbio valle de Panchoy, viendo a los grandes volcanes que parecían empinarse para hundir sus crestas en las miriadas de astros que florecían en el cielo, entró nuevamente en el campo de batalla. Ya no aspiraba a ver tonsurada su cabeza, ni a ceñir a su pecho la sagrada

estola, ni a consumir el Santo Sacrificio de la Misa. Ardiendo en caridad, pensó únicamente en consagrarse a los desgraciados, a los menesterosos, los enfermos, a los tristes y a los atribulados. Le pareció atender que de aquel valle soberbio se elevaba una queja dolorosa, un clamor de misericordia, y descendió con paso rápido y firme como si alguien, un ser muy querido, allá en el seno de la ciudad, le esperase con los brazos abiertos.

NOTAS DEL CAPITULO IX

(1) *Antonio Batres Jáuregui. — "La América Central ante la Historia."*

X

LA VERDADERA GENESIS DE SU LABOR HOSPITALARIA

A mediados del siglo XVII, cuando Pedro de San José Bethencourt, adalid de nobilísima causa, entró en escena para resolver un gran problema humanitario, en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala, existían cuatro hospitales que merecieran tal nombre. Eran éstos: el de San Pedro, consagrado a eclesiásticos pobres; el de San Lázaro, donde se curaban los *tocados de fuego*, como se decía a los leprosos en aquellos tiempos; el de San Alejo y el de San Juan de Dios, para toda clase de males, siendo este último el que revestía mayor importancia. Tales casas de asilo tenían una existencia precaria. Llenaban sus cuantiosas necesidades con rentas exiguas que la Corona les asignaba y, más que todo, con los donativos y limosnas de las gentes caritativas. Estas últimas entradas, se nivelaban en estrechez, con las rentas, porque la población era pobre. No es necesario recurrir a los datos estadísticos, para comprobar esta verdad. El que visite la hoy Antigua Guatemala y antaño capital del reino y se detenga a contemplar los restos que dejara en pie el terremoto del 29 de julio de 1773, compren-

derá fácilmente, con un poco de psicología histórica, que no existieron en aquella metrópoli personajes muy acaudalados. (1) Las iglesias y los conventos, fruto de la piedad generosa y del trabajo sin remuneración, resultaban un exponente de suntuosidad, pero no se encuentran sino escasos restos de algunas viviendas famosas, que reflejen la fastuosidad individual, tales y como se advierten en México. (2) Caserones inmensos, de patios extensos y cuadrados, una que otra fuente de piedra generalmente cincelada y los marcos de los viejos portones igualmente de piedra y con caprichoso y aún elegante dibujo; algunas veces, en mansiones señoriales, el escudo rematando el arco, era todo lo que constituía el lujo en las habitaciones de aquellos caballeros de Santiago. (3) Los nombres de algunos personajes, dueños de capitales fabulosos, que han llegado hasta nuestros oídos en la corriente de la leyenda, resultan envueltos en un manto de misterio, sin que después de su desaparición se haya sabido cómo y dónde adquirieron las crecidas riquezas que se les atribuían. (4) No quiere decir esto que las personas de calidad no gozaran de cierta holganza y aún mantuvieran relativa pompa. Los utensilios de plata y los muebles incrustados de bronce, carey, concha, nácar y hueso, con derroche de maderas preciosas, eran bastante comunes; pero, no había la abundancia de numerario como para asistir con largueza al sostenimiento de las casas de caridad. (5).

La traslación de la ciudad, después de los terremotos de Santa Marta antes aludidos, desde el hermoso valle de Panchoy, al no menos hermoso de La Ermita,

a poco que se analice, se advierte que más odebeció a la urgencia de una liquidación general, por un estado álgido de crisis, que no a los estragos producidos por los sacudimientos del suelo. “Las casas se iban destrozando, dice un importante documento de la época, unas por los ladrones, que no dejaban ni las rejas de hierro, por difícil que fuera el robo, y las otras que de propósito se desbarataban con el fin de llevar los materiales a La Ermita, para la construcción de las que allá se fabricaban, vendiendo los dueños las portadas y demás elementos por nada y nada, aún de edificios que quedaron enteramente buenos, como el de Fuentes, en consideración a que todo su valor era de los muchos acreedores que tenía”. No es ésta una opinión aislada. “La situación no podía ser más triste para los vasallos de S. M. que moraban en la muy noble y leal ciudad de los Caballeros de Santiago, se expresa en un comentario sobre la ruina, sufriendo, por otra parte, las consecuencias de la crisis económica que había empobrecido al país, abatiendo el comercio y cargando de capellanías, censos, hipotecas y otros gravámenes, las casas y haciendas de los ricos”. (6)

Por otra parte los hospitales no han sido en la América latina, ni lo son hasta hoy, salvo aquellos modernos que llevan por nombre Sanatorios o Clínicas, sino establecimientos consagrados a la gente más pobre, la que absolutamente no tiene medios de asistirse en sus viviendas. Los hospitales de Goathemala, con excepción del de San Pedro y el de San Lázaro, casi no recibían otra clase de pacientes que indios y negros esclavos. Estos infelices tenían una asistencia muy escasa, por la

misma pobreza de los asilos, y eran tantos los enfermos que ingresaban, como expresaremos adelante, que no había capacidad para tenerles mucho tiempo en asistencia y así, apenas se recobraban un poco, eran echados a la calle, a fin de que ocuparan su sitio otros muchos solicitantes que reclamaban atención.

Pedro de San José Bethencourt, particularmente desde que se trasladó a la ciudad, viviendo en la casa de Diego de Vilches, frecuentaba a diario los hospitales, prodigando a los enfermos cuidados asiduos, consuelos de palabra y aún llevándoles lo poco de que disponía. En esas cotidianas visitas, tuvo oportunidad de ver y apreciar de cerca la situación horrible de tantos desgraciados que, débiles, incapaces para ganarse la vida, apenas aliviados de su mal, encontrábanse de pronto en el arroyo, donde sin amparo hallaban la muerte, no habiendo conseguido con su hospitalización otra cosa que prolongar unos días más sus sufrimientos.

El corazón de Pedro, todo amor y generosidad, se despedazaba en presencia de tanta miseria, de tanto dolor, y era mayor su pena al ver que, en su pobreza nada podía hacer por aquellos infelices. Concibió entonces la idea de un hospital de convalecientes, de un recinto piadoso que recogiera aquellos andrajos humanos y donde les fuera dable morir tranquilos y si aún eran capaces de resistir, lograran recuperar la salud y volver a la vida corriente, aptos para soportarla.

Esto pasaba allá por el primer tercio del siglo XVII, cuando ya estaban construídos los monasterios y las

iglesias, las ermitas, los beateríos y los pasos, cuando ya se había agotado el material de construcción barato y extinguido muchas poblaciones indígenas que antes proporcionaban operarios gratuitos y en gran número. Las gentes piadosas, por su parte habían dado cuanto podían para las construcciones realizadas, y seguían dando, a medida de sus proporciones, para el sostén de los innúmeros conventos de la ciudad. Pensar en una nueva edificación, en mantener una casa más de caridad y que por su índole reclamaba tantos gastos, era algo que parecía un sueño irrealizable.

Pedro medía todas las dificultades y, más que todo, comprendía su insignificancia y su pequeñez para abordar semejante obra. En una ciudad de escasa población y de reducida área, el caritativo mozo era bien conocido y todos sabían de su fé acendrada, de sus sentimientos altruistas y de los nobles y buenos deseos que lo animaban; pero todo eso no era suficiente para culminar empresa que requería vinculaciones estrechas con personajes pudientes, personería propia de algún valor en lo civil o religioso, cuantiosas influencias y, hasta cierto punto, alguna responsabilidad económica. Aquel pobre hermano terciario no tenía nada de eso. Todo su haber era un hábito raído y una vivienda prestada. En cambio poseía lo que vale sobre todas las cosas, en la persecución de grandes empeños: la fé, la esperanza, y el renunciamiento absoluto de sí mismo, para poner todas las energías y toda la voluntad al servicio de la causa cuya finalidad se busca y a la cual se ha resuelto dedicar la existencia.

NOTAS DEL CAPITULO X

(1) "Aquella metrópoli, era superior a Lima — según explica Don Antonio J. de Irisarri — y mejor que todas las ciudades de América, con excepción de México; pero los errores económicos que, según verás en otro capítulo de esta obra, la debilitaron y empobrecieron, llegaron al extremo de que, en vísperas de la ruina del año 1773, había tal miseria que la crisis no podía soportarse."

Antonio Batres Jáuregui. — "La América Central ante la Historia."

(2) "Además, de los edificios públicos que eran magníficos, ya por el año 1625, había casas suntuosísimas, como la de Don Tomás de Siliezar, a quien le decían el vizcaíno, y era presidente de la Sala de Justicia; la de Don Antonio Justiniano, el genovés, hombre acaudalado y dueño de una gran parte del valle de Mixco, en el cual recogía gran cantidad de trigo; la de Don Pedro Lira, castellano viejo; la de los portugueses Antonio Fernández y Bartolomé Núñez"; y las de otros muchos, que no mencionó el Padre Gage en sus "Viajes".

Fray Thomas Gage. — "Relación de Viajes".

(3) Hasta mediados del siglo anterior muchas de las familias antiguas de Guatemala conservaban magníficas vajillas de plata y otros utensilios del mismo metal. aún los dedicados a los más bajos menesteres, lo mismo que muebles verdaderamente primorosos, en que se ponía de manifiesto el adelanto alcanzado por el arte de la incrustación entre los ebauistas guatemaltecos. Desgraciadamente, esos objetos han salido del país comprados, principalmente, por ciudadanos de los Estados Unidos, debido a los altos precios pagados por ellos.

(4) Hasta el momento actual, todavía intriga a mucha gente crédula la noticia de una fortuna fabulosa que existió en la antigua Guatemala: "Las leyendas fantásticas de la casa de los Barraneche las refieren desde hace muchos años. Ese edificio se hallaba en un solar perteneciente a Don Atanacio Gándara; probablemente lo restauraron en más de una ocasión después de la ruina de 1773. Cerca, muy cerca, se hallaba el renombrado Oratorio de Espinosa, a poca distancia de la Alameda de Santa Rosa y de la Calle de Las Platerías, arteria importante y animada en la época del esplendor de la antigua capital. Sería más largo enumerar lo

que se ha repetido acerca de los duendes aparecidos en dicha casa al ser desalojada la ciudad capital al trasladarla al Valle de la Ermita. A los que allá se quedaron, que fueron relativamente pocos, todo les preocupaba; el canto del buho, el ruido de los cristales al ser azotados por el viento, los tristes clamores de las campanas de alguna ermita, les infundía temor, tal era la mustia soledad en que había quedado la derruida capital, fundada por Maldonado.

“Los señores Barraneche eran hermanos inseparables; se marcharon a España y jamás se volvió a saber de ellos, por lo que se creyó que habían muerto en alta mar. No faltaron sujetos que, sorprendiendo la buena fé de las gentes, afirmaron que dichos señores habían dejado tesoros escondidos bajo la tierra: comenzaron las excavaciones por todos lados en la casa; se decía que de noche se oían misteriosos sonidos, llenos de vaguedad, que llevaban el terror al ánimo de las gentes.”

Victor Miguel Díaz. — “*La vieja ciudad Colonial.*”

(5) El cronista Jiménez que suministra abundantes datos sobre la moneda antigua del reino, dice que quedaron corriendo sólo piezas de a dos reales y que éstas se mandó ordenar que no circularan en el año de 1663, debido a las dificultades que ofrecía la escasez de numerario.

Fray Francisco Ximénez. — “*Historia de la Provincia de San Vicente de Chiapa y Guatemala.*”

(6) *Antonio Batres Jáuregui.* — “*La América Central ante la Historia.*”

XI

HUMANOS RESIDUOS QUE LLENABAN LOS HOSPITALES

Indios y negros esclavos, como expuesto queda, deshechos humanos, constituían el torrente que, con exceso llenaba las casas de caridad. Los negros esclavos que acudían a los hospitales representaban el grado último de aniquilamiento y miseria. Se trataba de organismos que una faena abrumadora y agotante y el flagelo despiadado, exigiendo supremos esfuerzos, habían reducido al último límite de pequeñez y de anemia. (1) Máquinas humanas quebrantadas en el trabajo, que ya no podían utilizarse en ninguna labor, que no podían venderse a ningún precio, que eran menos apreciables que las máquinas de hierro inutilizadas, ya que en éstas el material muerto puede venderse al peso, aquellos infortunados entraban a los asilos casi siempre para morir. Los había, sin embargo, algunos que tuvieron antaño vigorosa constitución, capaces de un reaccionamiento por virtud del descanso; éstos, más desgraciados que los que sucumbían, eran lanzados de la casa benefactora, claudicantes y extenuados para ir a sufrir nuevos martirios. Sobre estas miserables criaturas estaban fijas las miradas de Pedro de Bethen-

court. Recoger este ébano despedazado por la crueldad de los hombres, sanar sus heridas físicas y morales, eso era lo que pretendía el altruista corazón del hermano terciario. Dar albergue a éstos que no tenían más techumbre que la bóveda celeste, tal lo que deseaba aquel gran espíritu.

La proporción entre negros e indios era muy notable. El número de los primeros resultaba relativamente corto en relación a los segundos, no obstante lo mermada que se encontraba la raza primitiva en la época de referencia. Por otra parte, los esclavos africanos, si bien tratados con inhumano rigor, como hemos manifestado, siempre se procuraba prolongar su vida para que en trabajo de años repusieran al amo lo que había pagado por ellos y rindieran el correspondiente fruto. Además, la constitución de los negros era más resistente que la de los nativos que, particularmente después de la conquista, habían entrado en un período de marcada y rápida decadencia física por obra de las privaciones y los sufrimientos, las nuevas enfermedades importadas, que hacían más estragos en sus organismos no inmunizados y el uso del aguardiente introducido por los castellanos, y que los indios bebían con avidez buscando en la ebriedad, aunque sólo fuese un pasajero lenitivo a sus desgracias. (2) En tal concepto el mayor número de pacientes, en cantidad abrumadora, que afluía a los hospitales, era de indios, a quienes apenas si se alcanzaba a atender. Con este motivo la situación de éstos era peor y por lo mismo su infortunio el que más afligía el alma de Pedro y para quienes, con mayor anhelo, deseaba tener un refugio.

Aparte de lo que veía con sus propios ojos, debió influir en su conmiseración el recuerdo, llegado por tradiciones hasta él, de los horrores cometidos por uno de sus antepasados con los nativos de Canarias, y que fueron tantos y tan inauditos, que obligaron al obispo Don Mendo a pedir al rey de España alivio para aquellas víctimas de la ferocidad humana. (3)

A fin de comprender mejor esos sentimientos de conmiseración que animaban al ilustre benefactor, precisa conocer bien las condiciones del indio, particularmente durante los dos primeros siglos de la colonia. Los más grandes defensores de España, no han podido negar los hechos que tenían lugar en América, en lo tocante a la condición de los indios. Las autoridades peninsulares, conste ello en su honor, los reyes de España particularmente, y algunos hombres magnánimos de memorable recordación, hicieron todo lo posible por aliviar la situación de la raza vernácula en las Indias Occidentales y evitar los abusos que con ella se cometían, pero había muchos obstáculos para que pudiera ser efectiva la acción benéfica de las disposiciones emitidas. Las leyes se otorgaban, sabias y humanas, pero muchas veces no se cumplían. Pruebas abundan para dar consistencia a este hecho notorio. El motivo de esa falta de observancia es fácil de explicar. La migración que pasó a las Indias, en los primeros tiempos de la conquista, no era de la más espurgada selección, muy a la inversa, en su mayor parte compuesta estaba de aventureros sin escrúpulos, que querían compensarse del sacrificio de viajes tan largos y a tan lejanas tierras, redondeando, fácil y rápidamente cuan-

tiosas fortunas. Para llegar a esta finalidad, remate de sus aspiraciones, no había más medio que extorsionar a los indios y obtener de ellos la máxima suma de trabajo, sin cuidarse de los medios que usaban para obtenerla, ni preocuparse de si ello significaba la extinción de la raza. Esto que lo consideraban natural y legítimo, las gentes turbias de que se ha hecho mención, lo aceptaban también, — cosas del tiempo, — personas honestas.

Los de hazaña y fortuna a todo evento, eran los maestros en burlar las leyes sabias y protectoras que se dictaban en la Corte. Otros menos osados se acogían a lo hecho o lo fortalecían. (4) Contaban los burladores, entre otros, con tres auxiliares poderosos: las difíciles comunicaciones entre España y sus colonias; la extensión y desconocimiento de los territorios conquistados, y la concupiscencia de elementos malsanos de las autoridades peninsulares, que no venían en son de patriótico sacrificio, sino que aspiraban también a mejorar de suerte y para ello ayudaban y contribuían a exprimir el principal fruto que daba jugo abundante y seguro. La gente de verdadera conciencia ecuánime, bastante tenía con defenderse de la malsana que la rodeaba.

Esta migración turbia, consecuencia del espíritu de casi loca aventura que se necesitaba para lanzarse a tierras y mares desconocidos, si bien estas últimas llenas de atractivos pero no desprovistas de horripilantes leyendas, a medida que los viajes se regularizaron, que se fué conociendo la verdad, equiparándose las ventajas y las desventajas, que surgieron hermosas

ciudades, que las autoridades peninsulares fueron seleccionándose, quedó substituída por una migración más sana, trabajadora y honesta. Eso suavizó notablemente la condición de los naturales, a lo que contribuyó, no menos, el empobrecimiento de las minas, viéndose substituída esta industria, que a causa de su misma condición requiere trabajo rudo y penoso, por la agrícola, más blanda y menos exigente.

Los repartos y las encomiendas, sistema de esclavitud disimulada, que se implantó a raíz del descubrimiento de las Antillas, no quedando, en corto tiempo, ni vestigios de los antiguos poseedores de las islas, fueron trasplantados a la Tierra Firme, tan pronto como se comenzó la conquista y colonización en esta parte del continente. A los sistemas mencionados, se agregó el rescate que era esclavitud efectiva. Consistían los repartos, como el vocablo lo expresa, en hacer entrega de un número determinado de indios a los españoles en las tierras que se iban conquistando, y la encomienda en hacer pasar a los repartidos a nuevas manos, cuando por cualquier causa quedaban libres de su anterior compromiso. Encomiendas y repartos vinieron a ser, con el tiempo, una sola cosa. El rescate significaba el traslado, por compra o permuta, de los esclavos que poseían los Señores indígenas a poder de los españoles, siempre en calidad de esclavos. Es decir, se rescataban de una esclavitud para someterlos a otra. Eran igualmente siervos los indios en tierras conquistadas que no se sometían incondicionalmente o que, una vez sometidos, intentaban rebelarse.

Don Joaquín García Icazbalceta, que ha agotado argumentos y sofismas para defender o atenuar los procedimientos seguidos con los indios por los castellanos, en su biografía de fray Juan de Zumárraga, dice: "Pero las encomiendas eran puramente vitalicias, y sus poseedores veían con extrema angustia acercarse cada día la hora ineludible de abandonar este mundo y de dejar a sus familias en la más negra miseria, después de haberse habituado a vivir en la abundancia. Con tal perspectiva era muy natural que tratasen de sacar de los indios cuanto se pudiese a fin de formar, por otro lado, un capital propio con que asegurar la subsistencia de su mujer e hijos. Ninguno pensaba en mejorar su repartimiento sino en esquilmarle; todo estaba en los aires, los indios eran cruelmente extorsionados y la tierra se empobrecía y despoblaba". (5)

Para atenuar este mal se recurrió a otro que, posiblemente, resultó peor. "No podía desconocer el gobierno verdades tan claras, agrega el autor citado, y apesar de las declaraciones de los teóricos, que veían la perpetuidad de la esclavitud en la trasmisión hereditaria de las encomiendas, hubo de alargarse a concederlas, primero por dos vidas, luego por tres y aún cuatro y cinco". (6) La misma caridad cristiana no alcanzaba en todos los corazones a los indios. En el barrio de San Damián construyó el arzobispo de México, allá por el año de 1540, una ermita y una casa contigua para asilo de indios forasteros, pero ésta húbose de cerrar por falta de recursos. Nadie quería prestar apoyo a una institución destinada a gentes in-

feriores, cuando se podía favorecer a otros más dignos de ser atendidos.

Ante tanto dolor y tanta desgracia, Pedro, aunque había medido las vallas casi inexpugnables que iban a oponerse a sus propósitos, resueltamente acometió la empresa de hacer el hospital de convalecientes. Aquí comienza su obra gigante, llevada a término sólo a fuerza de sacrificios, abnegación y entereza moral y física.

NOTAS DEL CAPITULO XI

(1) Respecto de la esclavitud de los negros, ya hicimos una referencia en una nota anterior, pero, en todo caso, conviene hacer constar que no puede fallarse en término absoluto. Si bien hubo amos implacables, los hubo también que hicieron de sus esclavos casi miembros de la propia familia y de éstos se encuentran numerosos ejemplos en las colonias americanas, donde aún hoy existen familias que tienen relativa posición social y que son descendientes de aquellos siervos a quienes sus amos, con su propio nombre, les dieron también un tratamiento humanitario y cariñoso. Este hecho abunda en Nicaragua. En cambio se dió muchas veces el caso a que nos referimos, de negarles toda protección cuando ya se encontraban inútiles para toda faena.

(2) Los indios habituados al uso de la chicha, de la que se ha menester gran cantidad para embriagarse, acogieron con verdadero deleite el aguardiente, que en proporción menor rendía los mismos resultados apetecidos. Por lo que hace a que este artículo constituyera una renta del estado, no es de extrañarse, dado el tiempo y los sistemas económicos en vigor. Lo verdaderamente sorprendente es que hoy en día, pueblos que han censurado agriamente como procedimiento rentístico el del impuesto a las bebidas alcohólicas, lo adopten constituyendo uno de sus principales ingresos. Tal vemos en los Estados Unidos después de la abolición de la ley seca. Una de las entradas más fuertes que tiene el erario estadounidense se debe al impuesto al referido producto.

(3) Un religioso llamado fray Mendo, fué nombrado obispo de las islas Canarias en virtud de mandato del papa Martino V. Los naturales de las islas conquistadas distaban mucho de profesar una religión bárbara; adoraban a la naturaleza y era por ellos considerado como gran sacrilegio el derramamiento de sangre humana. Los ministros del culto eran vestales a los que daban el nombre de *Magodas* y se les tributaba gran respeto y veneración; embalsamábanse los cadáveres, y de ellos se han encontrado varios perfectamente envueltos en pieles de cabra. Eran los indígenas de elevada talla, de bien proporcionadas formas, robustos, de bellas facciones, y no carecían de civilización, como lo prueba el hallarse albergados en espaciosas cuevas en las que se libraban del excesivo calor. Cultiva-

ban la música, y también la poesía y más de un monumento en el que había algunas inscripciones atestiguaron a los conquistadores la cultura de aquellos isleños. Estos, desesperados en la ruda contienda sostenida heroicamente contra Bethancourt por sostener su independencia, hubieron al fin de sucumbir a los sucesores de este caudillo y fueron víctimas de las crueldades de los dominadores. Maciot llevó su crueldad al extremo de no conceder gracia ni aún a los indígenas que habían adoptado la religión de Cristo, vendiendo por esclavos a los unos y exterminando a los otros. Tales ferocidades movieron al obispo Don Mendo a solicitar del gobierno español la destitución del tirano principal. El ruego del prelado fué atendido y España envió tres naves armadas al mando de Don Pedro Barda de Campos, quien al fin pudo obtener, tras largas diferencias, que Maciot le vendiese el dominio de las islas, sancionando la venta la reina y Barda hizo otro tanto.

(4) Este orden de cosas reinante en aquel tiempo, pone en alto relieve la obra meritísima de los misioneros cristianos, que, sin temor a la clase de gente con que se afrontaban, eran irreductibles en su demanda y en su acción, no haciéndoles ceder en su empeño ni las amenazas ni los peligros aún de la pérdida de la vida, a que frecuentemente se veían expuestos.

(5) *Joaquín García Icazbalceta*. — “*Biografía de D. Fr. Juan de Zumárraga*.”

(6) El mismo autor y la misma obra.

XII

DE TERCERO A EDUCADOR Y HOSPITALARIO

Después de la escena ante la Virgen del Socorro en la ermita de Petapa, después que una voz secreta lo convocó a regresar a la metrópoli del reino, la idea que Pedro acariciara, por tanto tiempo, de seguir la carrera eclesiástica, se desvaneció completamente en su espíritu. Es más, tuvo aquel que fuera su más hermoso sueño, como algo que encarnaba el germen de una tentación, un llamado a la vanidad y al orgullo. “¿Cómo él, miserable pecador, podía alcanzar la honra incomparable de alzar en sus manos impuras la divina forma, la blanca hostia donde, por obra del conjuro de las palabras sacramentales, baja el mismo Dios, como antaño bajara el Espíritu Santo, en lenguas de fuego, sobre la cabeza de los Apóstoles?” Así pensaba, arrepentido y contrito, llorando con amargo llorar su atrevimiento y su osadía. Su misión era otra, su misión era ser pobre y consagrarse a los pobres, vivir y morir por los pobres.

A lo que sí creyó que podía aspirar, sin ofender a Dios con sus pretensiones, sino más bien como medio de servirle y de cumplir con los deberes que había resuelto

imponerse, fué a ingresar en la Tercera Orden de Penitencia. Un suceso misterioso y una exhortación coincidente con él, fortalecieron su propósito y lo animaron para la realización de su ferviente deseo. Acababa de regresar a la capital, cuando un domingo, después de oír misa en la iglesia de la Merced, encontróse con un personaje a quien jamás había visto; era un hombre anciano de blanca barba que le cubría el pecho, mirar dulce en un rostro severo, vestido con hábito de franciscano y que le dijo: “¿En qué andas, Pedro?”. “Voy a oír misa a la iglesia de San Francisco”, respondió Bethencourt. “¿No has oído misa y comulgado en la iglesia de la Merced?” “Anda, agregó, al Calvario, que allí debes morar, porque esa es la voluntad de Dios nuestro Señor”. Siguió el consejo del desconocido y a pocos pasos dió con Fray Fernando de Espino, Guardián del Convento de San Francisco, que le dijo, sin otra palabra que el saludo: “Pedro, ¿por qué no tomas el hábito de tercero?” Ante aquellos hechos que respondían a su afán, no vaciló. Hizo su solicitud, dispuesto a someterse a todas las pruebas que se le impusiesen para alcanzar aquella honra.

Con gran sorpresa del humilde aspirante, fué admitido sin llenar fórmula alguna y aún sin seguir la acostumbrada información. Su vida inmaculada, la ya naciente fama de sus virtudes, su fervor piadoso, testimoniado a todas horas y de mil maneras, dieron lugar a que se hiciese con él una excepción; pero humildísimo como era, no alcanzaba a comprenderlo así. Consideraba aquella excepción como una gracia inmerecida, como un celestial don, y para hacerse acreedor

a tan señalado favor, se impuso grandes sacrificios y privaciones, macerándose las carnes y guardando agotadores ayunos.

Admitido como Terciario de la Orden de San Francisco, sentía Pedro un supremo deleite, considerando que en aquella congregación estaba más cerca del seráfico santo de Asís. Desgraciadamente su pobreza era tanta, que se halló con que no tenía cómo comprar el hábito, muy modesto, sin embargo, que debía vestir. Aquella contrariedad, a un tiempo mismo, le atormentaba y le complacía. Sediento de mortificaciones, tal contratiempo, después de su fácil acceso a la Orden, era una prueba y de gran magnitud, por el mismo afán que lo acicateaba. De tal carencia tuvo noticia un vecino de la ciudad y, gustoso, soliviantó su apuro. Tan inesperado favor, que el nuevo terciario atribuía a su *celeste protectora*, inundó su alma de reconocimiento para su generoso donador e hizo acrecentarse su ardiente fé en la madre de Cristo.

Ceñido el hábito, pensó en buscar sitio apropiado para consagrarse con mayor recogimiento a sus oraciones y dar principio a la obra de caridad que le obsesionaba. Recordando las palabras del personaje misterioso que le hablara pocos días antes, retiróse a la ermita del Calvario, situada un poco extramuros de la ciudad, en el fondo de espesa y romántica alameda. En consonancia con sus principios de sumisión y rebajamiento, se constituyó en algo menos que el sacristán de aquel templo. Hacía el barrido de todo el recinto y se ocupaba hasta en los más pequeños menesteres del culto y más humildes desempeños. Sus modestas ocu-

paciones no le apartaban, sin embargo, de sus bellos ideales altruistas y religiosos. Llevado de su temperamento delicado de artista, procedió a un servicio tan eficaz y a un adorno tan cuidadoso y bello de la iglesia, que la Sagrada Casa vióse en breve frecuentada más que ninguna otra de la ciudad. Introdujo en el rosario una innovación, haciendo que todo él fuese cantado, práctica de su invento, que resultaba muy poética, y no tardó en generalizarse en muchas partes de América y aún fué llevada a España por fray Pedro de Ulloa, teniendo en la península la más favorable acogida. (1)

Antes de proceder a la fundación del Hospital, realizó una obra no menos benemérita. La propia experiencia, el recuerdo de su niñez transcurrida en la ignorancia, las penas sufridas en su vida de estudiante, la sed inapagable de hacer el bien en cuantas formas le fuese posible, le indujeron a establecer, còntigua al Calvario, una escuela de primeras letras para niños de ambos sexos. Su mentalidad sin preparación, pero despierta, comprendía el supremo beneficio de la enseñanza, la necesidad de preparar las inteligencias desde temprana edad para la lucha por la vida o para hallarse facilitadas a ulteriores estudios. Su sencillez, su afabilidad, su inocencia, le daban el secreto que ha menester para el éxito en su labor, el maestro de párvulos. Sabía ponerse al nivel de sus discípulos, entrar en íntima comunicación con ellos. No le ayudaba menos, para el buen resultado, su alegría. Por intuición puso en práctica un procedimiento que la ciencia pedagógica convertiría más tarde en sistema: el uso del

canto en la educación. Hacía que sus alumnos y alumnas cantaran y bailaran y para ello les componía endechas de una encantadora simplicidad, que gustaban en extremo a los pequeñuelos, por su facilidad para aprenderlas. Decía una de éstas:

*“Aves vengan todas,
Vengan a danzar,
Que aunque tengan alas
Les he de ganar.”*

Y entonando esta redondilla, él, en unión de todos los chicos, bailaba y cantaba bajo las espesas frondas de la alameda, que con las risas y balbuceos de la infantil falange, parecía invadida por un enjambre de bulliciosos pájaros.

Las clases de la mañana eran dedicadas a las niñas; las de la tarde a los niños. Tal faena, más que dura, era larga, y Pedro comprendió que le robaba tiempo para llevar adelante sus otros planes. Dispuso entonces buscar un maestro, al cual pagaba con limosnas que recogía para ese fin. Él se reservó para sí la enseñanza de la doctrina cristiana, y continuó aprovechando los recreos para cantos, bailes y enseñanzas de moral con parábolas y leyendas.

Entre tanto dos hechos concordes vinieron a decidir del comienzo de la gran empresa del Hospital. Murió una mujer tan pobre como piadosa, de las que con más asiduidad frecuentaban el Calvario, llamándose María Esquivel. Antes de morir y deseosa de que se hiciera algo en sufragio de su alma, dispuso que,

para costear sus funerales, misas y responsos, se vendiese, lo único que poseía, una modesta casita y que el producto se dedicase a los fines indicados. Cuando el venerable Pedro lo supo, pensó en comprar aquella propiedad, para que fuese el punto de partida de su soñado albergue. La modestísima vivienda, que no era otra cosa que un rancho pajizo, costaba la insignificante suma de cuarenta pesos, pero fácil es comprender que Pedro no contaba con ella. Sin desanimarse, salió en busca de la cantidad dicha, resuelto a conseguirla aunque fuese en calidad de préstamo. Su sincera elocuencia, la pintura vehemente que hacía de la obra que iba a emprender, convencieron a dos honrados caballeros de la necesidad de ayudarle. Fueron éstos Don Alonso Zapata y Don Francisco Zamora, que le proporcionaron, en calidad de donativo, los fondos para la compra. Estaba dado el primer paso.

Aquella misma noche, cuando recorría la ciudad en busca de alguna pena moral o de algún sufrimiento físico que hubiera menester de su consuelo, supo de una infeliz que necesitaba inmediata asistencia. Era aquella pobre negra esclava maltratada y abandonada por sus amos de que nos habla Chateaubriand y que Bethencourt llevó sobre sus hombros al rancho pajizo, que denominaba pomposamente su Hospital. Fué aquella la primer paciente de una casa de caridad que, con el correr de los días, debía ser amparo y refugio de muchos miles de menesterosos.

NOTAS DEL CAPITULO XII

(1) *Pbro. Vicente García y A. — "Vida del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt."*

XIII

UN SUEÑO FANTÁSTICO

Celoso cumplidor del deber, sumiso a las leyes humanas, quiso Pedro llenar las disposiciones de ritual antes de iniciar su beneficiosa fundación. Al efecto se entrevistó con el presidente de la Real Audiencia, General Don Martín Carlos de Mencos y con el Obispo de Guatemala, fray Payo Enríquez de Rivera. Ante estas dos autoridades, la civil y la eclesiástica, expuso su plan y solicitó el correspondiente permiso. Le oyeron ambos funcionarios con atención, pero poniendo en duda que pudiera coronar sus bellas aspiraciones. Tan fantástico resultaba su proyecto, que a no ser por el respeto que inspiraba aquel varón humilde y el baluarte de sus virtudes y su fé, posiblemente los altos personajes, hubieran opuesto dificultades a su propósito o tomado en son de quimera aquella especie de locura.

El presidente de la Real Audiencia se alzó de hombros como quien dice: "Haga Usted lo que quiera, yo me lavo las manos". El Obispo, dolido de la decepción que iba a sufrir aquel siervo de Dios, por él tan considerado y querido, creyó de su deber preguntarle:

"—Pero, ¿con qué cuenta hermano para llevar a término ese plan tan grande?"

Pedro, sin inmutarse, acompañando su respuesta de bondadosa sonrisa, con ojos que brillaban viendo en la lejanía el triunfo menos difícil de lo que el presidente y el prelado pensaban, le contestó ingenuamente:

“—Eso Padre, yo no lo sé; mas Dios que todo lo puede, me ayudará”.

Aquella respuesta, en que resplandecía una seguridad plena, una absoluta confianza en el Ser Supremo, conmovió al Jefe de la Iglesia guatemalteca, que le ofreció hacer por él cuanto estuviese a su alcance, aunque ponía en duda el éxito, por los malos tiempos que corrían y las muchas construcciones de caridad que se habían hecho, no sin grandes esfuerzos las últimas que se llevaron a cabo. Pedro le agradecía su buena voluntad, pero no participaba de las dudas ni de las incertidumbre del mitrado.

—¿Y cómo se llamará su hospital? — preguntó el Obispo.

—Hospital de Bethlem — repuso el hermano Tercero.

Aquel nombre trajo a la mente de Don Fray Payo Enríquez de Rivera, el recuerdo de la piedad y fervor con que Pedro celebraba, año tras año, el nacimiento del niño Jesús, en forma tal, que era reconocido en la ciudad que nada había tan digno de verse como la fiesta que organizaba el hermano terciario para celebrar la llegada al mundo del hijo de María.

Todos los días del año eran plácidos para aquel mendigo generoso que pedía mucho y daba más, sólo exigiendo que las horas transcurrieran en provecho de la misión que se había propuesto llenar. Eran, no obs-

tante los últimos días del año, los de la Navidad, los que hacían desbordar en su alma el júbilo infantil en que abundaba. Grandes eran sus afanes para preparar el *nacimiento*. (1) Sin descuidar a sus enfermos, ni olvidar sus oraciones, se daba traza y modo para preparar algo muy animado y muy risueño en homenaje al futuro redentor de los hombres. Era tal su entusiasmo, que casi llegaba a imaginarse que en realidad iba a nacer Jesús en aquel establo improvisado y minúsculo que él con paternal cariño preparaba.

En largas veladas se entretenía haciendo con telas embreadas y fruncidas, colinas y montañas, que salpicaba de aserrín coloreado, dándoles tonalidades verdes o rocosas. Con vidrios sometidos al fuego y que entre las llamas se resquebrajaban, fingía pedazos de hielo, muy naturales en aquella noche fría en que naciera Jesús, apenas calentado por el aliento del buey y la mula. Cristales con papel azul o plateado, le servían para hacer lagos, acaso el de Tiberiade o el Mar Muerto. Pastores de ovejas, que sin duda le recordaban sus días de juventud en la encantadora isla de Tenerife, iban por los caminos de arena con rumbo al establo a ofrecer sus humildes presentes al recién nacido. En una tela pintada de azul, que figuraba el cielo, brillaban innúmeras estrellas, distinguiéndose, entre todas, una más brillante, la que debía guiar a los reyes Magos al sitio humilde de la adoración.

Contrastando con todo aquello, en cierto modo factible, pululaban entre riscos y bosques, altas sierras y blandas planicies, indios de caprichosas indumentarias, en anacrónica participación con los hijos de la lejana

Palestina. Parecíale imposible al que tan tiernamente amaba a los pobres primitivos de América, que ellos no concurrieran allí, en la hora bíblica, a saludar la llegada del Mesías.

“Para celebrar cada año este grandioso acontecimiento, dice uno de sus biógrafos, desplegaba toda la solicitud de que era capaz su ardiente corazón. Muchos días antes, a la par que llevaba consigo una estampa de Jesucristo recién nacido, exhortaba a las almas a prepararse con ayunos, oraciones y otros ejercicios espirituales para tan hermosa festividad. En las primeras horas de aquella venturosa noche, disponía una solemnísimas procesión con las imágenes de María y José en traje de peregrinos y a ella se tenían por invitadas y acudían en masa todas las clases sociales con religioso entusiasmo. Y eran de ver el orden y piadoso recogimiento con que, entre nutridas constelaciones de luces de todos colores y al son de escogidas canciones, giraba el devoto cortejo alrededor del Hospital y desfilaron luego por las calles de la ciudad, iluminadas y adornadas con exquisito gusto y con el mayor esplendor que consentían los recursos de los respectivos vecinos.

“A buena hora regresaba la procesión a la casa de Belén; entonces se retiraba el venerable Pedro con los suyos y algunos invitados para tomar una modesta colocación, después de la cual iban todos al Oratorio a celebrar con nuevos fervores el Nacimiento de Cristo. Provistos de tamborcitos, panderetas, sonajas, castañuelas y otros instrumentos pastoriles, principiaban a tañerlos, entonando por turno cada cual una copla de

muchas, tan graciosas como sencillas, que con este objeto había compuesto el piadoso Hermano.

“Terminada esta función, que el Siervo de Dios procuraba no fuese muy larga, ordenaba que se recogiesen a descansar un poco hasta la media noche, quedándose él en oración delante del divino Infante. Tan pronto como oía tocar a Maitines, despertaba a toda su gente, hacía que se vistiesen de pieles y tomasen consigo los instrumentos ya mencionados, al son de los cuales cantando se encaminaban hacia el convento de San Francisco; penetraban en los claustros continuando sus festivas demostraciones y pasaban de allí a la Iglesia en donde debían asistir a los divinos oficios. Pedro entretanto enajenado de júbilo y saltando cual otro David, se dirigía al coro de los religiosos, en donde permanecía hasta el momento en que ellos principiaban los Maitines: íbase entonces a la Iglesia y mientras se cantaban los oficios divinos, rezaba en voz baja el rosario de la Virgen con los de su comitiva y con otros que se les agregaban. Al acabarse la Misa del Gallo despedía los a todos, a fin de que se reposasen algo y él tomaba el camino de Almolonga, distante tres millas de la ciudad, para ir a dar las buenas pascuas a la Inmaculada Concepción, en cumplimiento de una promesa que había hecho a la misma Virgen Santísima por haberle curado de una grave enfermedad. Concluidas las devociones y habiendo recibido la sagrada comunión, volvíase a su Belén, a fin de regalar a los pobres con la singularidad que se acostumbra en aquel día. A todos manifestaba entonces sus votos de felices pascuas, que no solía dar a ninguna criatura mor-

tal antes de que los hubiese recibido la Emperatriz de los Cielos. Hasta el día de la Epifanía conservaba en su Oratorio el nacimiento, prolongando otro tanto sus alegres y fervorosas manifestaciones en honor de este misterio de la inefable ternura de un Dios hacia la miserable humanidad". (2)

Esta devoción mística, fué la que inspiró al Hermano el nombre de su Hospital, Hospital de Bethlem, un homenaje más rendido al niño que tuviera un pesebre por cuna.

NOTAS DEL CAPITULO XIII

(1) Con este nombre se conoce en muchas partes de la América latina los portales que se construyen para celebrar la fiesta de Navidad, rememorando la venida al mundo de Jesús y procurando darles el aspecto y el ambiente del lugar en que vió la luz, en la aldea de Belén, el hijo de Nazaret.

(2) *Pbro. Vicente García y A. — "Vida del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt."*

XIV

LA REALIZACION DE UN SUEÑO

Los primeros momentos fueron harto difíciles, casi desesperantes, capaces de cortar vuelo a las alas mejor armadas. De puerta en puerta iba el terciario humilde solicitando ayuda para la erección de su hospital. Oídos y puertas herméticos se encontraban a su demanda. En vano, acicateado por su fé irreductible, exponía con la seducción de su llana elocuencia, la triste situación de los negros y de los indios, de los convalecientes pobres, y la urgencia inmediata de un lugar de amparo para esa miseria ambulante.

—Hermano, hay cuatro hospitales en la ciudad, y eso basta — le decían los unos.

—Estamos hartos de mantener gente vagabunda — le decían los otros.

Alzábanse de hombros indiferentes algunos, y un buen número, entre burla y serio, le respondían a su prédica piadosa :

—¿Por qué no pide Usted para nosotros que lo necesitamos más que los indios y los negros?

Como en sus días de estudiante, cuando le azaetaban los crueles sarcasmos de sus implacables compañeros de labor, Pedro se contentaba con reír pláci-

damente, lleno de cristiana benevolencia. Y sin flaquear por el mal éxito, a los pocos días, con audacia y tesón, volvía nuevamente a la demanda, siempre más humilde, pero en su humildad más insistente.

Su porfía, aquella porfía de beatífica lubricancia, acababa por abrir brechas en la indiferencia y en el egoísmo. Seducidos por la mansedumbre de sus palabras algunos, los más por salvarse de su insistente tenacidad, le favorecían con algo, muy poco regularmente: unos ladrillos, un puñado de cal, un saco de arena, una tabla o una viga. En moneda efectiva nadie le ofrecía nada. Besaba las manos de los donantes, aunque sólo le ofrecieran un pedrusco y sobre sus hombros enflaquecidos por la penitencia y el trabajo incansante, cargaba con los donativos al sitio de la construcción. Las manifestaciones de honda gratitud con que recibía cuanto se le daba, así fueran despreciables minucias; la paciencia con que conducía sus mezquinos materiales, haciendo las veces de bestia de carga; el ahinco con que trabajaba abriendo los surcos para los cimientos, preparando la mezcla, cortando las maderas; la labor ímproba de aquella abeja infatigable que no amainaba en la construcción de su panal, de que los desamparados aprovecharían la miel y la cera, acabó por ablandar el corazón de los vecinos, aun de aquellos que lo tenían más resistente y duro, y los donativos fueron aumentando progresivamente. Crecían en cantidad y en calidad. Entre tanto, el edificio, como por obra de magia, se iba levantando en medio del asombro general. Era, sobre todo, admirable la complacencia del Obispo, que recordaba las palabras del

buen tercero, cuando le preguntó: “¿Y con qué cuenta Hermano Pedro?, y éste repuso: “Eso Padre yo no lo sé, pero Dios que todo lo puede, me ayudará”.

Lo que más sorprendía a las gentes era, al amanecer de cada día, ver que aquella obra pobremente emprendida, encontrábase notablemente más adelantada que la tarde anterior. Ese fenómeno hizo circular la conseja de que durante la noche legiones de ángeles venían a prestar su valioso contingente para la construcción del benéfico asilo.

Era el hecho tan palpable a toda luz y se advertían matinalmente tantos progresos, que el vecindario no podía menos de fortalecerse en su concepto del auxilio sobrenatural. Y lo que pasaba era muy sencillo: un enjambre de obreros, albañiles y carpinteros, aprendices y peones, los más pobres de todos los gremios, incapacitados para contribuir con efectivo o material a la gran obra, y seducidos por la voluntad extraordinaria de aquel cristizador de ideales, robaban unas horas al sueño para trabajar en la filantrópica fundación.

No faltaba, por lo mismo, un cierto fondo de verdad en la popular creencia de que los ángeles colaboraban con Pedro en la consumación de su obra. La acción del bien por el bien mismo, sin que lo enturbie la mácula del interés mezquino, es de tal modo significativa, que puede decirse que diviniza a las personas que así proceden.

Sólo aquel esfuerzo, aquella dinamia eran capaces de realizar la obra fantástica con que soñara Pedro, dando por resultado que en un tiempo apenas verosí-

mil, se viera dotada la ciudad de Goathemala de uno de sus mejores edificios, y sobre todo y más que todo, el que estaba llamado a ser fuente de mayores bienes.

MEDICO DE ALMAS

No era solamente a los males físicos que consagraba sus delicadas atenciones el venerable Pedro. Las enfermedades morales de su prójimo le preocupaban por igual manera y le merecían análogo interés. Convencido estaba, de que si se hace gran bien resañando una herida material, no es menor el que se hace consolando a un espíritu atribulado. Las gentes todas de la ciudad conocían aquel modo de pensar y de sentir y muchas eran las que, no a manera de confesión, ya que no se trataba de un sacerdote, sino por vía de confianza íntima, le referían sus cuitas o le declaraban sus faltas, en espera del cariñoso alivio o del prudente consejo.

No ignoraba el noble varón, que la noche es particular apañadora de crímenes y vicios, o bien ocasión en que, con martirizante insomnio, los recuerdos tristes, las fascinantes tentaciones o el recuerdo de nuestras penas vienen a nosotros. Por eso aprovechaba las altas horas de la noche para recorrer las calles de la ciudad, más que en busca de enfermos del cuerpo, de doloridos del alma. En medio del silencio nocturno, de aquel silencio augusto de las ciudades coloniales de

América, en que apenas si turbaban la calma el tañido de unas espuelas, el choque de unas espadas, el aullido lúgubre de un can o el discreto roce de una celocía al abrirse o cerrarse para el dulce coloquio o la despedida triste, el terciario recorría las calles y para anunciar su paso y dar aviso a los que hubieren menester de su auxilio, repicaba alternativamente una campanilla de bronce y entonaba, con amable voz, la siguiente endecha :

*“Acordaos hermanos
Que un alma tenemos
Y si la perdemos
No la recobramos.”*

Aquella campanilla y aquella voz eran un rayo de luz que iluminaba las tinieblas de los espíritus atormentados. Al oirlas, solían abrirse puertas o ventanas y un acento trémulo llegaba a los oídos de Pedro para reclamar el beneficio de su consolación. No era vana la solicitud del cuitado. Aquel hombre indocto sabía encontrar, no en las luces de su cerebro, sino en la magnanimidad de su corazón, la balsámica palabra que curaba la herida. En ocasiones una frase sencilla, casi vulgar, sin alcance técnico, sólo por la forma en que era pronunciada y el gesto con que la sabía ungir, tenía el poder de modificar todo el curso de una vida.

En una de sus excursiones nocturnas tropezó con una mujer del arroyo. Iba la infeliz arrebatada por el remolino del vicio. Sedienta de placer o de oro, corría en busca de quien pudiera saciar su sed. Ve una som-

bra, confunde a Pedro con algún noctámbulo que desea divertirse y se le acerca resuelta. El terciario clava en ellas sus ojos, a los que no asoma la más leve expresión de severidad o de reproche, muy al contrario, es una mirada dulce, más que dulce intensamente compasiva. La contempla breves instantes y le dice:

—Lástima os tengo.

La mujer se turba al oír aquella frase simple, tiembla y rompe en llanto amarguísimo. Al día siguiente visita el Hospital de Bethlem y habla por largo espacio con el fundador. Le cuenta cómo la noche víspera, después del encuentro con él, volvió a su casa y analizó su vida. Sintió vergüenza del pasado y dispuso trocar la carrera de perdición que seguía, por el camino de la virtud. Y tal como lo dijo, así lo consumó.

Un hombre de posición, no contento con el trato implacable que daba a su esposa, queriendo separarse de ella sin ser objeto del vituperio social, se decidió a calumniarla. El vulgo, dispuesto siempre a dar cabida a las murmuraciones, acogió, sin analizarlas, las perversas versiones de aquel mal sujeto. Llegó la noticia a Pedro y una noche aproximándose a la casa que ocupaba el calumniador, dejó oír estas palabras:

—Alma, ¿qué haces? Mira que Dios te está esperando.

A la mañana siguiente el caballero hizo volver a la esposa al hogar, devolviéndole con esa actitud el honor que le arrebatara, y cuentan que desde entonces en aquel recinto imperaron el respeto y la paz.

En su magnífica propiedad rural vivía un criollo rico y avaro. Complaciase en castigar barbaramente a

sus esclavos y en exprimir el jugo del trabajo a los desgraciados indios. Cierta día este hombre cruel sufrió peligrosa caída y la noticia llegó a los oídos del hermano Pedro, que aprovechando su condición de dolencias, le escribió la siguiente carta:

“La paz de Dios sea en el alma de mi hermano, y le dé y comunique mucho su amor. Amén. Pesóme mucho de la caída que dió mi hermano y ofrecióseme luego la que dió San Pablo que fué causa de su conversión. Sepa mi hermano, que son avisos de nuestro Señor, que le derriba en tierra, para darle la mano en el cielo. Es menester poner por obra lo que tanto importa, que es la salvación de nuestras almas y dar los medios convenientes. El principal es una buena confesión general; si es posible y de su devoción el venirla a hacer con un sacerdote que al presente está en esta ciudad y es consuelo de todos los pecadores que se quieren valer de él. En todo le deseo el acierto que para mí. La luz del Espíritu Santo le alumbre en todo. Encomiéndese muy de veras y mande decir tres misas a la Santísima Trinidad por las ánimas del Purgatorio.

Guatemala. De este Hospital de convalecientes de nuestra Señora de Belén, a 10 de julio de 1664. De su hermano que su salvación desea.

Pedro de San José Betancur.”

Influencia tan grande tuvieron estas líneas en el corazón del avariento y despiadado caballero, que poco tiempo después de haberlas recibido, y apenas curado de sus golpes, presentóse en el Hospital de Bethlem; tuvo larga charla con el bondadoso hermano tercero, y de tal modo acabaron de edificarlo sus palabras, que

repartió su hacienda entre los pobres, y vistiendo el sayal modesto de la Orden Tercera Franciscana, se quedó en aquella casa de beneficencia, desempeñando, en último puesto, los menesteres de la cocina.

Visitaba el hermano Pedro los lupanares y los presidios, sin que los insultos y mofas de penados y meretrices alcanzaran a perturbar su serenidad ni a poner dique a sus prédicas ejemplarizadoras. Con paciente insistencia regaba su doctrina, y se dió el caso, más de una vez, que, seducidos por su palabra, pasaran criminales, del calabozo al taller, y prostitutas, del lenocinio al hogar.

XVI

INFLUENCIA Y GENEROSIDAD CON LOS ANIMALES

Aquel corazón abierto y henchido de amor para todos los hombres, lo estaba también para los animales. Ejercía sobre éstos un extraño y poderoso influjo, privilegio singular que muy pocas personas poseen. No es el dominio por obra del temor, fruto de la crueldad, sino a la inversa producto de la dulzura honda que llega a imponerse sobre los más fieros instintos. Acaso se trata de una fuerza hipnótica, acaso de un acto de reflexión del irracional que, acostumbrado a la inclemente dureza de los hombres, sabe distinguir, y, sobre todo, apreciar, la mano que acaricia, de la mano que azota. Lo cierto es que el privilegio de domeñar a los animales, de cualquier índole que fuesen, era en Pedro un don extraordinario que rayaba en el límite de lo fabuloso. (1).

Dirigíase a la Ermita del Calvario una tarde después de sus duras faenas del día. En la plazuela que se extiende frente al atrio se había improvisado una corrida de toros. El terciario, sumido en sus meditaciones, entró descuidadamente en el campo de la lidia. El toro que se jugaba, enloquecido por los saetazos de

la pica y los aguzados garfios de las banderillas, arremetía con todo lo que encontraba a su paso. Clava sus ojos de ascua en el humilde monje; se prepara para embestir; rasca la tierra nervioso y agita la serviz enfurecido. La multitud grita y advierte al terciario, que, no oye o no quiere oír las voces de alerta y prosigue impasible su camino, como si nada pasase a su alrededor. El bruto no aparta sus ojos de aquella extraña figura; deja de remover el suelo, ya no sacude la enastada cabeza; permanece inmóvil y no torna a sus arranques de dolorosa furia, sino cuando el venerable, recorrido el palenque, desaparece por la puerta de la Ermita. (2)

El *sopilote*, (3) ave de rapiña muy común en Goáthemala, es objeto de crueles persecuciones por parte de los muchachos. Su aspecto poco agradable, su plumaje de un negro sucio, el olor almizcoso que despide, todo esto acaso contribuya a convertirlo en víctima de los pilluelos, que, no midiendo los servicios que presta,—policía gratuito de higiene consumiendo las inmundicias y devorando los animales muertos;—descargan sobre él su inocente perversidad. Como consecuencia natural de tales persecuciones, es el pobre bicho malicioso, arisco y feroz cuando cae en las manos del hombre.

En la plazoleta misma del Calvario, sitio tan frecuentado por Pedro, un grupo de chicos traviesos, se entretenía en martirizar a un *sopilote*. Lo habían atrapado para ponerle una golilla de cuero, práctica que divierte mucho a la muchachada por las consecuencias que tiene, y son las de hacer a la engolillada ave mo-

tivo del furor de sus congéneres que, celosos o enojados, a punta de picotazos acaban por arrancarle la vida. El pobre animal había sufrido la fractura de una ala al caer prisionero en la trampa y se defendía heroicamente de sus enemigos con el pico y con las garras. A esa hora acertó a pasar el siervo de Dios para consuelo del infeliz animal. Apartó a los pequeños verdugos con discretas y morales reflexiones y, sin temer al buitre listo para acometer, lo tomó en sus manos, lo colocó bajo su brazo cariñosamente y lo condujo al hospital de convalecientes, sin encontrar protesta ni oposición. Allí, curado cuidadosamente, no tardó en recobrar el uso de su ala rota; pero satisfecho de su nueva vida, se negó a volar cuando pudo hacerlo, quedándose en el amable asilo. Era manso y gracioso y llegó a ser tan querido de la comunidad, que fray Rodrigo de la Cruz, que sucedió a Bethencourt en el gobierno de la Ordèn, cuando fué a instituir la en el Perú, llevóse al *sopilote* a la tierra de los Incas.

El perro fino, de casa grande, es el prototipo de la felicidad material. Comido hasta la hartura, durmiendo en mullido lecho, limpio y acariciado, su existir discurre en plácida holganza. El perro callejero y vagabundo, es en cambio la piedra de toque de todas las torturas. Sufre hambre y frío, y sobre él caen, con abrumante constancia, el palo y la piedra. Estos pobres seres, tan infelices y olvidados, merecían especial predilección por parte de Pedro.

Con el lomo a la pared, tendido en la acera, yacía un perrazo qué, si bien por su escualidez no podía sem-

brar pavora, los padecimientos ponían tal expresión en sus ojos, que las gentes pasaban a su lado desconfiadas y recelosas. Acertó a verlo el terciario y se acercó al can en amistosa actitud. Le acarició la cabeza y trató de hacerlo levantar para llevarlo consigo. Advirtió entonces que el pobre animal tenía rotas las patas delanteras y que no podía caminar. Bethencourt por eso no desistió de su empeño. Aunque flaco el animal, debido a su corpulencia, tenía un regular peso y el hermano a causa de vigiliass y penitencias había perdido carnes y fuerzas físicas. Hizo varios inútiles intentos para levantarlo, y al fin venció al organismo debilitado su recia voluntad y, sobre sus espaldas, logró conducirlo al hospital, procediendo al punto a su curación. En esa tarea hallábase ocupado, cuando entró uno de sus compañeros y al ver al animal, retrocedió con espanto.

—Nada tema hermano, dijo Pedro, es un enfermo más que pronto estará convaleciente.

El perro no tardó en sanar y fué desde aquel entonces el guardián más celoso y más leal de la casa de Bethlem.

“Aún de los animales dañinos como son los ratones, tenía lástima y no toleraba que los matasen; más, para evitar los perjuicios que esos bichos solían ocasionar, proseguía de la siguiente manera, en verdad muy prodigiosa: convocábalos de viva voz, a la cual, como si fueran inteligentes, acudían en gran número, desmenuzábales un poco de pan, y una vez que habían comido hasta quedar satisfechos, despedíalos no sin haberles puesto precepto de no tocar las ropas ni los ali-

mentos de los enfermos. Un sujeto que frecuentaba la casa, fué testigo del hecho una noche en que se quedó a dormir en ella; habíale acomodado la cama en la despensa y estaba acostado cuando ya muy tarde advirtió que entraba el Hermano Pedro con una luz, fingiéndose dormido, guardó él mucho silencio y pudo observar que tomando un gran pan sentóse en el suelo y se puso a desmigajarlo, hecho lo cual acudió una multitud de ratones que comieron a toda satisfacción; pero lo que más llamó la atención del huésped, fué que después que hubieron comido, Pedro les dijo: "*Hermanos no me toquéis en cosa alguna de las que aquí hay*", y dando una palmada, todos desaparecieron.

"Lo que hacía otras veces con los terribles roedores, era llevarlos al otro lado del Pensativo, señaláballes el campo por destierro y les prohibía volver al Hospital, teniendo en cambio el cuidado de llevarles diariamente su alimento. Habiendo reunido un día, a esos animalejos, dijo a cierto individuo que le llevase una vara, porque quería hacerse alcalde; cuando llegó aquél con la vara, ya Pedro tenía los ratones dentro de la copa del sombrero; en compañía suya y cargado con los ratones salió entonces camino del arroyo y habiéndolo atravesado, tomó la vara en la mano y pronunció contra ellos la siguiente sentencia: "*Esta es la justicia que manda hacer el Rey del Cielo contra estos hermanos; y es que estén desterrados de la casa para que no hagan daño a los víveres y alimentos de los enfermos*". Oyeron las bestezuelas su sentencia y la acataron puntualmente, pues no hubo más ratones en Belén". (4)

Cierto día, al atardecer, en que las cosas andaban muy mal, en que no había logrado ni la más insignificante limosna, aunque dudando del éxito, emprendió el venerable mendigo camino a casa de un avaro, de nombre Pedro Ortiz, que tenía una magnífica propiedad en las afueras de la población. Habitaba una residencia amplia y cómoda. Un extenso corredor daba a un gran patio, campo de acción de sus hábiles especulaciones. Allí se ordeñaban sus vacas, mientras él, desde el alba, con ojo vigilante, evitaba que se perdiera una sola gota de leche en el gznate de los peones o en las hambrientas fauces de los terneros. Allí pesaba y contaba los sacos de cereales que iban al mercado; allí recibía escrupulosamente las cuentas al anochecer, sin que se desviara ni la sombra de un centavo.

Entre los animales en doma que poseía Ortiz, uno había imposible, hasta entonces, de ser reducido a la obediencia. Era un muleto vivo y nervioso. Mordía y coceaba, y tales eran sus respingos y corcobos, que ni los más diestros jinetes acertaban a resistirlo. Aquella tarde, acaso por vigésima vez, iba a sometérsele a prueba y todos los peones temblaban ante la idea de quién sería el elegido para tan peliaguda maniobra.

Fué en aquel momento que fray Pedro de San José Bethencourt, se presentó ante el dueño de casa y con su mansedumbre habitual, solicitó algo, cualquier cosa para su asilo y sus enfermos.

—Fraile vagabundo, desvergonzado, haragán, — fueron las palabras más suaves que, en respuesta, llegaron a herir los oídos del hermano Pedro, que las escuchaba con plácido y tranquilo continente.

—A palos hagan salir de esta casa honrada a ese merodeador — concluyó diciendo el avaro.

La despiadada orden iba a cumplirse, cuando una idea diabólica le acudió al ricachón.

—Aguarden, repuso, acompañando la palabra de un ademán autoritario. No quiero que se diga que quién a mi recurre sale desairado. Voy, hermano, a hacerle un presente que le ha de ser muy útil. Le regalo ese muleto que está atado al poste en el medio del patio. Desátelo y lléveselo; es suyo.

Tranquilamente, fray Pedro de San José se dirigió al animal, murmurando con voz cariñosa, mientras se aproximaba:

—Hermano mulo, mi buen hermano mulo, venga conmigo, nos vamos a servir a los necesitados.

Esto diciendo, se acercó al animal, pasó su mano confiadamente por su cuello y su lomo, sin que el mulo diera señales de sorpresa. Le desató pausadamente y se dispuso a llevárselo.

Burlado en sus malignos propósitos, rumiando su contrariedad y su disgusto, el avaro le gritó con voz áspera:

—Alto, alto, no es ese el trato. Usted debe irse montado; tal lo convenido.

El hermano, sin hacer objeción, condujo la bestia cerca de un pozo, se trepó al broquel, y con la mayor naturalidad, montó al mulo, que continuó impasible. Golpeó los ijares con los talones descalzos, y el animal, cual si fuera viejo en el servicio del hombre, con un pasitrote muy aceptable, se lanzó a la calle, mientras el fraile repetía con voz amable:

—Dios se lo pague, buen señor.

Y el amo y la peonada no salían de su asombro.

Sumiso y obediende, infatigable en su trabajo, el mulo prestó por años sus servicios a la congregación y, con el nombre de *hermano mulo*, fué conocido y muy estimado en la ciudad. (5).

NOTAS DEL CAPITULO XVI

(1) Hablando de San Francisco de Asís, dice al respecto uno de sus biógrafos: "Su amistad con todas las criaturas, el amor y la obediencia fraternal con que ellas correspondían a sus limpias y afectuosas miradas, están atestiguadas por hombres que vieron por sus propios ojos la magia sobrenatural del varón de Dios."

P. Luis de Sarasola, O. F. M. — "San Francisco de Asís".

(2) Proceso de Beatificación, folio 649.

(3) Coragys Atratus—L'Homme et les Animaux.- T. Gerbe.—Cathartes atrata o cathares faetens. Juan Fernández Ferraz. — En lengua maya este nombre se compone de dos palabras: *tzotl*, que quiere decir basura, y *pilol*, que significa coger, de donde resulta cogedor de basura.

(4) Tomado del Proceso de Beatificación, folio 448 y 487. — Pbro Vicente García y A.

(5) Proceso de Beatificación, folio 275.

XVII

RELIGIOSO Y NO FANATICO

El fervor religioso de Pedro era inmenso. Lo llevaba a los más originales transportes. En una de las grandes fiestas de la iglesia, la del Corpus Cristi, que se celebraba en Goathemala con la mayor pompa, hacía algo que hubiera resultado extravagante y hasta ridículo, si la fé y el entusiasmo con que procedía no le hubiesen impuesto a tal manifestación un sello de seriedad y de respeto. “En la procesión del Santísimo Sacramento, dice uno de sus biógrafos, que de la iglesia Catedral salía con gran solemnidad el día de la octava del Corpus, daba rienda suelta, si cabe la expresión, al santo entusiasmo que le embriagaba en presencia de aquella apoteosis del amor de los amores. Obtenida del Señor Obispo la licencia de ser *Alférez* en dicha procesión, ponía su manto en una asta, en forma de bandera e íbase a la plaza a desempeñar su oficio. Tan pronto como veía asomar la Custodia por la puerta de la iglesia, a voz en cuello, exclamaba: “Alegría cristianos; cristianos, alegría”, siendo esta la señal para que se pusiesen en marcha los piadosos escuadrones que acompañaban al Rey de los reyes en su marcha triunfal. Luego colocándose frente al palio,

tremolaba su rústica bandera y como el profeta rey delante del arca principiaba él a saltar delante de su Dios, entonando de vez en cuando estrofas compuestas por su piedad en honor de tan gran Misterio. Dos horas duraba la procesión, sin que Pedro entre tanto cesase un momento en su laborioso ejercicio, no dando muestra alguna de fatiga y con admiración de todos los circunstantes, muchos de los cuales juzgaban que aquello no podía explicarse sin especial auxilio de lo alto. Y es de poner en relieve cómo todas estas manifestaciones tan originales y hasta rayanas en demencia, lejos de provocar burlas o risas, causaban, como lo afirman numerosos testigos en el proceso de su beatificación, religioso respeto, dada la veneración en que era tenido el piadoso hermano. Por otra parte, como David a Micol, Pedro hubiera podido responder a los que le criticaran su proceder, que ante el Señor se humillaría y se envilecería considerándolo como una gloria.”

En más de una oportunidad, así lo aseguran numerosos testigos en el proceso de su beatificación, en esos momentos en que danzaba frente a la custodia, llevado de su febril entusiasmo, como a impulso de fuerza sobrenatural, se suspendía por varios minutos en el aire cual si volara. Este fenómeno de *levitación* se ha observado en algunos otros grandes místicos. Tal pasaba con la Doctora de Avila, en el siglo Teresa Sánchez Cepeda Dávila y Ahumada, y en la iglesia Santa Teresa de Jesús; con San Francisco de Asís, (“*similitud más*”), y con San Pedro Alcántara, Cristina la Admirable, Inés de Bohemia, Bernardo de Courlen, Dalmacio de Girone, San Pablo de la Cruz.

San Felipe Neri, Salvador de Horta, y sobre todo San José de Copertino, que es de quien más se ha hablado y escrito sobre el particular. Aunque en menor escala, lo mismo acontecía con Domingo San Diego, representado por Murillo en un acto de *levitación* en un cuadro que existe en París en el Museo del Louvre (1).

Por lo que hace a su culto y devoción por la madre de Jesús, éstos rayaban en delirio. Al lado de tiernas infantilidades dignas sólo de un hijo con una madre, tenía efusiones del más exaltado ascetismo. Nos da el ejemplo de esta última faz de su sentimiento religioso respecto a María, una oración que después de su muerte fué encontrada por su confesor escrita en un papel de su puño y letra y firmada con sangre de sus venas. *“En el nombre del padre, decía la plegaria, del hijo y del Espíritu Santo. Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la Inmaculada Concepción de la Virgen María nuestra Señora, concebida sin pecado original. Digo yo, Pedro de Betancour, que juro por ésta y por los Santos Evangelios, de defender que nuestra Señora la Virgen María, fué concebida sin mancha de pecado original; y perderé la vida si se ofreciese, por volver por su concepción santísima. Y por verdad lo firmo de mi nombre y con mi propia sangre. Martes, 8 de diciembre de 1654. Cada año renovaba este juramento, en el mismo papel agregándole lo que sigue: “Cada año me afirmo en lo dicho: y digo que perderé mil vidas por defender la Concepción de la Virgen María, mi Madre y Señora, y cada año por su día, lo afirmaré por mi propia sangre. Yo Pedro de Betancour el pecador, año de 1655.”*

Actos como este de un misticismo casi enfermizo, harían creer que el terciario debía ser un hermético fanático y sin embargo no lo era. Muchos hechos de su vida demuestran en él una amplitud muy estimable, sobre todo si se tienen en cuenta las ideas de la época.

A un hermano, compañero suyo en las faenas del Hospital, viendo que se sometía a muy rigurosas mortificaciones, le amonestaba así:

—Hermano, no se extreme en la penitencia, que se sirve mejor a Dios pasando a un enfermo de una cama a otra, que sometándose a mortificaciones.

A una mujer que tenía a su esposo paralítico, le insinuaba algo parecido, diciéndole:

—No se altere si no puede ir a la iglesia, que su deber la llama en la casa. Allí, junto a su enfermo, puede orar cuanto quiera y Dios la oirá lo mismo que en el templo.

Otros hechos podrían aducirse en abono de su religiosidad ajena de fanatismo; pero ninguno más elocuente que la fundación de su hospital y construcción del edificio respectivo.

Todo el mundo se asombraba de ver que se alzaban salas para enfermos, paredes circundando amplios patios y no se pensaba en hacer una iglesia ni siquiera una capilla. Esto, aparte de discrepar con lo que se consideraba de ordenanza, parecía extraño en un hombre cuya piedad y fervor no sólo eran proverbiales, sino considerados por todos en grado máximo. Más de uno le testimonió su extrañeza y le preguntó la causa de aquel proceder.

—Los convalecientes — contestaba imperturbable a la pregunta, — pueden rezar en las camas o en los patios, ya que lo que necesitan es aire y reposo. Para dirigirse a Dios y que Dios los atienda, no les hace falta, por ahora, la capilla. Ya estarán buenos y podrán ir a todas las iglesias. Hay treinta y dos en la ciudad, para gloria nuestra.

No podría cerrarse este capítulo, sin citar un hecho más que viene a constituir la última y más convincente afirmación sobre su tolerancia y amplitud de criterio. Es tanto más asombroso lo que pasamos a referir, cuanto que debe tenerse en cuenta, pesarse y medirse lo que significaba el ambiente en que vivía, los prejuicios de la época, el fanatismo reinante, su misma ignorancia y su condición especial de fundador de orden religiosa. “Algunos días antes de morir, dice uno de sus biógrafos, habló a fray Rodrigo de la Cruz de esta manera: Un gran Bethlem ha de ser éste para gloria de Dios y se ha de propagar su familia en muchas partes del mundo; y, por tanto, encargo al hermano Rodrigo que no se cuide más de la capilla de la Tercera, ni del Calvario, ni de otras ocupaciones de fuera como yo lo he hecho, sino retírese en casa a los ejercicios de su instituto y otros espirituales”. (2).

Como se ve al hospital daba la primacía, sobre todo otra cosa. La capilla de la Tercera y la iglesia del Calvario, podían dejarse al margen. Y esta recomendación la hacía en momentos que su muerte se acercaba; podía muy bien considerarse como una de sus últimas voluntades y por lo mismo de un valor sagrado.

NOTAS DEL CAPITULO XVII

(1) C. A. Richet.— *“Tratado de Metapsíquica” Cap. IV Levitaciones.*

(2) Pbro. Vicente García y A. — *“Vida del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt.”*

XVIII

FUNDADOR DE UNA ORDEN RELIGIOSA

Cuando Pedro de San José Bethencourt concibió el proyecto de fundar un hospital, es casi seguro que en su mente, ni en forma embrionaria había germinado la idea de traer al acervo de los campos católicos una nueva orden religiosa. Su excesiva modestia, su natural timidez, no le permitían alentar una tan encumbrada aspiración. Circunstancias ajenas a sus propósitos, y dos particularmente entre ellas, le empujaron por la senda de una nueva conquista que supo iniciar con inteligencia y perseverancia, y prepararla para el triunfo, fortaleciéndola con el cimiento inamovible de sus virtudes.

Uno de los factores que dieron origen a la fundación de la orden Bethlemítica, fué la prescripción a la orden Tercera de Penitencia, relativa a que sus congregados no podían hacer vida en común con carácter monástico. El otro, de una gran importancia y trascendencia, fué el deseo de crear una orden que se apartara de las pequeñeces y futilidades mundanas y más que todo, de las pasiones que venían siendo en los conventos, tanto de hombres como de mujeres, motivo de desacuerdo y de disturbios, y por ende, de menoscabo para

la Iglesia. No era posible que el hospital de convalecientes llenara en debida forma sus funciones, sin que los elementos que lo integraban y lo sostenían vivieran unidos, bajo el mismo techo, y sometidos a una regla invariable y fija. La índole de sus servicios así lo reclamaba. El espíritu eminentemente piadoso de Pedro y su temperamento de organizador, siempre a prueba, exigían una constitución seria para que él y los suyos se sometiesen a ella. Tal finalidad no podía alcanzarse sin dar al nuevo organismo un molde, que no podía ser otro dada la época, sino el de una orden religiosa perfectamente instituída.

Tan pronto como Pedro pensó en la fundación de la orden Bethlemítica, madurado el pensamiento, se impuso, con su recia voluntad la realización. En sus eternos sueños de perfectibilidad, anhelaba que el nuevo instituto no sólo llenase los fines hospitalarios, antes que los contemplativos, sino que, exento de la carcoma que minaba algunas de las otras órdenes, fuera ejemplar por el ejercicio amplio de la virtud y el alejamiento completo de las miserias de la vida mundana.

Este sentimiento de rehabilitación y de nobleza, se hacía más hondo en vista de lo que pasaba en Goathemala en el seno de una buena parte de las órdenes religiosas. Sin entrar en mayores detalles, porque ello implicaría un estudio de considerables proporciones y reclamaría para contenerlo un grueso volumen, baste una sola hojeada rápida y sin comentario, para comprender, conociendo el alma de Pedro, toda rectitud, el dolor que experimentaría al ver a los siervos de Cristo, los más obligados por su carácter y por su ministerio,

alejarse y separarse del maestro en la práctica de sus doctrinas.

Nada tan ajeno a los preceptos cristianos, sobre todo al principio de amarse los unos a los otros, que la rivalidad y el encono. Encono y rivalidad, era sin embargo, lo que mantenía divididas a varias de las órdenes religiosas, de ambos sexos, en el reino de Goathemala. Los dominicos y los franciscanos vivían en guerra y no se exagera si se afirma que era una ruda guerra. Los jesuitas, por su parte, más dominantes, persuadidos de su poder y dueños de inteligencia y previsión, vivían en pugna con las demás órdenes, logrando por sus baluartes un especial predominio. (1) Las monjas del convento de la Concepción y las de Santa Catarina Mártir no armonizaban mejor que los dominicos y los franciscanos. (2) El oro y los honores, las influencias oficiales y sociales, eran móviles que, como chispa incendiaria, prendían el fuego en los bandos contendientes.

Si esas luchas sólo hubieran tenido lugar de convento a convento, de Orden a Orden, el mal no hubiera sido tan grave. Desgraciadamente en el interior de los claustros, verdaderos mundos, alentaba la misma anarquía. Entre aquellos recios y elevados muros, en aquellos recintos llamados a la paz, al silencio, a la mansedumbre y hasta al olvido, se agitaban las pasiones, quizá por reconcentradas, más violentas.

Como acontece en el matrimonio que, una vez disipado el amor y establecidas las diferencias de carácter, lo que más irrita a los cónyuges y los arrastra a mayores excesos, es la misma intimidad en que se ven

obligados a vivir, así aquella gente, a quienes un voto imponía la existencia en comunidad, llegaba en su encono a las mayores exacerbaciones.

Aunque parezca insólito, los conventos, llamados por su instituto a vivir bajo la democracia cristiana, se apartaban de ella, dando lugar a radicales diferencias entre sus moradores, siendo las más notorias, las de clase social, posición económica, y procedencia nativa. Las personas de calidad eran objeto de esmerado tratamiento y especiales atenciones; y en cuanto a las que poseían cuantiosos bienes, su desahogo financiero les permitía gozar, en medio de las austeridades claustrales, de toda clase de comodidades, tanto en lo que se relacionaba con el alojamiento, como en el uso de la servidumbre.

Estas gradaciones en la vida conventual, se hacían sentir, principalmente, en los claustros de mujeres. En los de varones, el origen nativo era la piedra de toque de todas las disidencias. El problema de frailes criollos y frailes peninsulares, fué muy serio durante la colonia, dando origen a graves conflictos que apuntaremos más adelante. (3)

Para mejor evidenciar lo expuesto, a golpe de vista, observemos algo de lo que pasaba en el interior de los conventos, en la muy noble y muy leal ciudad de los Caballeros de Santiago de Goathemala.

NOTAS DEL CAPITULO XVIII

(1) Si bien las órdenes de referencia daban un espectáculo no edificante en lo que se refiere a sus particulares organismos y a las relaciones violentas entre unas y otras, en cambio hicieron mucha obra de bien bajo otros varios puntos de vista. Los jesuitas, que se establecieron en la capital de Guatemala en una casa particular por el año de 1607, siendo los primeros en llegar el Padre Antonio Ramírez y el Padre Francisco Acasio, no tardaron en erigir un convento y establecerse en él. Su obra cultural fué muy grande. Fundaron el Colegio de San Borja y el de San Buenaventura y más tarde tuvieron decidida y valiosa influencia en la pontificia universidad de San Carlos Borromeo. Muchos hombres notables figuraron en la compañía, mereciendo especial mención, entre ellos, el Padre Rafael Landívar, poeta bucólico, considerado como el Virgilio americano. Don Marcelino Menéndez y Pelayo lo señala como uno de los cultivadores más altos de la poesía latina. El magnífico templo de la Compañía se estrenó el 18 de julio de 1626, cantando la misa el obispo de la diócesis fray Juan de Zapata, y predicando el sermón alusivo, un hijo del Conde de la Gomera, Capitán General del Reino.

La obra de los dominicos como misioneros y evangelizadores, fué igualmente muy notable. Contó entre sus elementos conspicuos a fray Pedro Zapiain y a fray Miguel Franchesch como filósofos; como cronistas a fray Antonio de Remesal y a fray Francisco Ximénez, y como fundador de pueblos y estudioso de las lenguas y costumbres de los indios, al padre Betanzas.

No fué menos importante la obra de los franciscanos y en lo relativo a la historia contaron con el célebre fraile Francisco Vásquez, autor de la *Crónica de la Provincia del Santísimo nombre de Jesús de Guatemala*, obra en dos tomos y una de las primeras que se imprimieron en la América, de esa magnitud y con la elegancia y pulcritud que está hecha. Apareció en 1714. Dice un historiador refiriéndose a esta orden: "Buscaban los franciscanos el alivio de los pueblos y de las familias, abriéndoles las puertas del cristianismo, para ponerlo a cubierto del ultraje y de la esclavitud; buscaban a los desgraciados para llevarles el consuelo; a los niños, para alumbrar su inteligencia por medio de la instrucción; quejábanse en nombre de los oprimidos y desvalidos; recogían las lágrimas

de los esclavos para mostrarlas a los monarcas españoles, y suplicaban por ellos, interponiendo todo el prestigio de su virtud y de su saber."

(2) Perteneían al convento de la Concepción elementos de las primeras familias, lo que daba a este monasterio gran prerrogativa y facilidades en materia económica.

El de Santa Catarina Mártir, estaba compuesto por gente de menor calidad, mas no perteneciente a la clase baja. Debió las grandes proporciones que llegó a tener, a un hecho verdaderamente curioso. Una mañana fué introducida por el torno una criatura. Causó sorpresa y disgusto aquel arribo en el primer momento, pero llenó de alegría a la comunidad cuando, registrada la cestiila en que se hallaba la niña, se encontró un cofrecito con joyas de gran valor y una gran cantidad de dinero. Fué esta pequeña con el tiempo priora del monasterio y ejemplo de virtud, llamando la atención no menos que por esto, por su extraordinaria belleza física.

(3) Diferentes autores han hablado de los conflictos a que ha dado origen la controversia entre miembros de la iglesia criollos y peninsulares, y al respecto son muy interesantes los datos que proporcionan *Jorge Juan y Antonio de Ulloa*, en sus "*Noticias Secretas de América*."

XIX

A TRAVES DE LOS MONASTERIOS

“Se engañan, dice un escritor a salvo de todo espíritu tendencioso, los que creen que los impulsos de la envidia y del localismo no encontraban pábulo dentro del claustro, en aquel tiempo, y que sólo se oían allí voces de amor, de piedad y de benevolencia; no era posible que desaparecieran los partidos que iban formándose, y cuya lucha dejaba en las almas sedimentos de odio que impedían la difusión del espíritu de fraternidad en la vida monástica, entre los nativos de Goathemalá y los de la Península; no era asequible la compenetración de ideas y sentimientos, que apetecía el Monarca, cuyas nobles miras tenían que ser bastardeadas por las rivalidades de los bandos, en mala hora, existentes. Parece que la fraternidad es una planta que no prospera allí donde hay pugna de intereses y choque de tendencias y aspiraciones”. (1)

Esas emulaciones y esas envidias se hacían sentir, en todo su rigor, siempre que se celebraba capítulo, sobre todo en los conventos de monjas. Al tratarse de sufragar para el puesto de Madre Abadesa, la agitación tomaba proporciones álgidas. Con varios días de anticipación se sentía el hervidero en aquella colmena

humana. La intriga desplegaba todas sus fases y todas sus formas, la ingénita sutileza del alma femenina se aguzaba, traducéndose en las más hábiles y atrevidas maniobras.

“En los conventos de monjas, dice Batres Jáuregui, que, como el autor antes citado exento se halla de toda parcialidad, eran más reñidos los capítulos y hubo de intervenir en ocasiones la autoridad hasta con la fuerza militar. Las religiosas del partido que triunfaba mandaban a la portería y al atrio del templo a la entusiasta servidumbre armada de matracas, panderas, sacabuches, tamboriles, chirimías, tunes y marimbas, a cantar loores en honor de la nueva abadesa y satirizando a la derrotada”. (2)

La monja que era víctima de la derrota, no tenía el consuelo de alejarse, de huir, de ponerse fuera del alcance de sus enemigas. El voto, yugo implacable, le imponía la ineludible obligación de permanecer en el foco mismo del campo contrario, en el palenque, para ella doloroso, de su fracaso. Esto establecía una situación muy tirante. Fácil es comprender que la profesa que había merecido el honor de la candidatura para ser Regenta de la institución, no podía ser una persona vulgar ni, menos aún, exenta de popularidad. Tenía su partido, sus allegadas. El grupo de la derrota y el de la victoria se empeñaban, después de las elecciones, en una guerra sorda, pero, no por eso, menos despiadada. Los festejos con que se celebraba el triunfo incluían en su programa los vítores, versos alusivos al hecho y en las cuales la mordacidad y la ironía solían trasponer los lindes de la crueldad, y, en ocasiones

hasta los de la decencia. Para evitar tales desmanes, los vítores fueron prohibidos por Real Orden de 31 de diciembre de 1786. Con esto se impidió que se escribieran en las paredes con tinta de añil, como era costumbre y que se cantaran a voz en cuello por las novicias, legas y aún criadas del partido triunfante, pero no llegó a evitarse que circularan subrepticamente.

Si lo que acaecía en el interior de los monasterios de monjas se hubiera reducido a estas reyertas, poco edificantes, pero naturales, perfectamente humanas, Pedro no hubiera reparado mayormente en ello; pero es el caso que, en algunos, el relajamiento de las reglas tomaba proporciones muy censurables por su carácter impropio de institutos llamados a consumir muy diferentes objetivos.

“En el carnaval de 1755, escribe el autor últimamente citado, hubo bailes en el real Palacio, para celebrar la llegada del Capitán General Señor Arcos y Moreno; pero las fiestas no se limitaron a las carnestolendas, sino que, con escándalo de la gente recogida y devota, se representaron comedias en la cuaresma, y lo más alarmante fué que, en ese tiempo, las danzas tempestuosas invadieron los claustros de las monjas, adonde llegaron los oficiales reales y muchos de los gallardos jóvenes de aquella sociedad, por cierto bastante corrompida, apesar de las constantes pláticas religiosas que más trascendían al rito externo que a corregir las costumbres. La sociedad estaba alarmada por aquella conjunción sacrílega y el Obispo Figueredo y Victoria no hubo de protestar siquiera por tamaños desórdenes. (3) Fué el padre fray Manuel de

Urcullú, del colegio de Cristo Crucificado, quién subió al púlpito y censuró con energía y comedimiento, sin atacar las regalías, tan grave escándalo”. (4)

La elección de Madre Abadesa, como dicho queda, era celebrada bulliciosamente, no contrayéndose los festejos a los que dejamos apuntados, “había bureo por una semana, danzas, corridas de toros y otros divertimientos, a los cuales asistían las damas encopetadas, los frailes de campanillas, el Obispo, los Oidores y otros personajes de importancia”. (5) Esto pasaba principalmente en el convento de la Concepción, el más afamado y el más rico, y que estando en pugna con el de Santa Catarina Mártir, ponía especial empeño en desarrollar, en estos festejos, gran pompa y lujo para mantener su supremacía. (6)

“Hubo entre las monjas del citado convento, según refiere el padre fray Tomás de Gagge, una tan linda, tan simpática, tan instruída y tan buena cantora, que se ganó la voluntad del Obispo y dió lugar a grandes turbulencias y murmuraciones. En efecto, Sor Juana de Maldonado y Paz encendió la guerra en el convento de las Concebidas, improvisando versos, teniendo seis negras a su servicio y mandando edificar una casa, dentro del mismo convento, con espaciosas salas, galerías y jardines. Aunque la monja había hecho voto de obediencia, pretendió mandar a todas las demás; aunque había hecho voto de pobreza, costaba sólo su capilla más de seis mil escudos; y aunque había hecho voto de castidad, la maledicencia murmuraba contra su vida y costumbres, que por lo menos no eran tan recogidas como lo requirieran el carácter de la bella jo-

ven, el misticismo de los tiempos y la mordacidad de los primeros pobladores de la capital del reino de Goathemala". (7)

A semejantes institutos había que oponer otros que respondieran mejor a los principios cristianos y a las reglas severas y morigeradoras que deben imperar en tales planteles.

Pedro de San José Bethencourt debía ser el que ofrendara ese fruto de bien y pureza, creando la orden de Bethlemitas hospitalarios y educadoras.

NOTAS DEL CAPITULO XIX

(1) *Agustín Gómez Carrillo*. — “*Historia de la América Central*.”

(2) *Antonio Batres Jauregui*. — “*La América Central ante la Historia*.” Tanto éste como el anterior fueron personas pertenecientes a la fé católica y practicantes de la religión.

(3) El Ilustrísimo señor Doctor Don Francisco de Figueredo y Victoria era oriundo del Nuevo Reino de Granada y antes de pasar a Guatemala, con el carácter de Arzobispo, fué obispo en la ciudad de Popayán. Su oración fúnebre la pronunció el célebre padre Rafael Landívar de la Compañía de Jesús, de quién antes he hecho referencia.

(4) *Antonio Batres Jáuregui*. — “*La América Central ante la Historia*”.

(5) *Antonio Batres Jáuregui*. — “*La América Central ante la Historia*”.

(6) El mismo autor y la misma obra.

(7) El padre Gage, que es quién hace esta referencia, no está en un todo en la verdad; peca por exageración como le pasa muchas veces en sus relaciones de viaje. Lo que respecta al lujo con que vivía la monja y a cierta libertad de que hacía uso, sin detrimento de su carácter religioso, es todo cierto. No así lo que se refiere al obispo. Desempeñaba la diócesis en la época en que vivió la referida reclusa, fray Juan de Zapata, hombre virtuosísimo, que jamás dió pábulo a la murmuración. Yo que he tenido oportunidad de estudiar bien la vida de la monja para escribir mi libro que verá pronto la luz: “*Sor Juana de Maldonado y Paz*”, he podido enterarme de que lo que hubo, fué que, allá por el año de 1628, llegó a Guatemala un personaje que se decía arzobispo de Myra y que traía papeles que parecían auténticos. Más tarde se descubrió que era un impostor y el santo oficio de México tuvo que intervenir en la cuestión. Este fué quién se entusiasmó de manera particular con Sor Juana, sin conseguir de ésta correspondencia ninguna.

A TRAVES DE LOS MONASTERIOS

En los conventos de frailes, el drama se desenvolvía en forma un tanto diferente, si bien emanando de las mismas raíces. La cuestión de elecciones para Prior eran como en los monasterios femeninos para Abadesa, motivo de serios conflictos, suscitándose en éstos un doble problema. No se trataba solamente de la persona que debía alcanzar tan alta jerarquía, poniéndose a discusión sus virtudes y merecimientos, sino que también se pesaba y medía la cuestión trascendental del origen nativo del candidato. El hecho de ser criollo o peninsular establecía una radical diferencia.

En los primeros días de la colonia, el número de religiosos españoles predominaba sobre el de los del país. Era la cifra de éstos reducida, y más que todo, los que la llenaban -menos preparados y menos audaces. Andando el tiempo, se efectuó un cambio radical, en ambos sentidos, siendo el monto de los criollos más alto y por su saber y su estudio de más valer, lo que les daba una legítima preponderancia. "Los frailes europeos, dice un historiador, fueron los menos numerosos e ilustrados, pero en su carácter de españoles natos tenían *santo en la Corte*, según la expresión vul-

gar, e idearon el sistema de *alternativas* o sea la regla de que los peninsulares y los criollos hubiesen de ejercer las prelacías precisamente por turno, una vez entre los primeros y otra entre los segundos. Semejante proceder fué muy mal visto por los religiosos americanos, que no podían verse a merced de los advenedizos, que eran muchos, de los cuatrocientos mil que pululaban en España". (1)

Para exaltación de males, esta práctica fué sancionada por el Papa Urbano VIII en Bula de dos de septiembre de 1622, concitando, como era natural, un profundo desagrado en los frailes nativos del Nuevo Mundo.

El sistema de *alternativas*, en tal concepto, en vez de suavizar, agrió los rozamientos conventuales e hizo más intensas las malquerencias y discordias. No fué ya sólo en los días de elecciones que se promovieron reyertas; se hicieron éstas constantes y de la mayor alarma por las proporciones que tomaban. En 1772, la noche del 12 de julio, hubo en el convento de los Recoletos una verdadera batalla. El estado de agitación en que vivía el claustro, motivó el envío del Visitador Fray Juan Jesús Hernández, que entró en la Santa Mansión en la fecha apuntada. Su presencia, en vez de calmar los ánimos y establecer un compás de espera, fué la clarinada que alentó y puso en acción el ánimo de los exaltados moradores. Llovieron garrrotazos y bofetadas y se hizo necesaria la intervención de las milicias armadas para pacificar a los revueltos religiosos. El Obispo tomó parte también en aquella trifulca, sin que el pastor de almas alcanzara a suavizar al turbu-

lento rebaño. Don Juan González de Bustillo, que interinamente ocupaba la presidencia, por muerte de Don Alonso Fernández de Heredia, agotados todos los recursos en pro de la concordia, trató de imponer sus buenos oficios y al efecto se presentó esa misma noche en el Monasterio. Su influencia fué igualmente ineficaz. "Los religiosos, al verle entrar, apagaron las luces y poco faltó para que saliera muy mal parado el Gobernador, por meterse a pacificar frailes a oscuras". (2) Excusado, es decir, que corrió la sangre aún sobre las baldosas del templo y que no pocos fueron los heridos y contusos.

La guerra exterior no era menos enconada que la interior. Los frailes franciscanos y los dominicos vivían en pugna, y no solo combatían por asuntos de rivalidad conventual, sino que se entregaban a graves controversias teológicas. Su animadversión venía de viejas fuentes, desde los tiempos primeros de la colonia, cuando el venerable Padre Las Casas emprendió su heroica y magnífica cruzada en favor de los desamparados indios. Los franciscanos, triste es decirlo, con fray Toribio de Motolinía, como adalid, sostenían la especie contraria, queriendo hacer predominar la tesis de que, no sólo para los dominadores, sino también para los mismos aborígenes era mejor el régimen establecido. Hasta el asunto de si debía usarse el vocablo *Cabovil*, que quiere decir Idolo o Dios en lengua Kakchiquel y del cual los dominicos se servían para denominar al Ser Supremo en sus enseñanzas de la doctrina y en su labor catequizadora, fué germen de enconos y motivo para una protesta agria de los

franciscanos, que quisieron dar al asunto carácter herético. Sátiras y murmuraciones en plazas y calles marginaron de ese hecho tan insignificante y en el cual, aparte toda pasión, tenían la justicia los familiares de Santo Domingo, ya que valiéndose de ese vocablo, tenían un medio de hacerse comprender mejor, que no usando la palabra Dios, sin ningún sentido para los pobres indígenas, que hartos tenían con que se quisiera hacerles abandonar sus ancestrales creencias por otras, bien difíciles de aceptar, tomándose en cuenta su particular psicología.

Censurables eran estas diferencias y sin embargo no eran lo que más impresionaba el alma incólume de Pedro de San José Bethencourt, pues en su tiempo ya existían iguales. Algo había que le llegaba más hondo. En el transcurso del siglo XVII, y mayormente en la época en que le tocó accionar al piadoso terciario, las órdenes religiosas acumularon en Goathemala grandes bienes; se constituyeron en los prestamistas y banqueros de la colonia. De mucho vuelo y comentario fué el pleito que entablaron los discípulos de Loyola, contra los dominicos, por la propiedad del "Ingenio de Anís" y que no lograron ganar aunque se vieron favorecidos, y decididamente protegidos, por el visitador Don Francisco Gómez de la Madriz, "amigo de mujeres, dado a las francachelas, multas indebidas, desafueros y arbitrariedades de toda clase". (3)

En tal forma había llegado a ser más poderosa la iglesia que el estado, que, como dicho queda anteriormente, a la hora de los terremotos de Santa Marta, en 1773, los conventos eran acreedores de todos los ricos

potentados de la ciudad de Goathemala y aún del mismo reino. Sus pérdidas fueron muchas en aquella hora de prueba y, sin embargo, tal era su poder económico, que pudieron, abandonando sus grandes propiedades en el valle de Panchoy, venir al de la Ermita y edificar, en el término corto de setenta años, treinta y dos iglesias con sus monasterios respectivos.

Las rivalidades y reyertas, la moralidad no bien probada, y el mercantilismo a toda prueba, obligaron a Pedro de San José Bethencourt a crear la orden de Bethlemitas, con carácter hospitalario, sin odio ni rencores ni comercios, como lo fué por mucho tiempo, y que vino a ser modelo de principios cristianos y cristalización de los ideales altos que acariciaba el gran benefactor y verdadero y sincero discípulo de Cristo.

NOTAS DEL CAPITULO XX

(1) *Enrique Tomás Buckle*. — *“Bosquejo de una Historia del intelecto español desde el siglo V hasta mediados del XIX”*.

(2) *Antonio Batres Jáuregui*. — *“La América Central ante la Historia”*. Tomo II.

(3) *Antonio Batres Jáuregui*. — *“La América Central ante la Historia”*. Tomo II.

XXI

LA OBRA CULMINANTE DEL HERMANO PEDRO

Aquel mendigante de la Orden Tercera que guardaba en su alma inagotable fuente de bien, había llevado su acción consoladora y fortificante a todos los campos invadidos por la miseria, el dolor y la desgracia. Su mano pródiga había ofrecido el alivio, el alimento y la caricia, al indio, al negro, al indigente y al acongojado. De sus labios habían oído el sano consejo y la segura orientación, la hembra del prostíbulo y el macho del presidio. Al hogar perturbado por la inarmonía y el desamor, alterado por la culpa, trocado en antro de odio y hasta en germen de crimen por las secretas tormentas de la vida conyugal, con la indicación atinada y prudente, había restituído la calma y, si no resucitado el amor, reparado su ausencia con el mútuo respeto. A los atribulados, vecinos a la desesperación, candidatos a la muerte trágica, con la magia de su palabra alentadora, les había vuelto la paz perdida y enseñádoles que la senda áspera, la hacen más llana y accesible la resignación y la paciencia. Había, por la taumaturgia de la voluntad, levantado un magnífico edificio para asilo de

los convalecientes sin amparo. Había puesto en manos de los niños, enseñándoles las primeras letras, las armas precisas para la batalla de la vida y para conquistar más altas esferas. A los abúlicos, a los incrédulos, a los envenenados de corazón, había dado energías, restituido la fé, sembrado en ellos la semilla de la bondad y la tolerancia. Se diría que después de abarcar un radio tan extenso y de proporciones cada vez crecientes, aquel varón debía estar satisfecho y no aspirar a más. Sin embargo no era así. La fuente inagotable de bien que guardaba en su alma, necesitaba más vastos horizontes para derramar sus linfas.

Los hijos de España, sus coterráneos, desde el día en que reanclaron las carabelas, después de la proeza del magno Cristóbal, venían a las Américas para adquirir; él había venido para dar. Eran arrastrados los unos por el afán de mando; los otros en ansia de honores y tierras; tras refugio seguro muchos perseguidos de la justicia; en afán de olvido los desengañados del amor; pero todos, con excepción exigua, tras el codiciado oro.

Pedro, al embarcar para la tierra de los ricos metales, de los campos ubérrimos, de los frutos jugosos, de las aves de plumajes regios y divinos cantos, de las mariposas de seda y oro y las corolas de policromía fantástica y perfumes embriagadores, siendo como era este mundo nuevo de abundante y pletórico de cuanto puede apetecer el ánimo más exigente, no llegaba seducido por esos mirajes deslumbradores, muy al contrario, venía a traer, lo que aquí no había o no estaba cultivado: la caridad en su más amplia acepción; nacida del

propio sacrificio, de la anulación de sí mismo, del sólo anhelo de existir por y para los demás, de extinguirse como el cirio y marchitarse como la flor, regando luz y derramando aroma.

Sobre el lecho duro, de madera recia, apoyada la cabeza en el bloque de granito que le servía de almohada, en ascética vigilia, meditaba Pedro una noche buscando, con la avidez con que los conquistadores perseguían las minas, una región no explorada para ir a consumir su actividad en provecho de alguna miseria. En aquel momento le asaltó hermosa idea, una de las más bellas y humanas que hayan en todos los tiempos concebido los grandes benefactores. Pensó en los pobres indios que tarbajaban en el fondo de las minas.

Las escenas que tenían lugar en los lavaderos de oro era algo espeluznante y trágico. Se diría que el caudal de los ríos aumentaba alimentado por las lágrimas de los nativos que trabajaban en sus márgenes. Bajo un sol tórrido o una lluvia inclemente, buscaban en el lecho de arena el grano de oro. No era necesario a la hora de la colecta el látigo del capataz ni la mirada vigilante del guardián. Los colectores se afanaban sin necesidad de esos estímulos inmediatos. Al atardecer, con la caída del sol, debían entregar la *medida colmada*. Era uno, dos, tres y hasta cuatro canutillos de pluma llenos de oro, según la región y las calidades del buscador. Guay de aquel que a la hora de rendir cuentas no había coronado su tarea! Un grano, uno sólo que faltara al colmo de la medida, significaba el castigo implacable. Mil veces caía el látigo sobre las

espaldas desnudas del infortunado. Si era reincidente, con la vida pagaba su incapacidad. Alvarado, el conquistador de Guatemala, tan grande y tan pequeño, empleaba niños en esta dura faena. Ni la debilidad, ni la pequeñez de estas inocentes criaturas, evitaban que se les tratase con el mismo rigor que a los adultos. Igual flagelo, igual condena a muerte por no haber sabido arrancar a la porosa arena la codiciada chispa. En aquella labor resultaba casi dulce, comparada con otras que reclamaba la persecución del precioso metal. La angustia de aquellos infelices que movían y removían toneladas de arena, ávidos del tesoro salvador, viendo rodar el sol hacia el ocaso y encontrando avaro el suelo de su oro, nada significaba en comparación con lo que sufrían los que trabajaban en el fondo de las minas. Los peones de los lavaderos, cumplida su tarea, podían siquiera volver a su vivienda, flagelados o ilesos, y descansar al lado de los suyos, comentando sus infortunios, llorando sus penas, pero al menos teniendo unas horas de reposo, fuera del alcance de sus verdugos. (1)

En las bocas de las minas, sobre todo en las de aquellas famosas que exaltaron todas las codicias y engendraron centenares de aventuras, debió haberse escrito, con más razón que en la puerta del infierno, la aplastadora frase del Dante:

“Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate.” (2)

Desgraciadamente era ésta una verdad terrible, abrumadora. “Perded toda esperanza los que entráis”. Era así, así fatalmente. Había que arrancar a las entrañas de la tierra su secreto y su tesoro. Se hacía pre-

ciso romper, desgarrar, triturar, para que apareciera la veta anhelada, rubia como el sol o blanca como la luna. Todo ese trabajo de cíclopes, exigía rapidez, energía, fuerza. No podía venirse de tan lejos, afrontando tantos peligros, venciendo tantos obstáculos, para esperar indefinidamente. El oro estaba allí, la plata estaba allí. Imperativa era la orden que mandaba recogerlos. La roca parecía desafiar a los orgullosos europeos con su frialdad y su resistencia. Es más, parecía burlarse de aquellos hombres venidos de otro mundo para penetrar sus misterios y robarla. Les mostraba algo, una minucia de su inmenso caudal, con picardía tentadora. Era como ese apenas apreciable desnudo que la cortesana deja ver para avivar el deseo voluptuoso. Allí estaba la mina, la cristalización de todos los sueños, el sedante de todas las ambiciones, la compensación de todos los sacrificios. Era preciso llegar a ella; beber en ese manantial aplacador de todas las sedes. Allí se ocultaba el amuleto para pervertir al juez, para derrocar al poderoso, para seducir a la esquivia, para humillar al altanero, para vencer al enemigo, para comprar al esclavo.

Si era así, había que llegar a la veta, costara lo que costara. ¿Dónde el punto de apoyo que daría resistencia a la palanca para mover ese mundo admirable? El indio, el pobre indio vencido, era el punto de apoyo. Sobre él pesaría la gran acción mecánica.

La encomienda, el repartimiento, la mita, todas esas formas de esclavitud velada, se encargaron de solucionar el problema. Disposiciones dictadas en lengua que los indios no entendían, que no hubieran entendido

aunque las comprendieran, vinieron a arrancarlos de sus humildes hogares, de los brazos de la madre, del padre, de la esposa, de los hijos, de los seres más queridos, para llevarlos al antro negro, de aire enrarecido, de rumores siniestros, de gases metíficos, de abismo y lobreguez. El sol se quedaba atrás, magnífico, pródigo, con su luz vivificante, alumbrando el rancho, bajo cuyo pajizo techo se abrigan el gemido y la lágrima.

Se cavaba, se cavaba, se cavaba y la veta no aparecía. El amo sentía el acicate del deseo, el siervo la desesperación de la impotencia. El zurriago crugía arrancando el último esfuerzo al organismo agotado. Caían los cavadores muertos de pena, de fatiga, de hambre. Felizmente había tierra bastante para cubrir los cadáveres. Lo que urgía era sustituir a los caídos: faltaba alimento, más alimento para el monstruo de fauces abiertas, nunca satisfecho, nunca ahito. Y por la gran boca seguían entrando el raudal de carne humana y desaparecía entre las lobregueces de la mina y allá lejos quedaban, roto el corazón como las entrañas de la roca, los que no les volverían a ver jamás.

Ni los amados dioses de sus ancestrales creencias, ni el Dios nuevo tan misericordioso, tenían para aquellos infelices un rayo de luz. Negro todo. La tumba sin su encanto supremo: la paz y el silencio. Agonía larga, interminable, espantosa. Soplo de exterminio en ausencia de vida. Se entraba para no salir. De aquellos antros inmundos sólo salía el oro salpicado de sangre y los verdugos hartos de crueldad y ricos de fortuna.

Tal la visión que tuvo Pedro, el ignorante, el mendigo, el humilde hermano tercero, el pobrecito que bailaba jovial ante la custodia resplandeciente el día de Corpus, y en compañía de los indigüelos desnudos de su rústica escuela. Su dura tabla, le parecía suave como un diván mullido, su bloque de granito, como un cogín de plumas, su celda estrecha y vacía, como una suntuosa estancia; todo en torno suyo era amable y acariciador, comparado con las escenas que se desarrollaban ante sus ojos abiertos por la vigilia ascética y el infinito amor.

La lucha heroica y constante, la desconfianza en sus fuerzas con relación a sus anhelos, el dolor ageno en el corazón propio, la carne que cede sin poder seguir al espíritu, habían agotado hasta la extenuación su débil cuerpo; ya no podía descender a la mina para decir a los desgraciados que penaban y sufrían en aquel infierno: "Mentira! Aquí no tenéis que perder toda esperanza. No estáis solos. Cristo está con vosotros. (2) De aquí pasaréis a un mundo mejor, donde serán compensados los sufrimientos que hoy padecéis y se os concederán los más preciosos dones". No le era dado ya, siguiendo al Maestro, mostrarles el camino que siempre lleva a la gloria de la luz.

Para dicha suya, el numen que le inspiraba, su fuerza interna, el aliento de su caridad, constituían la médula que hacía vibrar al unísono el alma de sus discípulos. Los bethlemitas estimulados por su ejemplo, guiados por su consejo, seducidos por su vida modelo, llevados por su espíritu, bajaron al fondo de las minas e improvisaron hospitales en ellas. El sol no estaba

allí, pero ellos llevaban el sol; los seres queridos no penetraban hasta esas tenebrias, pero el monje del sayal raído, traía el bálsamo aliviador, el mensaje de cariño, la dulce promesa; anunciaba que cada latigazo recibido y cada gota de sangre derramada tendrían su premio; que aquellos martirios, aquellos dolores, no eran sino un puente erizado de abrojos, por el cual se pasaba al imperio de la eterna felicidad. (3)

Nunca Cristo apareció más aureolado de luz divina como entre las tenebrosidades de aquellos antros de muerte, al ser visitados por los discípulos del pobrecito que bailaba jovial ante la custodia resplandeciente y en compañía de los indigüelos desnudos.

NOTAS DEL CAPITULO XXI

(1) El trabajo de las minas ha sido y es aún en extremo duro y sabido es que en las de América, tanto por los procedimientos como por las exigencias de los amos, se procedía con extrema dureza. El padre Acosta dice al respecto... "trabajaban allí dentro donde es perpétua la oscuridad, sin saber poco ni mucho cuando es día y cuando es noche. Y como son lugares que nunca los visita el sol, no sólo hay perpetuas tinieblas, mas también mucho frío y un aire muy grueso, ageno de la naturaleza humana."

Padre José Acosta. — "Historia Natural y Moral de las Indias."

(2) *Dante. — "La Divina Comedia, Infierno, Canto III."*

(3) "Si la Religión nos ha esperado en la cumbre de las montañas, también ha bajado a las entrañas de la tierra, inaccesibles al sol, para buscar en ellas a los desgraciados: los hermanos bethlemitas tienen una especie de hospitales en el fondo de las minas de México y del Perú. El cristianismo se ha esforzado en el Nuevo Mundo en neutralizar los males causados en él por los hombres; males de que tan injustamente se le ha supuesto autor. El Doctor Robertson, inglés, protestante y hasta ministro presbiteriano, ha vindicado plenamente en este punto a la Iglesia romana. "Con más injusticia aún, dice, han atribuído muchos escritores el exterminio de los americanos al espíritu de intolerancia de la religión romana, y han acusado a los eclesiásticos españoles de haber excitado a sus compatriotas a dar muerte a aquellos pueblos inocentes, como a idólatras y enemigos de Dios. Los primeros misioneros, aunque sencillos e ignorantes, eran hombres piadosos, y prohiendo la causa de los indios, los defendieron de las calumnias con que procuraban infamarles los conquistadores, suponiéndolos incapaces de reducirse y de comprender los principios de la Religión, y presentándolos como una especie imperfecta de hombres marcados por la naturaleza con el sello de la esclavitud. Lo que he dicho del celo constante de los misioneros españoles en defensa y protección del rebaño que les estaba encargado, los presenta bajo un aspecto digno de sus funciones; ministros fueron de paz para los indios, y se encaminaron a arrancar la vara de hierro de manos de los opresores. A su poderosa mediación debieron los americanos todos los reglamentos di-

rigidos a mitigar el rigor de su suerte: así es que los indios miran aún a los eclesiásticos seculares y regulares en los establecimientos españoles como a sus naturales defensores, y a ellos recurren para rechazar las exacciones y violencias a que se ven expuestos.

Helyot. — "*Hist. de l'Amérique*", t. IV, Lib. VIII.

XXII

DON RODRIGO DE ARIAS MALDONADO

En las ciudades coloniales de América, aisladas y tristes, constituía un verdadero acontecimiento la llegada de un alto funcionario del reino o de cualquier personaje que por sus influencias en la corte, su jerarquía en la nobleza o en el ejército, o por sus hechos y hazañas hubiera alcanzado fama y nombradía.

La aparición en público de estos personajes, antes que en los salones del Virrey o del Capitán General, para la presentación de estilo, y en las tertulias de las grandes casas, tenía lugar en los acostumbrados y aristocráticos paseos. En Goathemala tal práctica se efectuaba en las alamedas de Santa Lucía y el Calvario. Allí, bajo las espesas frondas que formaban una verdadera bóveda de follaje, discurrían tiradas por soberbias mulas las carrozas de cochero y lacayo en vistosa librea, conduciendo a las damas que, lujosamente vestidas, ostentaban su riqueza y sus encantos, desplegando todos los resortes de la femenil seducción y tentadora coquetería. Los Señores iban a caballo, empenachado el sombrero, de terciopelo el jubón, al cinto el espadín rematado en puño repujado y guarnecido de rica pedrería y ajustadas al talón las espuelas de oro.

Con su mejor arreo y su más espléndida indumentaria, aparecía el nuevo huésped de la ciudad, acompañado de uno o varios caballeros de preciada alcurnia o elevado puesto, que se encargaban de darle a conocer el nombre de las damas y señorones que paseaban por la alameda. A los saludos del nuevo personaje y sus acompañantes, se sucedían los cuchicheos y el secretar picaresco, mientras el recién llegado, sabedor de que era objeto de la atención de todos y que cuantos ojos allí veían, fijos en él estaban, se erguía ufano en su corcel, saboreando con fruición la caricia del aura popular.

Cierto día, allá por el año de 1665, circuló por la ciudad la nueva de haber llegado a la capital del reino un personaje de alta figuración, no sólo por los prestigios de su clara estirpe, sino por los hechos heroicos que había realizado en las regiones de la Talamanca, en la lejana provincia de Costa Rica. Abonábanle además, para que despertase la curiosidad y el interés del vecindario, en particular de las gentes de calidad y más aún de las mujeres hermosas, el hecho de ser el viajero joven y muy gentil hombre, de rara belleza, continente gallardo y genio vivo. Llamábase Don Rodrigo de Arias Maldonado, llevaba sangre de Duques en sus venas y, por sus épicas hazañas el Rey tenía el propósito de otorgarle un marquesado.

Su aparición en las alamedas fué algo extraordinario. Cuanto significaba, en todos los órdenes y en todas las jerarquías, se dió cita bajo las verdes arcadas de los aristocráticos paseos. Correspondiendo a la fama de que venía precedido, el ex-Gobernador de

Costa Rica y posible futuro Capitán General del Reino, se presentó lujosamente ataviado, caballero en fogoso y finísimo corcel, despertando, desde el primer momento, la general simpatía y la más entusiasta admiración.

De más efecto, en idéntica acogida, fué su entrada a los salones del Capitán General y a las tertulias de las grandes familias. De talante sencillo y llano, no hacía pesar los blasones de su rancia nobleza, pero se adivinaban a las claras en su ademán imponente y en la exquisita pulidez de sus modales. Tampoco se empeñaba en hacer valer los timbres de gloria adquiridos en los campos de batalla y que le vanguardaban con los capitanes mejor acreditados de la conquista. Ni en el palenque de la vida galante, en el que tan señalados triunfos de amor alcanzara, hacía prevalecer sus merecimientos.

Actitud tal colocó, bien pronto, en prominente plano. Las mujeres le miraban con ojos de anuencia; los rivales con ojos de envidia; los ambiciosos y politiqueros lo consideraban hombre aprovechable y le rendían homenaje. El parecía no darse cuenta del éxito que, en diversas formas, se ofrecía presto a obedecer sus órdenes. Posiblemente, bajo el manto de la fortuna, no se preocupaba en serio de tomar una resolución, de encauzar su vida en un rumbo determinado. Era joven y el porvenir amplio y risueño se ofrecía ante sus ojos. Tiempo quedaría para triunfar en todos los órdenes.

Entre tanto, cuando se retiraba del suntuoso palacio de la Capitanía General o de las casas de los pro-

hombres de la colonia o de seductoras y amable cita, en más de una oportunidad, llamó su atención, despertando su espíritu curioso, el tañer de una campanilla que desgranaba sus notas en el silencio augusto de la noche. Le preocupó la idea de saber de dónde provenía aquel extraño reclamo, tan a deshoras en una ciudad calma y dormida.

No tardó en quedar satisfecha su curiosidad. A la luz del candil parpadeante de alguna ornacina o de la plateada que la luna llovía sobre el valle, tuvo ocasión de ver al que de tan caprichosa manera turbaba la quietud de la capital del reino. Era un hombre de mediana estatura, de cuerpo endeble, que sacudía con vigor nervioso una campanilla y entonaba, a intervalos, su acostumbrada canción:

*“Acordaos hermanos
que un alma tenemos
Y si la perdemos
No la recobramos”.*

Aquella figura exótica lo intrigaba, inspirándole, al mismo tiempo, piedad y admiración. No podía ni remotamente imaginarse que aquel humilde noctámbulo debía ser el que le armaría caballero para la más noble de las lizas, el capitán en cuyas filas le tocaría militar para la más augusta de las cruzadas.

XXIII

ANTECEDENTES MUNDANOS DE LA CON- VERSION DE DON RODRIGO

Todo aquel que visite la ciudad de México, la metrópoli americana de las grandes reliquias coloniales, donde el espíritu de la España monumental plasmó, en la forma más bella, sus prodigios de arte arquitectónico, al detenerse a admirar los palacios que los castellanos irguieron sobre los escombros de la Tenochtitlan indígena, no podrá menos de sorprenderse ante uno de ellos que sobresale, entre todos, por su originalidad y magnificencia.

Se levanta no lejos del Hospital que el conquistador Hernán Cortés fundara, y que aún funciona y recibe para aliviar sus dolencias, a los descendientes de los amos de antaño que el audaz extremeño anulara primero y esclavizara después. Cubre el edificio el ángulo de una manzana con más de cuarenta varas de lado y lado. La arista mural se yergue sobre un gran ídolo de piedra, imponente y amenazador, acaso un Dios adorado y temido antes que los hombres de occidente vinieran a arrebatarle su omnipotencia. Los tubos que dan paso a las aguas pluviales, bajo la cornisa de la techumbre, simulan cañones listos para dis-

parar; tienen las cornisas algo de almenas; la gran masa diríase hecha para resistir un sitio; todo en el exterior es un exponente de fuerza. Las artísticas talladuras de las macizas puertas; los esbeltos arcos; las extensas galerías; las cinceladas fuentes; los caprichosos artesonados; los amplios salones; todo en el interior es un exponente de grandeza. (1).

El dueño y señor de este palacio-castillo, Don Fernando de Altamirano y Velazco, conde de Santiago de Calimaya, pasó en 1654 al reino de Guatemala con carácter de Capitán General, para sustituir al Oidor Don Antonio de Lara y Mongrovejo que, accidentalmente, desempeñaba el cargo, por muerte del probo y magnánimo Don Diego de Avendaño, una de las figuras de más visible relieve entre los funcionarios coloniales.

Fácil es comprender que el gran señor, que tan suntuosamente vivía en México, en el goce amplio de todos los placeres, hecho a las ostentaciones, amigo de pompas y boatos, al ser elevado a una dignidad de tanta importancia, no torcería el curso natural de su vida fastuosa, sino al contrario, le daría mayor realce. La capital del Reino, tranquila y modesta bajo el gobierno de Avendaño, al caer en el dominio de Altamirano y Velazco, se tornó bulliciosa y espléndida. El palacio de los Capitanes Generales fué desde la llegada del poderoso anciano, — muchos años pesaban sobre él, — centro de animación y bullicio. A la luz de centenares de bujías que hacían chispear los biselados cristales de las arañas, bajo las techumbres ricas en incrustaciones de maderas preciosas que fingían raros dibujos,

entre la diáfana refracción de los espejos, basamentados en consolas doradas, en medio de alfombras de alto precio, presidido por los retratos de S. S. M. M. Don Felipe IV y la Archiduquesa Doña María Ana de Austria, lo más selecto de la sociedad se desenvolvía en los graciosos y paúsados movimientos de la *almaña* y la *gallarda*, (2) mientras en otro salón más reducido, pero no menos lujoso, hundido en discreta penumbra, imperaba con todo su avasallador poder el naípe, porque Don Fernando, sin cuidar de sus años, era amigo de tentar la suerte y de sacudir sus nervios gastados con las fuertes emociones del juego.

No se crea, por las perspectivas amables del cuadro anterior, que todo era plácida holganza y eterno holgorío en aquella sociedad al parecer entregada a una vida paradisíaca. Violentas pasiones, profundos odios, la sacudían hasta sus propias raíces. Tres familias, todas de gran valimiento por virtud de la sangre y la fortuna, aspiraban a la supremacía absoluta en todos los órdenes. Las armas de que se hacía uso y las batallas que se libraban, por su encarnizamiento y su inescrupulosidad, podían parangonarse con las que hicieron famosos y mantuvieron en tensión, a los guelfos y gibelinos, a los capuletos y a los montescos.

Estas luchas se iniciaron o por lo menos se hicieron más álgidas durante la presidencia de Altamirano y Velazco. Eran los principales contendientes, los Padilla, los Carranza y los Mazariegos. Echando mano de todos los recursos lícitos o reprobables, lo que les interesaba era ganarse para sí la voluntad y el apoyo del Capitán General, cuyo carácter fuerte y tempera-

mento apasionado podía ser un factor decisivo en pro de aquel cuya causa abrazara. En aquel mar de intrigas, fueron los Carranza los más afortunados o los más hábiles, y se conquistaron el decidido amparo del aristocrático anciano, que se puso resueltamente de su parte y en abierta guerra contra los Padilla, muy señaladamente contra Don Diego, que era a su vez hombre de grandes energías y de carácter belicoso.

La atmósfera fué tornándose cada vez más espesa y agria; los rumores de que se fraguaba una conspiración para derrocar al Capitán General, se hicieron repetidos e insistentes y, por último, llegó el momento en que Altamirano y Velazco, a instigaciones de su hijo Don Enrique, Adelantado de Filipinas y hombre amigo de las medidas extremas, dispuso la prisión de Don Diego de Padilla, y ordenó su destierro al Castillo de Omoa, en la costa de las Hibueras, hoy república de Honduras. (3)

En el momento en que se dió preso el orgulloso Padilla, dijo al representante de la autoridad encargado de cumplir la orden:

—Decid al Conde de Calimaya, que mi destierro y prisión en el fuerte de Omoa, dada mi edad, mi precaria salud y lo malsano del clima de aquel lugar, son circunstancias que convierten tal disposición en una sentencia de muerte; pero que tenga entendido que si pierdo la vida, sabré cobrarle la cuenta, y no me sobrevivirá mucho tiempo. Emplazado queda.”

No es la leyenda, como podría creerse, lo que ha dado versión de realidad a la amenaza de Padilla; son los documentos históricos, tal vez influenciados por el

espíritu de la época, los que testifican que el emplazamiento se cumplió.

Don Diego murió poco tiempo después de su llegada al castillo, sin que por las difíciles y largas comunicaciones, la noticia de su muerte se conociera en la capital del reino. Sus familiares y amigos, temiendo aquella desgracia, ponían en juego todos los expedientes a su alcance para que se revocara la orden de exilio. Tanto se hizo que al fin el testarudo Don Fernando, aunque de mal talante, se decidió a acceder. Pidió el documento, tomó la pluma, la introdujo con desgano en el pesado tintero de plata bruñida y se dispuso a firmar. En el preciso momento que iba a hacerlo, lanzó una amagra queja y cayó muerto. Sus partidarios y amigos, atribuyeron el hecho a la edad, al trabajo, y, no poco, a los disgustos que le ocasionaron los contrarios. Los enemigos, y la gran mayoría de la gente, manifestaba con voz misteriosa: "Es el juicio de Dios."

La muerte de aquellos dos personajes, figuras las de más talla en la tragedia, en vez de apaciguar los ánimos y poner breque a los enconos, sirvió de incentivo a las pasiones y sopló en la hoguera del odio. El mismo dolor atizaba la llama. Tal estado de cosas como siempre acontece, vino a agravarse por un hecho sin importancia. En terreno abonado, toda semilla fecunda, y la de la cizaña, tan fértil más fácilmente que otra alguna.

Dos personas importantes en sus respectivos campos, sin quererlo, es más, sin sospecharlo, ni menos desearlo, vinieron a ahondar las divisiones haciendo más infranqueables los abismos. Eran estas, una dama

gentil, esposa de un hombre prominente de palacio, de nombre Doña Elvira, y Don Rodrigo de Arias Maldonado, conquistador de Talamanca, ambos aparecidos, casi simultáneamente, en el mismo escenario.

Gentiles doncellas, miembros de las familias de Padilla, de Carranza y de Mazariegos, — la trinidad enloquecida por el odio, — se disputaban el corazón de Don Rodrigo. Mancebos de los mismos troncos rondaban en torno de Doña Elvira, ávidos de alcanzar una palabra, una mirada, una sonrisa. Los celos, la rivalidad amorosa, fuentes de inquina y aborrecimiento, vinieron a sumarse a las muchas otras causas, imaginarias o reales, que separaban los elementos constitutivos de la sociedad colonial del Reino de Guatemala.

Arias Maldonado era fino, cortés, galante con las jóvenes que le hacían objeto de su predilección, pero sin inclinarse, menos aún en el terreno amoroso, a ninguna de ellas. Doña Elvira, por su parte, dama de Corte, maestra en el halago, complacida de verse admirada, envolvía a todos sus cortejantes, por igual, en un coqueteo inocente. ⁽⁴⁾ Aquella actitud correcta, pero fría del galán; aquel proceder amable, pero discreto de la dama, aumentaban el desasosiego y hacían más intensa la perturbación.

Entre tanto los ojos del conquistador de Talamanca se volvían al palacio de la Capitanía General del Reino y su corazón se hallaba esclavizado entre las paredes de la suntuosa mansión. No eran estériles sus desvelos. La dama por su parte, pensaba en el *Gobernador*, como se le llamaba regularmente al caballero de Arias Maldonado.

La amorosa intriga que se incubaba, el pasional idilio que nacía, por un secreto designio, debía llevar al capitán que tan gloriosamente militara en los ejércitos conquistadores de pueblos, a ser uno de los heroicos vencedores en el ejército conquistador de almas.

NOTAS DEL CAPITULO XXIII

(1) Few of the remaining Colonial houses are older, and few possess a more attractive exterior, than the Palacio del *Conde de Santiago de Calimaya* at the corner of the Ave. República de El Salvador, and the Calle J. M. Pino Suárez. The structure, of pink *tezontle*, dates from the years immediately following the Conquest, and was erected by Lic. Don Juan Gutiérrez Altamirano, a cousin of Hernan Cortés. When a hundred years later it passed into the hands of *Don Santiago de Calimaya*, he caused to be laid out a beautiful park in the neighborhood, and for three centuries called *Calle del Parque del Conde*. The great open court, now used as a place to store merchandise, and the grand stairway leading to the second floor, are splendid specimens of the early style of architecture. The fine carvings of the entrance, and the huge wood doors are noteworthy. Running round the roof from N. to S., and thence E., are 17 huge gargoyles (gárgolas) carved in stone and representing half cañons — the best examples of these styles of work in the Republic. The corner stone is a huge monolith representing an Aztec tiger, — no doubt taken from the great Aztec teocali which once stood in the Plaza Mayor, and History says Hernán Cortés placed this stone in position with his own hands.

Terry's. — "*Guide To México.*"

(2) Muy poco se sabe de los bailes que se estilaban en España, y por ende, en las colonias españolas. Apenas si hay un libro, pequeño manual de baile, escrito por Juan de Esquivel Navarro, maestro de baile en la Corte de Felipe IV. "Los bailes de más viso entre la sociedad de entonces eran la almaña y la gallarda, que con graciosa rigidez resultaran, más que bailados, pareados al son de los instrumentos y en los cuales el caballero llevaba suavemente a la dama prendida del guante o del pañuelo."

Ludwig Pfandl.— "*Cultura y costumbres del pueblo español de los Siglos XVI y XVII.*"

(3) Entre las grandes fortalezas construídas por los castellanos, sobre la costa, como lo eran la de Puerto Cabello, en Venezuela, y la de San Juan de Ulua, en México, figura el castillo de Omoa, en Honduras. Era temido tanto por la lobreguez de sus calabozos, como por lo insalu-

bre de lugar en que se hallaba ubicado. Las fiebres palúdicas favorecidas por la humedad, eran casi siempre mortales para los prisioneros que las sufrían.

(4) Refiriéndose a esta ilustre dama, dice *Don José Milla* en su novela histórica "*Los Nazarenos*", que tiene tanto de historia como de novela, lo siguiente: "Doña Elvira había residido durante algún tiempo en Madrid, habiendo sido su madre camarista de la princesa Isabel de Francia, primera esposa de Felipe IV. Los más claros ingenios de aquella corte caballescica y literaria, admitidos en el Buen Retiro por el rey poeta, habían puesto a los piés de Doña Elvira el homenaje de su talento, y varios de los jóvenes señores más distinguidos por su posición y por su cuna, solicitaron su mano, sin que ella pareciese participar del afecto que inspiraba."

José Milla. — "Los Nazarenos."

LA CONSUMACION DEL HECHO

Los biógrafos del Hermano fray Pedro de San José Bethencourt, lo mismo que los testigos en el proceso de su beatificación, están todos de acuerdo sobre la manera como se desarrolló el episodio extraordinario que tantas y tan trascendentales consecuencias debía tener. Trátase de algo sobrenatural, de un caso de taurmaturgia y así lo vamos a referir sin comentario y sin análisis. Es el prisma de la fé el que transparenta en estas líneas el hecho portentoso.

La imprudencia, patrimonio de los enamorados, la posición conspícua de los dos personajes, las envidias, los celos, acaso los resquemores de amor herido, que uno y otro habían suscitado en aquella sociedad desocupada y maldiciente, dieron lugar a que de un episodio, ni extraño ni nuevo, se hiciera el tema de la charla cotidiana salpicada con el envenenado comentario. Tan tenaz fué el murmullo que, contra lo que acontece normalmente con las víctimas del engaño conyugal, — sordos y ciegos ante su propia desgracia, — las voces de alarma llegaron al esposo de Doña Elvira.

El amor, y más que el amor el orgullo, produjeron en el alma de aquel varón linajudo y altanero una vio-

lenta sacudida. Tras las naturales vacilaciones del que tiembla en frente de un mal que presume y teme, ansioso de conocer la verdad, resueltamente se dispuso a buscarla.

Con bien fingido disimulo manifestó la urgente necesidad de ausentarse por algunos días de la metrópoli, y tan hábilmente se manejó, que no dió margen a la más leve sospecha. Despidióse del Presidente, de sus compañeros de labores, de su esposa, y acompañado de un mozo de espuela, emprendió el viaje, lleno en el fondo de sobresalto y de temor, muy explicables y muy justos.

Los cien ojos de la maledicencia que atisbaba, fijos en los enamorados; el proscenio de Palacio demasiado a la vista; la constante presencia del esposo; la suspicacia de los cortesanos, habían hecho imposible el encuentro, libre de testigos, con que soñaban Don Rodrigo y Doña Elvira. Aquel viaje inesperado vino a colmar la ansiedad que los devoraba y se decidieron, sin perder minuto, a aprovechar la ocasión que acaso no volvería a presentarse fácilmente.

El mismo día de la partida del celoso palaciego, apenas entrada la noche, por la puerta secreta del jardín, arropada en espeso manto y sutiles velos, salió la dama para la casa del galán. Las calles sin más luz que la de los candiles vacilantes que parpadeaban frente a algunas imágenes yacían casi en sombras y favorecían la empresa. Del Palacio, situado al Sur de la Plaza Mayor, a la casa del capitán, próxima a la iglesia de la Merced, la distancia era relativamente larga y larguísima le pareció a Doña Elvira presa, a un tiempo

mismo, de ansia y de temor. No menos anheloso, con el vivo placer de la esperanza realizada, la esperaba el *Gobernador*.

Breve, fugaz, inapreciable apenas, fué el gozo de los amantes. El natural sobresalto de quien se arriesga en una hazaña, fuera de sus hábitos y tan comprometedor y peligrosa para una mujer de su prestancia y linaje, la emoción de la cita tantas veces soñada, la impresión de la caricia apetecida, todo ese cúmulo de factores sumados, en tal forma sacudieron el delicado organismo de la gentil Señora, que, entre los brazos de Don Rodrigo súbitamente le acometió síncope mortal.

En vano el caballero acudió a todos los recursos que su cerebro atribulado le aconsejaba. Inmóvil, pálida, fría, admirablemente bella en su yeratismo estatuario, la dama permanecía inaccesible a los reclamos del amor y de la pena. Enloquecido por la angustia y lo complicado del momento, Don Rodrigo no atinaba qué partido tomar. No temía por sí mismo. Hombre amasado en los peligros, nada personal era capaz de arredrarle. En cambio la situación de Doña Elvira le llenaba de espanto. ¡Qué negro baldón iba a caer sobre el nombre de aquella mujer tan amada! ¡Qué anatema iba a pesar sobre la memoria de la que le entregara su corazón y su vida! ¿Qué hacer en esa hora de tribulación? ¿Dónde encontrar una idea salvadora? El tiempo corría y con él aumentaba su angustia y su desesperación.

El tañido, apenas perceptible de una campanilla nerviosamente sacudida, vino a sacarle de su anonadamiento. Apagadas las vibraciones, una voz para él

muy conocida, entonó con claridad que el silencio de la noche hacía más límpida, una endecha que muchas veces, al retirarse a su mansión, tras nocturno devaneo, había escuchado con una rara e inexplicable emoción:

*“Acordaos hermanos
Que un alma tenemos
Y si la perdemos
No la recobramos”.*

Como obedeciendo a secreto designio, con automático paso, Don Rodrigo se echó a la calle. En la propia puerta de su casa dió con fray Pedro de San José Bethencourt. Atropelladas las palabras, confuso el relato, nervioso el ademán, con el ansia de quien busca desahogar su corazón, impuso al humilde tercero del espantoso conflicto en que se hallaba.

El Hermano Pedro, después de escucharle con serena actitud, le tomó de la mano y, con la seguridad de quien conoce el lugar en que camina, le condujo a su alcoba. Aproximóse al lecho donde yacía la hermosa pecadora; clavó en ella sus ojos con infinta piedad; sus labios musitaron una plegaria apenas perceptible, y su mano amarillenta y flaca, cortó el aire con el signo de la cruz. La intensa palidez, el perfilamiento de la muerte, fueron desapareciendo del rostro de la dama; sus grandes ojos se abrieron con expresión de inconciencia; la actitud de sorpresa del que despierta de profundo sueño en un lugar desconocido, se pintó en ellos; se animaron, como si con más claridad advirtieran el

lugar en que se encontraba, patentizándole todo lo grave de su situación. Cual un torrente que rompe el dique, sin un suspiro, sin una queja, se echó a llorar con abundancia de lágrimas. El venerable permanecía junto al lecho. Él era entonces, el que parecía un muerto, rígido, descarnado, sin color.

En ese talante esperó que la infeliz mujer se serenara. Con tierna solicitud la puso de pié; cubrióla con su manto y, sin decir una palabra, la condujo hasta la puerta de la mansión. Desde el umbral, con su mano amarillenta y flaca, le señaló el camino del Palacio, donde le esperaban el hogar y el deber.

UNA NUEVA CITA

El esposo de Doña Elvira, cuando lo creyó oportuno, volvió riendas a su cabalgadura y de retorno tomó rumbo a la ciudad dirigiéndose inmediatamente a Palacio, donde esperaba obtener la convicción de su felicidad o de su desgracia. Como lo sospechaba y lo temía, en el salón donde damas y caballeros se entregaban a la habitual tertulia, no se encontraba su esposa. Cruzó unas cuantas palabras con los concurrentes, explicando el motivo de su inesperado retorno, y so pretexto de cambiar de traje, se dirigió a sus habitaciones no sin pasar por la sala de juego, donde reinaba el ambiente de emoción producido por las caprichosas mutaciones de la fortuna.

Soplo de huracán agitaba su pensamiento. Se detuvo unos instantes frente a la habitación que les servía de cuarto dormitorio, con toda la inquietud y la zozobra del que se aproxima a una realidad que le espanta. Abrió la puerta y entró. Allí, lívida, desencajada, con las huellas del sufrimiento en la faz, tendida en su lecho estaba Doña Elvira. Los ojos entornados daban la impresión de que dormía. No era así. Al ruido que hizo el esposo al entrar los abrió. Aunque su

aspecto era el de una seria indisposición, nada hacía sospechar, que otra causa que males físicos la tuvieran así postrada. Los relámpagos que incendiaban las pupilas del altivo caballero, se amortiguaron; el soplo de huracán que agitaba su pensamiento se aplacó; la calma, bien supremo en las horas de prueba, tornó a encontrar abrigo en su corazón atribulado.

Mientras esto pasaba en Palacio, veamos qué acontecía en la mansión de Don Rodrigo. Este al ver a fray Pedro de San José que conducía a la dama hacia la puerta, lo siguió a corta distancia, con la humildad del siervo tras el amo. Doña Elvira se alejó con ligero paso y bajo el arco de piedra caprichosamente cincelado que servía de pórtico, a la luz de un pesado farol de hierro que iluminaba discretamente el ancho zaguán, el caballero garrido, el conquistador valeroso, el amante afortunado, doblegada su frente, entenebrecido y pesado el cerebro como el cielo plomizo en que se incubaba la tormenta, se encontró frente al monje de burdo sayal, de piel pegada al hueso, de ojos hundidos en cuencas violáceas. Los dos personajes se contemplaron fija y largamente. El pecador y el justo tenían la misma actitud contrita. Sin palabras, sus almas se compenetraban y se comprendían. En aquel entendido silencioso se sellaba para siempre el pacto sagrado que debía unir a los dos varones al través de los tiempos.

—Hasta pronto, dijo fray Pedro.

—Hasta mañana, respondió Don Rodrigo.

Después golpearon opacas sobre las baldosas las sandalias del monje y se oyeron los tañidos de la cam-

panilla y una voz que al capitán ínclito le pareció venida de lo alto, de las regiones excelsas donde el bien impera y la maldad no alcanza, se oyó que decía:

*“Acordaos hermanos
Que un alma tenemos
Y si la perdemos
No la recobramos”.*

LA PRIMERA LECCION

Las vibraciones de la campanilla y el eco de la voz se oyeron cada vez más lejanos hasta morir en la calma de la noche. Don Rodrigo de pié en el umbral, oía aquellos tañidos y aquel canto sumido en las nebulosidades de un éxtasis. Revueltas y contrarias ideas hacían bullir en su cabeza aquellas sencillas notas. Se habían extinguido ya y él continuaba en su sitio como si anhelara percibir las todavía. Así permaneció largo tiempo. Luego, con andar de sonámbulo, se encaminó a su alcoba. Recorriéndola de un extremo a otro, angolfado en amargas reflexiones, acabó de pasar aquella noche interminable y trágica.

La llegada del día después de insomne noche, tiene para los espíritus atribulados una dulce sensación de sedancia. No es sólo un alivio moral el que se experimenta, hay algo y mucho de bienestar físico; los nervios se distienden y el organismo descansa. Tal lo que sintió Don Rodrigo, cuando la luz del amanecer empezó a colarse por los requicios de las puertas y ventanas. Abrió las hojas de unas y otras a pleno y recibió con fruición el beso tibio de los primeros rayos del sol a la vez que, con una complacencia nunca sentida, es-

cuchó el repicar sonoro de las campanas que llamaban a misa.

Durante aquellas horas de tenaz martirio que acababa de pasar, con juicio sereno que no turbaba su tribulación, había analizado su vida toda, encontrándola, tras escrupuloso escudriño, inútil, improductiva, estéril. ¿Qué significaba su sangre de manantial remoto, ennoblecida por cien generaciones, y de la que tantas veces se había ufano? ¿Qué sus hazañas de conquistador salpicadas con lágrimas y sangre que eclipsaban sus blasones? ¿Qué las altas dignidades que había escalado, más por anhelo de figuración que por el deseo de hacer bien? ¿Qué sus triunfos en justas y torneos? ¿Qué sus éxitos en los salones y en las lizas de amor? Todo aquello que antes llenó su vida, satisfizo su vanidad, colmó sus aspiraciones, ahora le parecía cosa fútil y sin ningún valor. Sentíase pequeño, insignificante, casi miserable ante el humilde hermano tercero que había venido en su auxilio en el más aflictivo de los trances. Encontrábase indigno ante aquel hombre que vivía para todos los demás hombres, sin cuidarse de su propia persona, que gastaba sus fuerzas, que agotaba su cuerpo, aliviando el dolor ajeno, consolando al triste, dando de comer al hambriento, vistiendo al desnudo, ofreciendo posada al peregrino y auxiliando al moribundo.

Arias Maldonado hizo venir a su ayuda de cámara y le solicitó que le diese prestado uno de sus vestidos, el más viejo y raído. Aderezóse con él y, en medio del estupor de su sirviente, la cabeza descubierta, se echó a la calle.

Dirigió sus pasos resueltamente al Hospital de Bethlem. En la portería esperaban sentados sobre toscos bancos de piedra ancianos, mujeres y niños, por su traza gente menesterosa. Iban en busca del alimento que tres veces al día se daba a los pobres que lo solicitaban. El portero informó a Don Rodrigo que el Hermano se encontraba haciendo su matinal visita a los enfermos y que pronto vendría a repartir la colación. El caballero que discordaba en aquel cuadro, no por su indumentaria bastante modesta, aunque muy superior a la de los demás, sino por su apostura y garbo que inútilmente se empeñaba en disimular con natural sencillez, ocupó un lugar sobre el banco de piedra, entre aquella gente andrajosa y mugrienta.

No tardó en aparecer el fraile, acompañado de aquel hombre antes brutal y duro a quien la palabra simple del tercero trocara en bondadoso y dulce; aquel rico y avaro que bajo la influencia de esa palabra se desprendió de sus bienes con generosa largueza. Traía éste una gran olla de atole que, en toscas escudillas, con pan moreno, fué repartido a los pobres y del cual, con sumiso acatamiento, participó Don Rodrigo.

Cuando el parco desayuno hubo terminado, el extraño pordiosero fué introducido por el hospitalario en la Santa casa y conducido a su celda. Era ésta reducida y escueta. Sobre tosca mesa de pino, próxima a rústico camastro, la campanilla del nocturno reclamo, el morral de cuero en que recolectaba sus limosnas, el cilicio con que atormentaba su carne y la calavera frente a la cual hacía sus meditaciones.

El momento esperado con vehemencia por Don Rodrigo, desde el amanecer, había llegado. Tenía necesidad imperiosa de abrir y desahogar su corazón. Punto por punto, refirió todo lo que había pasado por su mente desde que se separaron la noche anterior. Habló del recuento de su vida y su decepción profunda después de analizarla. Todo lo animó con el colorido vivo de la convicción. El desprecio que le inspiraban sus propias miserias y sus muchas flaquezas; el deseo de lavar sus culpas; de hacer vida útil; de ocuparse de los demás, él que sólo se había ocupado de su propio interés, de renunciar a todo lo que no condujera al camino de la perfección, y concluyó, puesto de rodillas y anegado en llanto, rogando al Hermano Pedro que, en el nivel más bajo, más humilde, en el último término, le recibiera en la Hermandad Bethlemítica.

Con ojos llenos de piedad y de dulzura lo contemplaba Bethencourt y parecía oírle sumido como en una especie de arrobamiento. Cuando el capitán hubo cesado de hablar, el monje cariñosamente le ayudó a ponerse de pié y fraternalmente le estrechó en sus brazos. Después, con acento en que se adivinaban, adunadas en raro contraste, la severidad y la benevolencia, dijo el bethlemita:

—Hermano Rodrigo, no es tiempo todavía.

Contrariado en su firme resolución y en su deseo, resucitando en él las altiveces del conquistador de Talamanca, quiso decir algo, pero su interlocutor con ademán austero le obligó a callar.

—No es tiempo todavía. Ve a tu casa hermano Rodrigo, medita y piensa. Mide los halagos que el mundo

te ofrece, las glorias que aún te aguardan; analiza las exigencias que el claustro reclama para ser digno de él; hazte cuenta clara de la repugnancia que inspiran la miseria y la enfermedad; de lo que significa vivir en contacto inmediato y constante con la llaga y con la queja; sobre todo, juzga con calma, sin la excitación que en estos momentos te acicatea, si es tu propósito de ahora, una verdadera vocación, íntima y sólida, y no producto de los acontecimientos en que te has visto envuelto. Vete a tu casa y, cuando tras el examen que te aconsejo, hayas madurado la resolución, entonces vuelve, esta casa es de todos.

Aún quiso replicar Don Rodrigo, siempre agitándose en él el hombre de armas y dominio, pero lo detuvo la actitud del asceta, su gesto inapelable.

Con paciente obediencia el arrepentido caballero tomó el camino de la calle para dirigirse a su morada. No atendía a darse cuenta exacta de lo que en su interior, en su ser íntimo pasaba, pero sentía al dejar el hospital de Bethlem una pena, como no la sintiera nunca al abandonar los palacios suntuosos y las alcobas perfumadas.

XXVII

FRAY RODRIGO DE LA CRUZ

La murmuración sintió una contrariedad rabiosa cuando se vió falta de presa para hincarle su diente siempre famélico. La inesperada mutación en el escenario galante de la capital del reino, había puesto, de pronto coto a las habladurías más o menos fundadas, no dejando lugar sino a las conjeturas vagas. ¿Qué había pasado? ¿Cómo iba desarrollándose el drama que tan intrigada traía a la sociedad de Goathemala? Había terminado así, fríamente, sin darles el placer de algo emotivo y sensacional? La desorientación era lo que más mortificaba a aquella gente ociosa y hambrienta del comentario cotidiano y picante.

En Palacio la vida seguía su curso normal, pero a las tertulias les faltaba animación. Doña Elvira muy pálida, con el secreto de su dolor, ponía dique a la desbordante alegría de otros tiempos. En cuanto a Don Rodrigo, ninguna noticia precisa se tenía de él. En un principio se creyó que había abandonado secretamente la ciudad, porque no se le veía en ninguna parte y su casa permanecía silenciosa y cerrada como si ningún ser humano habitara en élla. Las dudas no tardaron en disiparse. Sociedad reducida como aquella, no admi-

tía fácilmente la incógnita. Pronto se tuvo noticia que no había partido, que estaba allí, en su mansión, pero entregado a una vida extraña, que a muchos hizo afirmar que su magín andaba trastrocado. Comía pobremente cuando comía; las horas y los días pasábalos encerrado en su alcoba sin pronunciar una sola palabra; por momentos se le oía sollozar; — todo esto lo contaba su viejo ayuda de cámara, única persona que había quedado a su servicio — y con frecuencia el lecho amanecía no sólo sin removerse las ropas, sino exento de toda huella que indicara la menor presión.

Estas noticias, aunque envueltas en misterio difícil de penetrar, algo habían satisfecho la pública curiosidad. Quedaba por conocer lo que más interesaba: los móviles de aquella extraña transformación. Siendo inúmeras las versiones que circulaban, ninguna se aproximaba a la realidad. Nadie podía sospechar que en la morada suntuosa del antiguo Gobernador de Cost Rica se incubaba la personalidad de un varón piadoso.

Cierto día, habían pasado muchos sin que los propósitos de Don Rodrigo languidecieran, muy a la inversa, se hallaban más firmes, se le presentó el ayuda de cámara para anunciarle que había llegado aquella mañana, por vía de Izabal, el correo de la Península y solicitaba sus venias para ir a la hora de reglamento a la Cruz de piedra y recoger la correspondencia. (1)

Los pliegos que Arias Maldonado recibió de la Corte eran muy importantes y en otro tiempo le hubieran colmado del más vivo alborozo. Uno de ellos contenía algo con que había soñado mucho tiempo, no por los blasones que pudiera agregar a su rancia no-

bleza, sino porque constituía un premio a sus afanes y un reconocimiento a sus servicios. Se trataba de la real cédula extendida a su favor por el muy Católico Rey Don Felipe IV, otorgándole el título de Marqués de Talamanca, atendiendo a sus merecimientos como conquistador de aquellas regiones. Otro de los pliegos era de una persona de gran privanza en el real Palacio de Madrid y le anunciaba que era un hecho, casi resuelto, que sería nombrado, muy en breve, Virrey de la Nueva España. Una vez leídos aquellos documentos, con desdeñoso gesto, casi con repugnancia, los puso a un lado y continuó embebido en sus meditaciones y entregado al acto perpétuo de contrición que constituía su vida.

Aquella noche, por vez primera después de la aciaga que determinara el cambio de sus orientaciones espirituales, ya en hora muy alta, oyó la campanilla del Hermano Pedro y su sencilla y conmovedora endecha que tan intensamente le impresionaba. Quiso echarse a la calle, detenerle y pedirle su aceptación en la Hermandad, pero dominó sus ímpetus. Después de las noticias que acababa de recibir, en todo extremo tentadoras, creyó del caso, antes de insistir en su solicitud, madurar un tiempo más su resolución.

Tres días dejó pasar y al amanecer del cuarto, tras largas horas de meditativo insomnio, como lo hiciera la vez anterior, tomó camino al Hospital de Bethlem. A los que en aquella hora le hubiesen visto, quizá les hubiera sido difícil conocerle. Si en su espíritu se había verificado una completa transformación, no era menos seria la que se había efectuado en su persona

física. Delgado hasta la flacura; sus ojos antes de mirar apasionado, velábalos una sombra de cansancio; la color quebrada y en su barba, muy crecida, la nieve de las primeras canas. En breve tiempo había envejecido. Sin embargo, a través de su demarcación y su palidez, se adivinaba el ánimo viril, la voluntad firme, capaz de acometer y realizar la más escabrosa de las empresas.

La misma escena de la portería que se desarrolló en su primer visita al Hospital, tuvo lugar esta vez. Como entonces, participó con los mendigos del frugal desayuno y como entonces, consumido el atole y el pan moreno, pasó con el venerable Pedro a su mísera celda. Una vez allí, oyó con íntimo alborozo estas consoladoras palabras:

—Hermano Rodrigo, la paz del Señor sea contigo. Ésta es tu casa y de hoy te llamarás fray Rodrigo de la Cruz.

NOTAS DEL CAPITULO XXVII

(1) En la Calle Ancha alzábase desde lejanos tiempos la Capilla conocida primero, con el nombre de "La Caridad", según documento que tenemos a la vista y después con el de Cruz de Piedra. Tenía la Capilla dos puertas de entrada, una al Occidente y otra al Norte. En ese histórico lugar reuníanse los ayuntamientos de la capital y de Jocotenango, así como el Correo Mayor, con objeto de abrir la petaca de la correspondencia que venía de España, acto que revestía cierta solemnidad".

Victor Miguel Diaz. — "La Vieja ciudad Colonial."

XXVIII

LA MUERTE DEL FUNDADOR

Fray Rodrigo de la Cruz ingresaba a la Hermandad en el preciso momento en que un hombre de sus excepcionales condiciones era necesario al naciente instituto. El fundador fray Pedro de San José Bethencourt, agotado por un trabajo abrumador, aniquilado por constantes privaciones y duras penitencias, destruído por interminables vigiliás, consumido, sobre todo, por la fiebre de amor al prójimo que abrasaba su alma, estaba a punto de rendir la última jornada de su ejemplar y maravillosa existencia. Su estado era precario, pero sobreponiéndose al agotamiento de su organismo, no abandonaba, ni un solo instante su recia labor en el Hospital, ni suprimía sus excursiones nocturnas, ni sus visitas a enfermos y atribulados. Para llenar las obligaciones que se había impuesto cuando su salud lo permitía, le era necesario recurrir a los últimos resortes de su enérgica voluntad, hacer inauditos esfuerzos que fatalmente precipitaban su fin.

Frisaba apenas con los cuarenta y un años, pero tan minado estaba su cuerpo, que podía tomársele por un hombre en plena decrepitud. Nada quedaba en él que recordara al mozo, si no fornido, sano y bien entallado,

que diez y siete años antes llegara a la capital del reino caldeado por el sol de Tenerife y vigorizado por los aires puros de sus campiñas nativas, tantas veces recorridas en sus inocentes pastoreos.

El venerable siervo de Dios presentía su muerte y la esperaba, no sólo con tranquilidad, sino con particular complacencia. Le fortalecía, al pensar en el trance definitivo, la idea de que fray Rodrigo de la Cruz quedaría al frente de la institución. Penetrado de las prendas excepcionales del nuevo Hermano, estaba convencido no solamente de que éste seguiría sus pasos, sino de que, con sus energías y su talento, lograría poner digno remate a la obra por él comenzada, consiguiendo del Sumo Pontífice que elevara la Hermandad a la categoría de orden monástica.

El día 7 de abril de 1667, aún no se había declarado en él la enfermedad que lo llevó al sepulcro, pero, sin duda, la sentía llegar. Así lo demuestra el hecho de que, habiendo pasado ese día por la morada de Nicolsa González, mujer piadosa y asidua cooperadora en la obra del Hospital, le dijera:

—Vengo a despedirme de Ud. Es posible que ya no volvamos a vernos.

Y como ella muy emocionada, le interrogara si tenía propósito de hacer algún viaje, enigmáticamente le contestó:

--No se aflija, hermana; a donde voy podré hacer más por todos de lo que puedo hacer aquí.

El día 10 la naturaleza se negaba a obedecer al espíritu. El gran batallador estaba vencido. Por vez primera en tantos años de ímproba faena, desazones

y luchas, se vió obligado a guardar cama. El día 18, en vista de que la fiebre le devoraba y que su estado general era alarmante, se hizo venir un facultativo. Ante todo, el galeno ordenó que se le pasase a una de las camas, no muy muelles, destinada a los enfermos del Hospital, manifestando que la que usaba el monje corrientemente, más tenía de potro de tortura que de lecho de reposo.

Su estado iba agravándose rápidamente. Sufría agudos y constantes dolores, pero los soportaba con cristiano estoicismo.

Cierto día preguntó a su confesor, el padre Manuel Lobo:

—Padre, ¿no es cierto que voy a morir pronto?

Habiendo tenido una respuesta afirmativa, se dirigió a los hermanos allí presentes y les formuló análoga pregunta. Cuando oyó que éstos reiteraban lo dicho por el confesor, su rostro irradió iluminado con extraña alegría. Tal fué su animación, que hubiera podido creerse que el mal había hecho crisis y se iniciaba en el enfermo una franca mejoría. Estaba gravísimo, sin embargo. La idea de morir lo animaba.

El día 20 de abril dispuso otorgar su testamento, no por cierto para hacer legado alguno, puesto que nada poseía, como él mismo lo expresa en la cláusula segunda diciendo: “Mando el cuerpo a la tierra de que fué formado, es mi voluntad sea sepultado en la Yglesia del Convento del Señor San Francisco en la capilla entierro de los Hermanos Terciarios como yo lo soy según va referido, cuya sepultura pido de limosna por el amor de Dios Señor Nuestro como también mi fu-

neral y entierro, atento a no tener Propio ni caudal alguno”.

El referido instrumento se contrae más bien a hacer la historia de la Hermandad bethlemítica, por él creada; a manifestar su voluntad de que sea fray Rodrigo de la Cruz quien se haga cargo de la jefatura y a recomendar que se den los pasos concernientes a fin de que el Sumo Pontífice otorgue la bula instituyendo en Orden monástica la Hermandad.

El día 25 había entrado en el estado agónico, pero aún conservaba cierta lucidez. La víspera habían llegado a visitarle el Presidente de la Real Audiencia, el Obispo de la Diócesis y otras personas de alta representación. Uno de sus compañeros con motivo de tal honor le preguntó si no le envanecían aquellas manifestaciones.

—¡Vanidad! ¿de qué?, exclamó. Yo soy un miserable y sé que estos Señores, no me han hecho a mí el honor, sino a Dios Nuestro Señor.

Viendo que en su rostro se pintaba agudo sufrimiento, se le interrogó para saber si deseaba que se hiciese algo para proporcionarle algún alivio.

—¡El dolor! repuso, ¿qué es el dolor? Es Dios quien nos lo manda. Después de un momento, con un súbito cambio, agregó: Ya no siento nada. El Señor que conoce mi gran miseria, no quiere que yo me inquiete por el dolor.

Exhortó a los miembros de la Hermandad a proseguir con el mismo entusiasmo y la misma fé y amor que lo habían hecho hasta el momento, la obra que venían ejecutando para honra y gloria de Dios y bien

de la institución. Los hermanos, hondamente conmovidos, conteniendo apenas su llanto, le escuchaban. Cuando hubo terminado, le pidieron su bendición.

—Salva la humildad que debo profesar, murmuró, en el nombre de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, aunque pecador indigno, yo os bendigo. Y dirigiéndose a Fray Rodrigo de la Cruz, añadió: —Que Dios os haga humilde.

Una secreta y dulce placidez se reflejaba en la faz del moribundo. Sus manos crispadas empuñaban un crucifijo que con débil, pero tenaz empeño, apretaba contra su pecho. Sus ojos ya nublados manteníanlos fijos en una imagen de San José que había sido siempre objeto de su asidua devoción.

Como en una especie de delirio, con voz muy débil, dijo pocos momentos antes de expirar:

—Me siento más en el aire que en la tierra.

Su respiración apenas perceptible era la única manifestación indicadora de que aquel organismo aún alentaba. A las dos de la tarde, con voz más fuerte y expresión de gozo, repuso: “Esta es mi gloria”, y abandonó la vida. Se apagó aquella lámpara sagrada, se rompió el vaso de perfección, entró el justo en el reinado de los justos.

XXIX

APOTEOSIS AL VENERABLE

Una violenta y dolorosa sacudida conmovió a todos los habitantes de la capital del reino al circular rápida y profusamente la noticia de que el venerable Hermano tercero había abandonado el mundo. Particularmente los favoritos del dolor y la miseria, la recibieron hondamente consternados. ¿Quién, en lo de adelante, alentaría sus flaquezas? ¿Quién proveería sus necesidades? ¿Quién restañaría sus heridas? ¿Quién enjugaría su llanto? ¿Quién curaría sus llagas? ¿Quién viviría pendiente, a toda hora, de sus males físicos y de sus angustias morales? ¿Dónde encontrar el varón perfecto, siempre llevando a flor de labio la palabra dulce y consoladora? ¿Quién, como el sencillo monje, con su sola presencia, infundiría valor al amilanado, aliento al caído, resignación al doliente, esperanza al moribundo y espíritu de contricción al culpado? ¿Quién sustituiría al padre de los leprosos, de los paralíticos, de los ulcerados, de los esclavos y de los indios? ¿Quién alegraría la Noche Buena de los niños con sus cantos inocentes, sus extrañas danzas, su bulliciosa pandereta y el repartimiento de sabrosas golosinas?

Sin pensar en otra cosa sino en el dolor que les embargaba, ricos y pobres, niños y ancianos, hombres

y mujeres, honrados y perversos, olvidados de todo, con el sólo pensamiento de ver por última vez a su amado pastor, a su tierno amigo, a su infatigable benefactor, como una gigante marejada humana se dirigieron al Hospital de Bethlem. Quejas, suspiros, sollozos, lamentos, llantos desgarradores, se escapaban de aquella multitud enloquecida por la angustia.

En breve tiempo la casa de caridad se vió rodeada por inmensa y compacta muchedumbre que pugnaba por entrar en el recinto, con el empeño desesperado y rabioso de los asaltantes de una fortaleza. Afortunadamente el Capitán General del Reino, previendo el movimiento que iba a suscitar en el vecindario la muerte del piadoso fraile, dispuso que una guardia militar custodiara el edificio y el cuerpo del venerable terciario. Sin aquella acertada medida, la indiscreta devoción en desborde hubiera podido dar margen a una inconciente profanación del cadáver. Con justicia hemos visto lo que dice Chateaubriand, que “a primera vista parecía un tirano presa del furor del pueblo y era, tan sólo, un oscuro religioso a quien se defendía del amor y de la gratitud de los pobres”.

Con las precauciones del caso, en el resto del día y durante toda la noche, la multitud, regándola con abundantes y amarguísimas lágrimas, desfiló por la capilla ardiente. Vestía el monje un hábito flamante. Había sido necesaria la muerte para que aquel eterno olvidado de sí mismo, cubriera su cuerpo con una prenda nueva.

El día 26 de abril la ciudad en masa, no es fantástico el aserto, se preparó para asistir a la inhumación

del cadáver. Salió el cortejo fúnebre del Hospital de Bethlèm. Llevaban sobre sus hombros el féretro, el Presidente de la Real Audiencia, Don Sebastián Alvarez Rosica de Caldas, de la Orden de Santiago, señor de la Casa de Caldas, Regidor de la ciudad de León; los respetables oidores, los miembros conspicuos de las familias aristocráticas que en aquel momento, bajo el imperio del dolor, marchaban juntos, olvidados de sus odios canibalescos. Tomó por la calle de la Alameda del Calvario hacia el poniente para llegar a la iglesia de la Compañía de Jesús, donde debían verificarse las exequias, lugar escogido por ser este templo el que, dadas sus proporciones, admitía mayor concurrencia. La ceremonia fué sencilla; se preparaba para nueve días más tarde el merecido homenaje. Un padre jesuita pronunció una breve apología y el cortejo se dispuso a ponerse en marcha.

En aquel momento vino a turbar la majestad del luctuoso cuadro, un incidente desagradable e impropio de la ocasión, si bien explicable por los móviles que lo originaron. Surgió la disputa, que no otra cosa fué, con motivo del lugar en que debían descansar los restos del venerable Hermano. El Presidente de la Audiencia, el mitrado de la diócesis, el prior del convento de San Francisco, se empeñaron en que se le diera sepultura en el panteón destinado a los religiosos franciscanos, como un merecido honor a tan preclaro varón. Los hermanos de la tercera Orden, sustentaban que su enterramiento debía efectuarse en la capilla destinada a los miembros de la Hermandad y apoyaban su

exigencia en la voluntad expresada concretamente por el finado en la cláusula segunda de su testamento.

Por ambas partes era igual la firmeza con que sostenían su demanda. Se alteraron las voces, abundaron los ademanes descompuestos y, a no ser la solemnidad del momento, lo sagrado del lugar en que pasaba la escena y el respeto que inspiraban, allí presentes, las primeras autoridades de la ciudad en lo civil y religioso, acaso la agria contienda hubiera tenido mayores y graves consecuencias.

Un sacerdote sabio y prudente, apelando a los mismos principios predicados por el Hermano Pedro, de sumisión y humildad y poniendo de relieve que era de toda justicia tributar los más altos honores en muerte, a quien todos los había renunciado en vida; que era preciso exaltar al humilde en la tierra, como ya lo habría exaltado Dios en el cielo, logró apaciguar los ánimos y convencer a los hermanos terciarios, de que debía encontrar reposo el venerable en el panteón franciscano, con lo que se rendía el debido tributo al occiso. Y así se verificó en medio de un ambiente de indescriptible pesar. (1).

Trancurridos nueve días después del dichoso tránsito del siervo de Dios, de acuerdo con los rituales de la iglesia católica, se celebraron nuevos servicios religiosos en la iglesia de San Francisco. Sólo en aquellas solemnidades consagradas a honrar la memoria de algún monarca muerto, se había visto pompa semejante a la que se desplegó en aquella ocasión. Un catafalco de grandes proporciones se alzaba en medio de centenares de cirios; los paños magníficos ostentaban las

iniciales del venerable; los prelados de más categoría, las hermandades, las comunidades religiosas, las cofradías, rodeaban el túmulo. El obispo de pontifical, el alto clero, las autoridades civiles, cuanto de noble y grande había en la ciudad, estaban presentes. El órgano vibraba con sus mejores notas y los cantantes, lo mismo que las monjas, derramaban desde el coro el raudal de sus voces bajo la amplia bóveda de la iglesia que les daba, por sus secretos de acústica, extraña y majestuosa resonancia. La multitud se apiñaba, forcejeaba por hacerse lugar bajo las naves, y en la calle miles de miles, pugnaban por entrar y protestaban por no hallar acomodamiento. Era la hora de la apoteosis.

Subió al púlpito fray Alonso Vázquez, lector de Sagrada Teología en el convento de San Francisco, celebrado por su elocuencia y su virtud. Bajo las alas blancas del divino paráclito comenzó su oración. Su palabra, blanda y suave al principio, como el clima y las brisas de las Canarias, donde se meció la cuna de Pedro, fué creciendo a medida que abrevaba en la fuente de sus virtudes. Reflejó sus luchas con la carne y con los hombres, venciendo siempre con el arma de la fé y del amor; expuso su caridad febril y su tenacidad sólo comparables a su altruismo y a su esperanza en el triunfo del bien; lo pintó grande, siendo pequeño; fuerte, siendo débil; complicado, siendo sencillo. Lo dejó en toda su plenitud tal como era, diáfano, puro, soñador, práctico, infatigable y vencedor. La palabra del sacerdote era el canto de una vida heroica de sacrificio, de tolerancia y de piedad. Himno entonado a

un corazón como el de Jesús, abierto para todos los que quisieran entrar en el reino de la fraternidad.

La magnitud de aquel acto, no tenía recuerdo en la colonial metrópoli. Los reyes habían tenido homenajes, pero no habían inspirado pesar. Aquellos cirios que lagrimeaban eran simbólicos; aquellos cantos eran simbólicos también. Se lloraba porque se sentía y se cantaba porque se admiraba. Aquel lujo, aquella suntuosidad, aquel arrebató, eran la consagración conquistada por el amigo de los indios y de los esclavos, por el que besaba las llagas y conducía sobre sus hombros los deshechos de la miseria, para prodigarles el bálsamo y el consuelo, en su recinto hospitalario.

NOTAS DEL CAPITULO XXIX

(1) En este Panteón descansó, por algunos años, hasta el de 1686, en que, viendo cómo la memoria del Siervo de Dios se hacía harto célebre; a solicitud del Comisario de la citada Orden Tercera, se trató de trasladar los restos venerandos a sitio más adecuado, en un nicho de la capilla de San Antonio. Allí permaneció hasta 1705 en que hubo de pasarse a otro sepulcro mejor dispuesto, cerrado con tres llaves.

El año de 1741, los Jueces Delegados por la Silla Apostólica, para la continuación del proceso sobre la vida, virtudes y milagros de Pedro de Bethencourt, hicieron visita a la capilla del sepulcro, y en sesión que celebraron el 11 de septiembre, para concluir las diligencias de aquel acto, se recibieron dos peticiones del R. P. Guardián y Discretos del Convento de San Francisco y de la Orden Tercera, en que pretendían se les mantuviese en la posesión que disfrutaban de los antiguas llaves del sepulcro. Más los Jueces determinaron, que en atención a haber cesado el motivo porque los R.R. P.P. Guardianes de dicho Convento y Colegio de Cristo las tenían, que era por hallarse en él los cuerpos de varios religiosos que habían pasado ya a otra sepultura, las tres llaves de la sagrada capilla se asignasen al Ilustrísimo Señor Obispo, al V. Señor Deán y Cabildo y a la V. Orden Tercera; las tres llaves del ataúd en que están los huesos del Siervo de Dios, dos al Ilustrísimo Señor Obispo y la otra al Convento de Bethlem. Posteriormente, el año de 1816, advirtiéndolo el Ilustrísimo Doctor y Maestro Don Fr. Ramón Casaus, que desde la ruina que padeció la antigua ciudad, el año 1773, se hallaba desierta la iglesia de San Francisco, y por consiguiente, las reliquias del Venerable Pedro de San José, expuestas a que se las robaran o a que la humedad las destruyese, determinó, conviniendo las partes interesadas, en que se trasladasen a la Capilla de la Tercera Orden de la Antigua Guatemala, que actualmente sirve de iglesia y donde el Hermano Pedro fué sepultado. Al efecto, mandó se edificara un pequeño panteón para conservar las venerandas reliquias.

Antonio Batres Jáuregui. — "La América Central ante la Historia." Tomo II.

XXX

CONSOLIDACION Y DIFUSION DE LA ORDEN BETHLEMITICA

Fray Rodrigo de la Cruz, era, por el temple de su alma, por su resolución firme, por su virtud a prueba de tentaciones y de humanas flaquezas, capaz de pilotear la nave, producto de un arsenal de emergencias, que en sus manos pusiera Pedro de San José Bethencourt. A él correspondía trocirla con enérgica acción, en barco seguro y velero, capaz de arribar, venciendo escollos y tormentas, al puerto terminal de su destino.

Comenzó Fray Rodrigo de la Cruz, apenas desaparecido el fundador, por redactar, de acuerdo con los principios del maestro, las bases orgánicas de la institución. Una vez terminadas, fueron sometidas al obispo diocesano fray Payo Enríquez de Rivera, quién otorgó inmediatamente su venia al referido instrumento. No así el padre Guardián de San Francisco, que alegó que los hermanos bethlemitas llevaban el hábito terciario y por ello debían someterse a las reglas de la referida Orden que, entre otras cosas, no admitía la vida en comunidad. A fin de subsanar esta diferencia, se pensó en crear un nuevo hábito para uso exclusivo

de los bethlemitas, lo que al efecto se hizo. Con tal reforma y su regla particular, de hecho, la nueva Orden quedaba separada del tronco franciscano. (1)

Las constantes y activas gestiones del padre Manuel Lobo de la Compañía de Jesús, que tanto reverenció al Hermano Pedro en vida y lo consagró con su docta pluma después de la muerte, dieron por resultado que la Real Audiencia de Guatemala fallara en favor de los bethlemitas en otra dificultad que les fué puesta por el Guardián de San Francisco. Debido a esta determinación, se permitió a los referidos hermanos, con fecha 25 de enero de 1668, la facultad de hacer votos simples. La iniciación de este acto dió margen a una importante ceremonia que tuvo lugar en la iglesia de la Catedral con asistencia del obispo y del Capitán General del Reino. Cumplido este requisito a 2 de febrero del mismo año, quedó elegido Prefecto de la institución el Hermano fray Rodrigo de la Cruz.

Tal designación había sido, no sólo ferviente deseo de Pedro de San José Bethencourt, sino algo como un pálpito secreto que adquirió la magnitud de una milagrosa adivinación. Mucho antes de verificarse los sucesos referidos en anteriores capítulos y que originaron la conversión de Don Rodrigo de Arias Maldonado, el vidente terciario estaba convencido de que contaría con él en su institución y así, proféticamente, lo hizo saber en cuatro distintas oportunidades.

Con motivo de la muerte del Hermano Rodrigo de Tobar, uno de los primeros prosélitos de Bethencourt y elemento valiosísimo del nuevo instituto, contestó el fundador a una persona que le daba el pésame por tan

sensible pérdida: “¿Piensa acaso, Hermano, que por eso se ha de atrasar la obra de Belén? El Altísimo llamó para sí al Hermano Rodrigo; más ya tiene preparado otro Rodrigo que ha de ser columna de Belén”. Arias Maldonado, en ese momento, se hallaba en Costa Rica y ni siquiera se sospechaba su próximo viaje a Guatemala. Poco tiempo después, conversando con María de Céspedes sobre el mismo tema de la defunción del Hermano Tobar, repuso el terciario como a impulso de súbita inspiración: “Hermana, un caballero viene en quién tengo fundadas mis esperanzas”. El futuro Marqués de Talamanca, acababa de embarcarse, para la capital del reino, de Goathemala. Recién llegado estaba en la ciudad el ex gobernador de Costa Rica, cuando el Hermano Pedro acertó a verle venir con rumbo al palacio de la Capitanía. Fijó atentamente en él sus ojos y dijo a la persona que le acompañaba: “¿Ves a aquel hombre que allí viene? Es cabalmente hecho a la medida de mis intenciones”. Y finalmente cierto día en que Don Rodrigo, seguido de selecto y numeroso séquito pasó frente al Hospital de Bethlem, exclamó el Venerable: “¿Ven al Gobernador con aquella pompa vana y magestad suntuosa que vá? Pues él es el que tiene Dios preparado para mi sucesor y el que ha de fundar en este hospital pobre una Religión. (2)

Fray Antonio de la Cruz fué enviado a Madrid con una copia de los estatutos, a fin de obtener que fueran aprobados por el gobierno de la península y con encargo de pasar después a Roma, para obtener del Sumo Pontífice la consagración canónica de las referidas reglas. (3) Obtuvo el bethlemita lo primero, pero no

obstante su inteligencia, su actividad y su tesón no pudo conseguir lo segundo, si bien lo dejó perfectamente encaminado. Fué necesario que el mismo fray Rodrigo de la Cruz pasara a la capital del mundo católico para que el asunto quedase definitivamente resuelto. El Prefecto de los bethlemitas sostuvo en 26 de marzo de 1687, una conferencia con el Papa Inocencio XI, obteniendo en tal ocasión promesa formal del Pontífice respecto a su demanda. Sobre esta interesante entrevista hay un bello recuerdo de inspirado pincel. Aparece en el lienzo el Marqués de Talamanca, ya Jefe de su congregación, arrodillado ante el Papa, poniendo en sus manos los estatutos de la Orden Bethlemítica. No fué sin embargo sino hasta el 2 de mayo de 1672 que Clemente X aprobó y confirmó solemnemente el nuevo Instituto y sus constituciones. (4)

Por lo que hace a la propagación de la Orden, ésta tuvo lugar rápidamente, con gran extensión y mucho beneficio en toda la América. Don Pedro Antonio Fernández de Castro, X Conde Lemos, siendo Virrey del Perú, escribió a fray Rodrigo de la Cruz, requiriéndole para que pasaran algunos bethlemitas al virreynato de su mando y fundaran algunos hospitales. El Prefecto de la Orden recibió con gran contentamiento aquel reclamo y en compañía de cuatro de sus compañeros se trasladó a Lima, a donde llegó el 5 de junio de 1671. Desde luego se puso a su orden un buen edificio que, dedicado a los convalecientes, había hecho construir un generoso peninsular, llamándose Don Juan Cordero, quién murió sin haber visto coronada su obra, la que terminó otro personaje no menos piadoso, de nombre

Don Antonio de Avila. Aquí dieron comienzo a su labor los bethlemitas, ayudados eficazmente por el virrey y su esposa Doña Ana de Borja, que en ausencia de su marido por algún tiempo ejerció el gobierno, dando en la Historia de América el caso único de una Virreina. No tardaron en prestar sus servicios en hospitales que se fueron erigiendo en el Cuzco, en Piura, en Payta, en Trujillo, en Potosí y en otras varias ciudades del Virreynato, alcanzando en breve tiempo al número considerable de veintidós esos importantes establecimientos.

Habiendo pasado fray Don Payo Enríquez de Rivera a México, una vez que cesaron sus funciones episcopales en Guatemala, se le nombró obispo de Michoacán, y, poco tiempo después fué exaltado a la categoría de arzobispo de México. Presente estaba en el ánimo del prelado el recuerdo del hermano Pedro. Nadie mejor que él tuvo oportunidad de admirar de cerca el tesoro de sus virtudes y por lo mismo capaz de apreciar los frutos que debían venir de aquel árbol de bien. Llamó a Fray Rodrigo de la Cruz e hizo que se fundara un hospital de convalecientes en la capital. Muy pronto los hubo también en Oaxaca, Puebla, Guajuato y otras poblaciones de importancia, alcanzando, en breve a once el número de tan beneficiosos planteles. En el primero que se organizara, en un año fueron piadosamente asistidos cuatro mil indios. Este exuberante florecimiento de las mansiones hospitalarias destinadas a convalecientes, se dejó sentir en otras muchas partes de las Indias. En el Ecuador se fundaron hospitales servidos por Bethlemitas, en Quito,

en Cuenca, en Ambato y en otros lugares de importancia.

Toda esta labor la llevó a término personalmente fray Rodrigo de la Cruz. Innúmeros y penosos viajes tuvo que hacer para conseguir tan feliz resultado. En esa existencia de constante odisea, que hace recordar al apóstol Pablo, puso de manifiesto la fuerza moral que le inspiraba el fundador y la fuerza física, energía y constancia de que diera testimonio cuando, valeroso capitán, sometiera a las armas del Rey las aguerridas huestes de Talamanca y ofreciera tantas otras pruebas de su coraje y espíritu de conquista. Sin que amenguaran un solo momento tan relevantes prendas, animoso y resuelto, venciendo grandes obstáculos y resistencias, se rindió a la última jornada en la ciudad de México el 26 de septiembre de 1716, cuando acababa de cumplir 79 años de su activa y preciosa existencia. (5)

NOTAS DEL CAPITULO XXX

(1) El nuevo hábito consistía en un sayal de paño buriel o pardo, que llegaba hasta las rodillas, con mangas ajustadas al brazo y botones de la misma tela. Sobre el pecho ostentaban una cruz azul, que más tarde fué substituída por un escudo que representaba la natividad de Cristo. Llevaban ceñidor de correa y sandalias. Una capa larga se extendía hasta la garganta del pié de la cual pendía sobre la espalda un capuz o capucho.

(2) Todos los biógrafos del Hermano Pedro hacen referencia a estas verdaderas profecías, insistiendo particularmente en ello Fray Giuseppe della Madre di Dio que las comenta en términos muy laudatorios.

(3) "Sirviendo de padrino a un huerfanito en las fuentes bautismales; al verle el párroco con aquella criatura en los brazos, díjole en son de chanza que le parecía muy donoso. *"Callad, contestó Pedro, que éste ha de ser un buen sacerdote."*—Pbro. Vicente García y A. — "Vida del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt." — El niño de referencia fué nada menos que fray Antonio de la Cruz, el que obtuvo la autorización Real para la organización de la Orden y que fué a recabar del Pontífice su consagración, después de la muerte del Hermano Pedro.

(4) "Dos años más tarde, el mismo pontífice, mediante un Breve, fechado a 3 de noviembre de 1674, aprobaba de nuevo las Constituciones con la adición de ciertos puntos que se habían juzgado necesarios y por medio de otros dos Breves de 1 y 5 de diciembre del mismo año, respectivamente, daba a los Betlemitas un Cardenal protector que lo fué Monseñor Portacarrero, y el privilegio de celebrar todas las fiestas aprobadas por la Iglesia y de hacer los oficios de la Semana Santa. Inocencio XI, erigió la Compañía en Congregación bajo la regla de San Agustín, enriqueciéndola con muchos privilegios y librándola de toda otra dependencia, colocóla bajo la inmediata sujeción de la Santa Sede Apostólica".

(5) "Cuando emitióse la Real Cédula, en 1717, tratando de *tirano* a Fray Rodrigo, que era un gran filántropo, ya había muerto. Lo que hubo fué que el célebre religioso modificó las reglas de la Orden, y no faltaron enemigos suyos que le presentaran con siniestros colores ante la Corte."

Antonio Batres Jáuregui.—"La América ante la Historia.—Tomo II.

LOS BETHLEMITAS EN LA ARGENTINA

Relativamente tarde vinieron a establecerse los bethlemitas en el virreynato del Río de la Plata. Sus hospitales hacía tiempo que funcionaban con excelentes resultados en México, Guatemala, Cuba, Colombia, el Ecuador y el Perú, cuando arribaron en 1748 a Buenos Aires. Habían transcurrido 81 años desde la muerte del fundador Pedro de San José Bethencourt; 76 desde que el Pontífice Clemente X elevó la hermandad a la categoría de orden monástica, y 32 después que dejó de existir su primer Prefecto el Hermano fray Rodrigo de la Cruz, en la capital de la Nueva España. (1)

La orden bethlemítica esparcida por toda la América, la noticia de los eficaces servicios que prestaba en las poblaciones en que se establecía y la situación difícil por que atravesaba la organización hospitalaria bonaerense, dieron origen a que se pidiera el concurso de los bethlemitas. Tres interesantes cartas dirigidas al Dean y Cabildo de la Catedral de Buenos Aires, nos informan al respecto. La primera, firmada en Lima el 15 de abril de 1747 por fray José de Santa Cruz, manifiesta que, de acuerdo con la autorización real

que les ha sido concedida, varios miembros de la congregación se trasladarían a Buenos Aires, para hacerse cargo de la administración del Hospital San Martín, pero que debían postergar el viaje, debido al recargo de trabajo, como consecuencia de un terremoto que se produjo en Lima el 28 de Octubre de 1746.

En efecto, entre las grandes calamidades que pesaron sobre el virreynato del Perú en el siglo XVIII, no fué la menor, los trastornos sísmicos a que se refiere la carta anterior. En casi todo el país se dejaron sentir violentas convulsiones terráqueas, siendo las más fuertes y que causaron mayores perjuicios y numerosas víctimas, las dos casi simultáneas que experimentó Lima, en la noche del día precitado. La actitud de los bethlemitas en esa hora de amarga prueba puso de manifiesto la oportunidad y eficacia de esa institución.

La segunda carta lleva la misma firma que la anterior y está fechada en Lima el 28 de noviembre de 1747. Dice el firmante, que después de 20 años de tramitaciones ha podido realizar su deseo de mandar a Buenos Aires miembros de la Congregación y agrega que los religiosos ya emprendieron viaje.

La tercera carta está fechada en Mendoza el 15 de marzo de 1748 y en ella el firmante fray Agustín de San Joseph, anuncia su llegada a dicha ciudad y se pone a las órdenes de la autoridad con los demás religiosos.

Haciendo efectivo lo dispuesto por una real cédula, Don José de Andonaegui, en 20 de diciembre de 1748, comisionó a Don Nicolás Elordy, a cuyo cargo corría el hospital San Martín, para que procediera a inventa-

riar su existencia a fin de entregarlo a los bethlemitas. Este hospital, por su carácter histórico y los beneficios que rindió, no obstante las dificultades que se vió precisado a afrontar en diversas oportunidades, merece que aunque muy someramente se le dediquen algunas palabras.

El mismo conquistador, Don Juan de Garay, a raíz de la fundación de Buenos Aires, fué el primero que concibió la idea de erigir un hospital y ermita bajo el patronato de San Martín. No se pudo, sin embargo, hacer cristalizar el propósito, que hasta el año de 1611 se vió trocado en realidad. Establecióse en ese tiempo el primer nosocomio que tuvo el país, con muy pobre instalación, cerca del lugar que ocupaba la iglesia de la Residencia, hace tiempo desaparecida. Se nombró Mayordomo del referido establecimiento al lugarteniente capitán Manuel de Frías Martel.

Pocas noticias hay respecto a los primeros años del hospital y a las distintas disposiciones que se dictaron en beneficio de la institución. No fué sino en 2 de enero de 1620, que vemos al Cabildo adoptando importantes medidas para subsanar las grandes deficiencias del establecimiento y procurarle algunos fondos que hicieran menos difícil su precaria existencia. Se nombró, por sus conocidos méritos y capacidades, mayordomo al Señor Juan Andrés de León, sustituyendo al capitán Frías Martel. Al tomar posesión de su cargo, prestó juramento ante Dios de que desempeñaría sus funciones con diligencia y cuidado, velando asiduamente por la suerte de los enfermos.

Tales disposiciones no fueron sino un pasajero alivio. La situación del hospital reclamaba una reforma completa, tanto en lo tocante a servicios ordinarios, como en lo administrativo. El problema económico, muy grave por cierto, no era, sin embargo, el único que reclamaba inmediata atención. El número de pacientes que ingresaban al hospital, iba en considerable aumento día por día y la asistencia médica no era solamente escasa, sino que casi faltaba en absoluto. Ese mal que se hacía sentir en aquella casa de caridad, afectaba igualmente a toda la población, sin excluir, en cierto sentido, a las clases altas y de holgado acomodo.

Pone de manifiesto este vacío, la alarma que causó en el vecindario la noticia de que el maestro barbero Andrés Navarro, que se hacía llamar Doctor y ejercía especialmente la cirugía, se preparaba a dejar la ciudad. Fueron necesarias súplicas y ruegos para que desistiera de su intento y por último la intervención de la autoridad. (2) Felizmente llegó por ese tiempo Don Manuel Alvarez, que había sido contratado con anterioridad por el Cabildo, primer médico y cirujano de que se tiene noticia. Se estableció en Buenos Aires hacia el año de 1605.

Tan lamentable estado de cosas, sufrió un cambio beneficioso para el hospital San Martín, el año de 1636, gracias a haberse aceptado la propuesta de los padres de San Juan de Dios para hacerse cargo del establecimiento. La sola noticia de este nuevo régimen del nosocomio, mereció el aplauso general y sus beneficios no tardaron en hacerse sentir. Se vendió un solar que

poseía la institución en sitio no despreciable y se iniciaron las edificaciones que debían sustituir al casi rústico alojamiento de los asilados.

Cuando en 1748 los Bethlemitas se hicieron cargo del Hospital San Martín, éste se hallaba nuevamente en decadencia y a esa situación difícil por que atravesaba, se debió el que se solicitase el servicio eficaz y bien comprobado de la orden que fundara el Hermano Pedro en la ciudad de Santiago de los Caballeros de Goathemala.

A su arribo a Buenos Aires fueron recibidos los hermanos que venían de Lima, por Don Domingo Basavilbaso, vecino de la ciudad, que según un escritor que se ha ocupado de la Orden, los condujo desde Potosí a esta capital, pero de acuerdo con las cartas transcritas, debió hacerlos venir de Mendoza, a donde sin duda llegaron por el Pacífico, habiéndose embarcado del Callao a Valparaíso, viaje aconsejado por la facilidad y la lógica.

La acción de los bethlemitas fué de incalculables bienes para la ciudad de Buenos Aires. No sólo construyeron un verdadero hospital, bastante bien servido, sino que, en forma admirable, cumplieron su misión benefactora. Recordando las prácticas del fundador, uno de los hermanos, vibrando su campanilla, circulaba en las noches por las calles de la ciudad, pidiendo sufragios para las almas benditas del purgatorio y conversión de las que se hallaban en pecado mortal. No se sabe si, como el iniciador de la Orden, buscaba también enfermos, aunque nunca con la piedad y filantropía del *gran maestro*.

Como en el terremoto de Lima de 1647 y en otras ocasiones igualmente graves en distintos países de América, los bethlemitas prestaron importantes servicios durante la segunda invasión inglesa. Demostraron ampliamente, en esa emergencia, su espíritu de caridad, sin cuidarse de credos ni de razas. En testimonio de agradecimiento, el Coronel Prack, les obsequió en nombre del regimiento 71, un hermoso reloj con una leyenda en latín, que traducida reza: (3)

“El regimiento británico N° 71, a una voz, tributa y dedica este reloj, pequeño testimonio de gratitud, a los virtuosos padres barbones de Buenos Aires, como feliz recuerdo por los muchos y grandes beneficios e inmensa caridad que ejercieron en la asistencia de heridos pertenecientes al dicho cuerpo.”

Abril 2 de 1809.

Federico Pack,
Teniente Coronel.

A este regimiento lo prestigiaban connotados antecedentes. “Había brillado en la India y en Europa. En San Juan de Arce había constituido el sólido núcleo de la defensa contra el famoso ejército de Egipto que mandaba Bonaparte; y acababa de hacer una campaña gloriosa en Sicilia antes de venir a Buenos Aires”. (4) Estas circunstancias especiales dan a la heroica jornada de la reconquista, épicas proporciones.

A este respecto dice el Doctor Eliseo Cantón, refiriéndose al hospital San Martín: “Cuando las invasiones inglesas existía aún, completamente transformado,

en su edificación y amplitud, por los Padres de la Orden de los bethlemitas, quienes, al igual de aquéllos (se refiere a los padres de San Juan de Dios) eran también médicos y enfermeros, que prestaron antes, en y después de aquellas invasiones, utilísimos servicios". (5)

Conducta tan loable en lo que a la caridad se refiere, ofreció otro aspecto que no exalta menos el espíritu que inspiraba a los bethlemistas en la filantrópica obra que realizaban. No obstante la manera cómo procedieron con los heridos ingleses, fué esta Orden la única que no suscribió "la presentación elevada al general Beresford por las comunidades religiosas, a iniciativa del convento de Santo Domingo, estableciendo que el cambio de Gobierno muchas veces ha sido el primer pie para la gloria de los pueblos, y que la suavidad del Gobierno inglés los consolaría del que acababan de perder." (6)

Desgraciadamente, a principios del pasado siglo, un miembro intrigante de la congregación, que fungía como prior del convento de "La Resistencia", fray José de las Animas, vino a ser fatal para aquel venerable instituto. No era, como se ha dicho en diversas publicaciones, el Presidente de la Orden. Su primer firma en el libro conventual, aparece en 1797, sin cargo especial alguno. Más tarde, en 1804, fué elegido cuarto discreto, siendo general fray Vicente de San Nicolás. Ascendió al puesto de primer discreto en 1809 y no llegó, que se sepa, a alcanzar mayor categoría. (7) No contento el impetuoso hermano con separarse de las normas establecidas en la regla de la institución,

entrometiéndose en la política activa, optó por la causa realista, todo lo contrario de lo que habían hecho los bethlemitas en el resto de la América. Tal conducta le acarrió al benemérito organismo de que formaba parte, la mala voluntad de los criollos y particularmente de los patriotas. (8)

Fray José de las Animas era el segundo jefe de la conspiración de Alzaga el año de 1812. "Antes de entrar en la Orden, este padre, según se decía, había sido un bravo oficial, inculto pero muy inteligente, que se había distinguido en la campaña del Rosellón. Herido allí, se aficionó al servicio del hospital en que había sido asistido, y terminó por afiliarse en la Orden después de haber tomado una enseñanza preliminar en los trabajos de cirugía y curación de los casos urgentes. Era un hombre taciturno: algo así como entre cirujano, fraile y soldado; que a la tranquilidad manual de los primeros para operar a los sangrientos, unía el misticismo apasionado de los segundos, con la fiera torva e inclemente de los terceros. De un temple fuerte y de un patriotismo español a toda prueba, entró de lleno en los proyectos de Alzaga; y muy de pronto se hizo el eje de toda la conjuración por la actividad, la destreza y la eficacia enérgica e incansable, con que había llevado adelante el peso de los trabajos, y resuelto todas las dificultades de detalle que hasta entonces se habían presentado. Tenía el cuartel general de sus maniobras en la Convalecencia, caserío dependiente del Hospital, y que, colocado bajo sus órdenes en un lugar lejano y solitario de los suburbios

a la parte sudoeste, se prestaba admirablemente bien al sigilo de la empresa que tenía entre manos". (9)

Descubierta por el gobierno la conspiración, la primera medida que se imponía, era capturar al jefe principal Don Martín de Alzaga. "Don Fernando Gómez, joven dependiente de Alzaga, antes de ser ejecutado, declaró que su patrón y un Padre Bethlemita llamado fray José de las Animas, habían conversado delante de él sobre un desembarco de la gente de la escuadrilla y del general Vigodet con tropas en Montevideo y auxilios portugueses para atacar y apoderarse de la ciudad al estallar la conspiración. Con estas referencias se mandó registrar la Convalecencia, que estaba al cargo del Padre fray José de las Animas; allí fué sorprendido y preso Don Francisco Antonio Valdeparres, un tinterillo en cuyo poder se hallaron proclamas, manifiestos y decretos de su propia letra, que bastaron para que fuese ejecutado en el acto. Fray José de las Animas había desaparecido; pero muy luego se supo que había tomado hacia la campaña y fué aprehendido en el Caserío de Caseros. Conducido a la ciudad, se le hizo cargo de lo que pesaba contra él. Lo negó todo, y lo único que confesó, fué que en efecto era él quien había sacado a Don Martín de Alzaga del Hospicio, donde éste no se creía seguro; que de allí lo había llevado a lo de Doña Petrona González, cuya casa designó; pero que este servicio hecho a un personaje desgraciado no probaba complicidad ninguna en la conjuración contra el gobierno. Mas como esa complicidad resultaba bien probada, fray José de las Animas fué sentenciado. (9) El Tribunal que se designó para juz-

gar al inquieto fraile, lo integraron cuatro hombres de alta figuración, reconocida firmeza de carácter y arresto patriótico. Eran Monteagudo, Chiclana, Vieytes e Irigoyen. "Y siendo (dice la diligencia) las diez de la mañana, fué ejecutada la sentencia en la persona del padre fray José de las Animas en la plaza de la Victoria, y suspendido en la horca su cadáver en la forma ordinaria. De que doy fe: Cortes". (10)

Si en el orden político puede señalarse falla de tanta magnitud como la expuesta, en lo que se refiere a la organización económica, el alejamiento de los principios básicos de la institución no era menos censurable en los bethlemitas de Buenos Aires. El voto de pobreza, lo que acaso preocupó más hondamente al fundador, había sufrido completo quebranto. En lo individual subsistía, hasta cierto grado, pero en lo colectivo había desaparecido. Los bethlemitas poseían propiedades valiosas. Las Fontezuelas era una magnífica estancia de su propiedad, con diez leguas de circunferencia, situada en el partido de Arrecifes. Al Sur de la provincia eran dueños de vastas extensiones de tierra, comprendidas bajo la denominación de la Laguna de Juancho. Esto sin contar otros bienes, no mezquinos, que aparecen en el inventario practicado al desaparecer la institución.

Cuando se recapacita sobre estas irregularidades, se comprende que era llegada la hora de que la Orden desapareciera, como en efecto se extinguió, por lo menos en lo que se relaciona con la congregación masculina, en 1820. (11) Había realizado su misión. Los hermosos sueños que acariciara el Hermano Pedro,

trocados en realidad palpitante, habían convertido en hechos los ideales sublimes que inspiraran al modesto hijo de las Canarias, al humilde tercero de Guatemala, al amigo de los pobres, al que se consumió, ardiendo en caridad, por aliviar los dolores de sus semejantes. Su obra estaba consumada.

NOTAS DEL CAPITULO XXXI

(1) En la recolección de datos para este capítulo, he sido eficazmente ayudado por el Señor Don León Bugnot, Cónsul de Guatemala, quien con el interés que se toma por todo lo que, directa o indirectamente, atañe al país que dignamente representa, me ofreció gustoso su colaboración. Hago público mi agradecimiento.

(2) Un acuerdo del Cabildo concerniente a esta cuestión, expresa que "Se acordó que mediante a no haber más barbero que Andrés Navarro, cirujano, que es casado, éste está por embarcar y conviene el que se obligue a quedar, se suplica al Señor Gobernador que lo dexé y para ello le dieron poder al Procurador General."

(3) Este memorable objeto, se encuentra en el Museo Histórico Nacional.

(4) *Vicente Fidel López.* — "*Historia de la República Argentina*".

(5) *Doctor Eliseo Cantón.* — "*Historia de la Medicina en el Río de la Plata, desde el descubrimiento hasta nuestros días.*" — Tomo I.

(6) *Meyer Arana.* — "*La Caridad en Buenos Aires.*" — Tomo I.

(7) El mismo autor y la misma obra.

(8) La más importante de las conspiraciones que precedieron a la independencia de la América Central se fraguó en el Convento de Belén, en la ciudad de Guatemala, el año de 1813 y fué el alma de ese movimiento fray Juan de la Concepción Valdés, bethlemita y prior del referido monasterio. Refiriéndose a la actitud de estos frailes en lo que atañe a la emancipación centra-americana, dice el Pbro. Don Carlos Sánchez y Monroy: "¿Por qué y quién suprimió la Orden Bethlemita, especialmente Americana, cuya gloria pertenece a Guatemala? Suponemos que los celos de España, y no la Santa Sede, por malos informes y denuncias contra ella, obligaron al Gobierno Español a suprimirla en todos sus dominios. En el convento de Bethlemitas de Guatemala, la capital, se hicieron las primeras juntas secretas en que se trató de la independencia de Guatemala, que entonces comprendía las hoy cinco repúblicas de Centro América; éstas fueron promovidas, organizadas y presididas por aquellos religiosos, motivo poderoso para contarlos en el número de los próceres de la independencia. — *Pbro. Don Carlos Sánchez y Monroy.*" — "*Vida*

del Hermano Pedro Betancourt." — Entre los mismos bethlemitas que actuaron en la Argentina, los hubo insignes patriotas. Aparte de otros dignos de mención, puede citarse a fray Antonio de San Alberto, "que formó parte del ejército de los Andes en calidad de subteniente practicante, bajo las órdenes de San Martín, y Bolívar lo nombró su médico de cámara con rango de teniente coronel". — *Meyer Arana, "La Caridad en Buenos Aires"*. — Tomo I.

(9) *Vicente Fidel López.* — "*Historia de la República Argentina*".

(10) El mismo autor y la misma obra.

(11) El mismo autor y la misma obra.

APENDICE

EL PROCESO DE CANONIZACION

“Solamente después de cuarenta años se pensó en solicitar la Canonización del Siervo de Dios, Pedro de San José Bethencourt. Los cabildos eclesiásticos y municipales, de igual manera que todas las Comunidades religiosas y la Real Audiencia, enviaron cartas al Supremo Jerarca de la Iglesia instándole para que, con su autoridad, se dignase iniciar los procesos para la beatificación del Siervo de Dios, cuya veneración unida a la fama de sus virtudes, día por día se dilataba por manera maravillosa, no sólo en el Nuevo Mundo, sino hasta en la misma Europa.

“Los religiosos Bethlemitas no se decidieron, por su parte, sino el año de 1698 y después de maduras deliberaciones, a hacer las diligencias para la introducción de las causas de Beatificación de su amadísimo y venerado fundador. De común acuerdo nombraron un apoderado a cuyo cargo estuvo el asunto. Fué éste el Síndico General de la Ciudad, Alférez Zeledón de Varrraondo, quién desde luego se dirigió al Señor Obispo Fray Andrés de Navas y Quevedo, rogándole nombrase una Comisión Diocesana, que por autoridad ordinaria hiciese la información acerca de la vida y vir-

tudes del Siervo de Dios. Gustoso accedió a aquella solicitud el Ilmo. Prelado, nombrando para integrar dicha comisión al Bachiller don Pedro López Ramales, Dignidad de su Catedral, como juez en la formación del Proceso y a los Presbíteros Carlos Conrado y José Suncín, como relatores.

“Debidamente terminados estos informes, fueron remitidos a la Curia Romana, de la cual se impetró a la vez la dispensa de la ley, que prohíbe que se proceda en causa alguna, antes de transcurridos diez años desde la exhibición de los procesos diocesanos. La Sagrada Congregación de Ritos, en atención a que habían pasado ya cuarenta y dos años desde la muerte del Hermano Pedro, despachó favorablemente aquella súplica, con lo cual fué dado solicitar del Santo Padre Clemente XI, se dignase facultar para que en congregación ordinaria se propusiese el dubio sobre la introducción de esta causa y signatura de la comisión, que con autoridad apostólica debía hacer la información acerca de las virtudes del Siervo de Dios. Habiendo accedido benignamente el Sumo Pontífice, se presentó dicho dubio en la debida forma; mas, a su resolución favorable se opuso el Promotor Fiscal de la fé, Próspero Lambertini, alegando que no debía darse dicha resolución si antes no se presentaban los escritos del Siervo de Dios, consistentes en un cuaderno de apuntes y devociones, algunos versos y otros de que se hacía mención en las disposiciones diocesanas. En consecuencia de ello, decidió la Sagrada congregación, que primero se presentasen los referidos documentos.

“Después de la muerte del P. Manuel Lobo, Confesor del Siervo de Dios, aquellas piezas, junto con otros objetos relativos a la vida y hechos del Hermano Pedro, habían pasado a manos del R. P. Aspeizia de la Compañía de Jesús y por interposición del hermano Vicente Vásquez, religioso de la Orden Seráfica, quien los poseía a la sazón en que se gestionaba en Roma la introducción de la causa de Beatificación del Venerable Hermano. Todos los esfuerzos que los Hermanos Bethlemitas pusieron en juego para que les fuesen entregados dichos papeles, quedaron sin efecto, hasta que la Curia Romana expidió un decreto con censura para que dichos documentos fuesen entregados por quienquiera que los poseyese. Una vez obtenidos, fueron enviados a Roma para su examen, y en abril de 1729 la Sagrada Congregación de Ritos publicó la resolución, según la cual se podía proseguir adelante; en consecuencia, a fines de julio del mismo año, se hicieron nuevas y muy vivas instancias a fin de obtener el tan deseado decreto de introducción de la causa. El 30 del mismo mes fué éste expedido por la dicha Sagrada Congregación y firmado por la Santidad de Benedicto XIII el 6 de agosto siguiente. Dos años más tarde, emanaba de la misma Congregación el decreto favorable respecto a la sentencia del Ordinario acerca del “non cultu” y el 31 de enero de 1739 el de la fama de santidad in genere del Siervo de Dios; con autorización de proceder con facultad apostólica a la aprobación de la heroicidad de las virtudes del Venerable Hermano. La causa siguió su curso hasta el año 1770, en que fueron en Congregación Antipreparatoria exa-

minadas cuidadosa y diligentemente las virtudes de nuestro Venerable; luego el 9 de julio de 1771, en la Congregación General celebrada ante la Santidad de Clemente XIV, por común sentir de los Eminentísimos Cardenales y demás que debían dar su voto en la materia, fueron estimados por ilustres, perfectas y en todos términos consumadas; más, el Sumo Pontífice, a fin de alcanzar con rendidas súplicas, luces más abundantes de lo Alto, defirió declarar su mente sobre el particular hasta el día del Apóstol Santiago, 25 del mismo mes, en que, implorando otra vez el divino auxilio, por el infalible oráculo de su voz, declaró formalmente que consta de las virtudes teologales y morales y sus añejas del Venerable Siervo de Dios, Fray Pedro de San José Betauncourt en grado heroico y mandó que se asentara y publicara el correspondiente decreto.”

Pbro. Vicente García y A. - Obra citada.

Personaje tan conspicuo en la iglesia, figura plena de santidad indiscutible, parece extraño que no haya merecido aún el honor de los altares. A este respecto oigamos lo que dicen un civil y un eclesiástico que se han ocupado de la cuestión:

“Recuerdo, con melancolía, una tarde del mes de diciembre de 1914. Encontrábame en Roma y traté de inquirir en qué estado se hallaba el proceso de canonización del Hermano Pedro. Era puro el ambiente, cariñoso el aire, nítido el horizonte, sin cromatismos

vividios. Parecía el cielo un inmenso dombo de raso azul, sereno y transparente, con lo vago del tiempo y lo infinito del olvido, sobre aquella tierra cansada de tanta grandeza; sobre la urbe de soberbias ruinas, históricas iglesias, miríficas artes bellas, hazañas homéricas, heroísmos sublimes y crímenes horrendos; sobre aquella tierra iluminada siempre por el reflector de la iglesia, que atraviesa la oscuridad de los siglos.

“En medio de tantos contrastes, un impulso retrospectivo, íntimo y silencioso, llevaba mi espíritu al lugar donde nació. Iba yo pensando en la tradicional reverencia que en mi familia ha habido por el santo de la Antigua, que dejara estela de admiración en las almas y vivo sentimiento de amor en los corazones, frente al odio y la codicia universales. Dirigíme al convento de los Trinitarios Descalzos, en busca del prelado, postulador de las causas que instruye la Congregación para las canonizaciones. Hube de atravesar una parte de las imperiales ruinas, que aprisionan pertinaces añoranzas y cuyo lenguaje conmovía el alma. Saturaban el viento, impregnado de quietud monacal, epitafios y elegías. Tenía delante de los ojos la evocación de las primeras edades del cristianismo. Escuchaba por ahí el himno dolorido de la plegaria sincera, que abatía sus alas invisibles sobre angustias olvidadas y tristezas muertas. Veía las sombras de los gladiadores clamando venganza. Como que el ambiente despedía vapores de sangre. Parecíame oír, entre la languidez del aire y de la luz, el lamento del mártir, en el eco de tiempos heroicos. Esa melancólica visión, condensándose en mística atmósfera, suscitaba en mi espíritu los

lejanos días del humilde misionero de mi patria ausente, y por ende más amada. Recordaba con nostalgia, intensamente sentida, que en la Escuela de Bethlem, en que aprendí a leer, había una efigie del Hermano Pedro. Entonces toda la vida del santo de Guatemala subió a mi memoria, con la solemnidad de un culto. Aquel pasado lejano prodújome cierta embriaguez de tristeza.

“Llegué al fin a la *Vía Quattro Fontane*, que así se llama, porque en los ángulos esquineros de la calle se contempla, en cada uno de ellos, una hermosa y antigua fuente, mandadas erigir las cuatro en el apogeo de Sixto V, con célebres estatuas, representando la Fidelidad, la Fuerza, el Arno y el Tiber. Allí está el Convento de *San Carlo, alle quattro Fontane*, construído muchísimos años hace, a estilo medioeval, con espesos muros de piedra amarillenta, puerta pesada, brocineo aldaón colgado del postigo, silencioso locutorio, galerías monótonas, y cenobitas de cabezas descubiertas, piés descalzos y fe ingenua. Hice llevar mi tarjeta de visita a *Fr. Antonio Giuseppe de la Madre di Dio, Trinitario Scalzo della Congregazione di Spagna*, Postulador de las causas de canonización. Era un religioso de cincuenta y cinco años, alto y delgado, pálido el rostro, de aspecto leal, vista penetrante, aseñorada figura y atrayentes maneras. — “Doble gusto tengo, me dijo, al recibir a Usted, no sólo por su rango de ministro, sino porque su apellido me recuerda mi pueblo vasco; supongo; señor *Jáuregui*, que sabe usted lo que, en mi lengua nativa significa ese vocablo, pues quiere decir *Palacio*”. — Mucho estimo y agradezco, le

respondí, tan benévola acogida; y después de una ligera conversación le hice conocer el principal objeto de mi visita. — Ah, exclamó, he admirado siempre la vida y dones del Venerable Hermano Pedro de San José Bethencourt, que por cierto son muy interesantes. Aún no se ha canonizado, porque falta un milagro *post mortem*, ya que en vida, están reconocidos los que hizo. — ¿Faltarán también dinero, observé yo, para la secuela del proceso? — No, en verdad, que también hay más de cien mil liras, que sobradamente alcanzan, hasta el punto de que la Sagrada Congregación, que tiene los depósitos, ha dispuesto en parte de ellos, para seguir las causas de otros bienaventurados. No hay duda, pensé para mí, que ese comunismo canónico, de aplicar los fondos de un venerable, para otro aspirante a los altares, coincide con el carácter desprendido, altruista por completo, del modesto bethlemita, que jamás pensó en bienes terrenales. — Poco cuidado ha habido en Guatemala, dijo el P. Giuseppe, para constatar el milagro que aún se ha menester, a fin de la canonización de Bethencourt. Su Eminencia el Cardenal Vives y Tuto, que había estado como capuchino muchos años en la Antigua Guatemala, tuvo especial empeño por sacar avante la declaratoria de Santidad del Venerable Siervo de Dios; pero murió, poco tiempo hace, el celoso purpurado, y el asunto quedó como antes estaba. Hoy mucho se afanan las bethlemitas por su patrono, y sin perjuicio de atender yo siempre la recomendación de usted, podía además hablar con ellas; ya que no debo de oficio, proceder en asuntos de esa clase; pero

sí creo que no ha de pasar largo tiempo sin que se preconice la santidad del Hermano Pedro.”

Antonio Batres Jáuregui. — “La América Central ante la Historia.” — Tomo II.

“Con este paso, (se refiere a la primera parte de este apéndice) quedó muy avanzada la causa de Beatificación del Venerable Betancourt y es muy de extrañar que habiendo, por otra parte, según se asegura, abundantes recursos para los gastos del proceso, haya pasado todavía cerca de centuria y media sin que le vemos elevado al honor de los altares, ni nos sea dado invocarle pública y solemnemente. ¿Qué falta para que el popular Hermano Pedro lleve el título de Beato y sea colocado en los altares? Lo único que falta son los milagros de primera clase debidamente comprobados y de los cuales se haga a la Santa Sede información canónica.”

Pbro. Vicente García y A. — “Vida del Venerable Siervo de Dios. Pedro de San José Betancourt.”

INDICE



Virt. Potente del Vir. Berro de Lina. Sr. D. Pedro de S. José Betancur, de la principal entre las Islas Canarias, Tenerife donde nació en el lugar de Villatoro, fundador del nuevo Orden Hospitalario de los Hermanitas en las Indias Occidentales para la asistencia, y servicio de los Enfermos, y Convalencientes pobres aunque sean infieles, o estén tocados de mal contagioso, y para otros obras pias, lleno de meritos murió en Guatemala a 25 de Abril de 1667, y a los 41 de su edad. Aprobó sus Virtudes en grado heroico el Año 1700. Pío IX. Clemente XIV. a 25 de Julio de 1771 se trató de su Beatificación.

GRABADO EN ACERO HECHO EN ROMA

Representa a un esclavo negro y a un indio que se abrazan a su benefactor llenos de gratitud.



PALACIO DEL REAL AYUNTAMIENTO
Magnífica edificación de los primeros días de la colonia.



TEMPLO DE LA CONCEPCION

La primera congregación religiosa de mujeres que se estableció en Guatemala fué la de la Concepción en el año 1578. El templo y monasterio eran magníficos.



Magnífica arcada del Palacio de los Capitanes Generales.



SAN AGUSTIN

Esta fachada se distinguió por cinco estatuas de estuco, que se consideraban obras maestras en su género.



CONVENTO DE LA COMPAÑIA DE JESUS

Los jesuitas se establecieron en Guatemala el año de 1582. Próximo al claustro estaba el Colegio de San Borja y la Casa de Estudios, terminado el primero en 1690 y la segunda en 1767.



FACHADA DE LA CATEDRAL.

El exterior de la iglesia, aunque bello, no correspondía a su magnificencia interior. Constaba éste de cinco naves con sesenta bóvedas, destacándose por su majestad la de la capilla real.



TEMPLO DE SANTA ROSA

Construcción dedicada a Santa Rosa de Lima. Fué costeada, principalmente, por una piadosa dama de nombre María Gómez.



PEDRO DE SAN JOSE BETHENCOURT

Cuadro conmemorativo de sus excursiones nocturnas, pidiendo sufragios para las almas y buscando enfermos que asistir o males que remediar.



FRAY RODRIGO DE LA CRUZ

En el mundo Don Rodrigo de Arias Maldonado, Gobernador de Costa Rica y Marqués de Talamanca.



FACHADA DE LA IGLESIA DEL CARMEN

Uno de los testimonios más valiosos de la belleza arquitectónica de la Antigua Guatemala. Se comenzó en 1683 y se estruyó en 1686.



TEMPLO DE LA MERCED

Esta iglesia resistió a los terremotos de 1733. Hoy mismo se conserva admirablemente.



CAPILLA DE LOS HERMANOS TERCEROS

Entre las bellezas artísticas que ostentó, figura el altar tallado en madera y dorado a fuego del Jesús Nazareno llevando la cruz. Es tal el detalle de esta obra, que apenas si la fotografía da una idea exacta de tantos primores.



RUINAS DE SAN FRANCISCO

Nave central de esta magnífica iglesia destruida por los terremotos de Santa Marta, el 29 de julio de 1773.



Tumba modesta en que descansan los restos de Fray Pedro de S. José de Bethancourt



En el Palacio Arzobispal de Guatemala se encuentra esta vitrina en la que se conservan los principales objetos que pertenecieron a Pedro de San José Bethencourt. La calavera que tenía siempre junto a su humilde camastro; el raído hábito y el silicio que usó durante su vida; la imagen de San José en que tuvo puestas sus ojos a la hora de su muerte; la campanilla clásica de sus excursiones nocturnas, y los libros que contienen el proceso de su canonización.

INDICE ALFABETICO

DE NOMBRES CITADOS EN LA OBRA

A

Acasio (Pedro Francisco), 147.
Acosta (Padre José), 173.
Adán, 16.
Adelantado (El) 33, 39.
Agustín de San Joseph (fray) 234.
Alba (Duque de), 25, 30.
Alburquerque (Duque de) 33.
Alcalá de Henares, 66.
Alcántara (San Pedro), 136.
Almengol (Pedro), 60, 72, 73.
Almoionga, 33, 34.
Altamirano y Velasco (E.) 182.
Altamirano y Velasco (Fernando) 180, 181, 182, 183.
Alvarado y Mecía (Pedro de) 32, 168.
Alvarado Xizontecal (Leonor) 39.
Álvarez (Manuel) 236.
Álvarez Rosica de Caldas (Sebastián) 219.
Alzaga (Martín de) 240, 241.
Ambato, 230.
América 18, 37, 59, 87, 91, 110, 166, 233, 240.
América Central, 244.
América Española, 8, 10, 34.
Andalucía, 30.
Andonaegui (José de) 234.
Ánimas (Fray José de las) 239, 240, 242.
Ancha (la calle) 209.
Angelis (Alberto de) 29.
Antigua Guatemala, 1, 81, 223.
Arana (Meyer) 244.
Arcos y Moreno, 151.
Arias Maldonado (Rodrigo), 25, 26, 30, 175, 176, 184, 190, 192, 196, 199, 200, 201, 202, 203, 206, 227.
Arrecifes (Partido de) 242.
Arteaga (Juana de) 33.
Asís (Ciudad de) 26.

Aspeizía, 249.
Atlántica (costa), 53.
Augusto, 6.
Avenidaño (Diego de), 180.
Ávila (Antonio de) 299.

B

Barda de Campos (Pedro) 98.
Barreneche (casa de los) 87, 88.
Batres Jáuregui (Antonio) 30, 40, 48, 78, 87, 88, 150, 154, 162, 223, 231, 254.
Basavilbaso (Domingo de) 237.
Belén (Casa de) 110, 111, 122, 129.
Benavente (Duque de) 25, 30.
Benedicto XIII, 249.
Bernardone, 5.
Betancour (Antonio Lorenzo) 58, 62.
Betancour (Catalina) 43, 48.
Betancour González de la Rosa (Amador) 43, 44.
Betancour González de la Rosa (Familia) 43.
Betancour (Lucía), 43, 48.
Betancour (Mateo), 43, 48.
Betancour (Pablo) 43, 48.
Betancour (Juan de) 41, 43, 47.
Betancour (Maciote de) 47.
Bethlem, 27, 108, 112, 128, 139.
Betanzas (Padre) 147.
Bolívar (Simón) 246.
Bonaparte, 238.
Bonifacio, 24.
Bonifacio VIII, 23.
Borja (Doña Ana de) 229.
Borromeo (Col. de S. Carlos) 147.
Branquemont (Roberto), 47.
Buenos Aires, 233, 234, 235, 237, 238, 242.
Bugnot (León) 244.
Burgos (Ciudad de) 66.

C

Cabovll, 159.
 Calvario (Alameda del), 175.
 Calvario Ermita de 100, 101, 102,
 103, 125, 126, 139.
 Calimaya (Conde de), 181, 182, 187.
 Callao, 237.
 Canarias, 2, 34, 42, 47, 91, 221.
 Carlos V, 10, 39.
 Carlos VI, 41, 47.
 Canton (Doctor Eliseo) 238, 244.
 Cañas (Cuesta de las) 76.
 Carranza (Familla de) 181, 182,
 184.
 Casaus y Torres (Fray Ramón) 223
 Casella, 29.
 Caserío de Caseros, 241.
 Catalina Reina, 42.
 Caux (Ciudad de) 47.
 Cerda (Luis de la) 47.
 Celano (Fray Tomás) 10.
 Céspedes (Juana de) 39.
 Céspedes (María de) 227.
 Clara, 26, 30.
 Clarisas de Colazzone 29.
 Clemente VI, 47.
 Clemente X, 228, 233.
 Clemente XI, 248.
 Clemente XIV, 250.
 Colón de Portugal (Pedro Nuño)
 69.
 Colón (Cristóbal) 3, 69, 166.
 Compañía de Jesús, 60, 154, 219.
 Concepción (Puente de la) 54.
 Congregación de Ritos, 249.
 Contreras (Rodrigo) 22.
 Copertino (San José de) 137.
 Conrado (Carlos) 63.
 Cordero (Juan) 228.
 Corpus Christi, 135, 171.
 Cortés (Hernán), 179, 187.
 Costa Rica, 25, 176, 177, 227, 206.
 Courlen (Benard) o, 136.
 Cristina la admirable, 136.
 Cristo crucificado (Colegio de) 152
 Cruz (Fray Antonio de la) 227.
 Cruz (Padre Juan de la) 65.
 Cruz de Piedra, 206, 208.
 Cuba, 33, 233.
 Cruzadas (las), 7, 17.
 Cuenca, 230.
 Cueva (Beatriz de la) 33, 34, 39.

Cueva de Alvarado (Beatriz) 34,
 39.
 Cueva (Francisca de la) 39.
 Cueva (Francisco de), 39.
 Curia Romana, 248, 249.
 Cuzco, 229.

CH

Chasna, 42, 44, 48, 54, 75.
 Chateaubriand (Renato Vizconde
 de) 8, 10, 104, 218.
 Chiclana (Feliciano) 242.

D

Dante, 168, 173.
 David, 111.
 Delgado (Agustina) 27.
 Delgado (María de Jesús) 27.
 Díaz (Victor Miguel) 62, 88, 209.
 Domingo (San Diego) 137.
 Don Juan, 42.

E

Ecuador, 229.
 Egipto, 238.
 Elordy (Nicolás) 234.
 Emperatriz del Cielo, 112.
 El Salvador, 187.
 Enriquez de Ribera (Fray Payo)
 66, 67, 69, 107, 108, 229.
 Enrique III (El Doliente) 42, 47.
 España, 3, 18, 22, 33, 42, 44, 69,
 88, 91, 102, 166, 179, 187.
 Espino (Fray Fernando) 100.
 Espinosa (Oratorio de) 87.
 Espíritu Santo, 99, 122.
 Esquivel (María) 103.
 Esquivel Navarro (Juan) 187.
 Estados Unidos, 49, 87, 97.
 Europa, 7, 15, 39, 238.

F

Fabiani (Anna) 43, 48.
 Favarone (Clara) 15, 26, 27.
 Favarone (Inés) 27.
 Felipe II, 10.

Felipe IV, 187, 207.
 Felipe Neri, 136.
 Fernández (Antonio) 87.
 Fernández de Castro (Pedro Antonio) 228.
 Fernández Guardia (Ricardo) 30.
 Fernández de Heredia (Alonso) 159.
 Ferrer (San Vicente) 32.
 Figueroa y Victoria (Obispo) 151, 154.
 Francia, 41, 69.
 Francisco de Asís, 5, 8, 13, 17, 23, 63.
 Frías Martel (Manuel de) 235.
 Franchesch (fray Miguel) 147.
 Fuerte Ventura, 42.

G

Gage (Fray Thomas) 87, 154.
 Galilea, 24.
 Gandara (Atanasio) 87.
 Garay (Francisco de) 33.
 Garay (Juan de) 235.
 García (Ana) 43.
 García y A. (Vicente) 22, 47, 56, 62, 69, 105, 113, 133, 140, 250, 254.
 García Icazbalceta (Joaquín) 94, 98.
 Girone (Dalmacio de) 136.
 Goathemala, 8, 25, 32, 33, 37, 44, 53, 64, 66, 75, 76, 83, 118, 126, 135, 144, 153, 160, 175, 205.
 Gomera, 42.
 Gomera (Conde de la) 147.
 Gómez Carrillo (Agustín) 154.
 Gómez (Fernando) 241.
 González de Bustillo (Juan) 159.
 Gómez de la Madrid (Francisco) 163.
 González (Nicolasa) 212.
 González (Petrona) 241.
 Gran Canaria, 42.
 Gregorio IX, 10.
 Guanajuato, 229.
 Guatemala, 39, 40, 62, 66, 87, 122, 147, 154, 180, 227, 233, 243, 244, 252.
 Giuseppe de la Madre de Dio, 43, 48, 62, 231.
 Giuseppe de la Madre de Dio (fray Antonio) 252.

Giullotti (Domingo) 29.
 Gutiérrez Altamirano (Juan), 187.

H

Habana, 52, 76.
 Haití, 49.
 Helyot (John) 174.
 Hermano Mulo, 131, 132.
 Hernández (Fray Juan Jesús) 158.
 Hibueras, 182.
 Hierro (Isla) 42.
 Honduras, 53, 182, 187.
 Horta (Salvador de), 137.
 Hospital de Bethlem, 121, 122.
 Huhnapu, 34.

I

Inés, 26, 30.
 Inés de Bohemia, 136.
 Indias (las) 25, 30, 44, 75, 91.
 Ingenio de Anís, 160.
 Inglaterra, 39.
 Inocencio XI, 228.
 Irigoyen 242.
 Irisarri (Antonio José de), 87.
 Islas Afortunadas, 41.
 Ixinche, 32.
 Izabal, 53.

J

Jacobo Benedett, 29.
 Jacobo de Benedictis, 20, 29.
 Jacopone, 23, 29.
 Jacopone de Todí, 23, 29.
 Jocotenango, 209.
 José, 5.
 Juan el Grande, 42.
 Juancho (Laguna de) 242.
 Justiniano (Antonio) 87.

L

La Ciudad Encantada de los Césares, 44.
 La Concepción (convento de) 56, 145, 148, 152.
 La Cruz del Milagro, 36.
 Lagasti, 184, 189, 190, 191, 196, 205.
 La Ermita (valle de) 82.

Landívar (Rafael) 147, 154.
 Lanzarote, 42.
 La Piedad (Virgen de) 33.
 Lara y Mongrovejo (Antonio de)
 180.
 La Salle (Gedifer de) 47.
 Las Cañas (Cuesta de) 53.
 Las Casas (Padre) 17, 22, 49, 159.
 Las Fontezuelas, 242.
 León (Juan Andrés de) 235.
 León (Doctor Nicolas) 69.
 Lima, 87, 234, 238.
 Lira (Pedro de) 87.
 Lobo (Padre Manuel) 60, 213, 226,
 249.
 López Ramales (Pedro) 248.
 López (Vicente Fidel) 244, 246.
 Loyola (discipulos de) 160.
 Luis XIV, 6.

M

Madona Vanna dei Conti di Col-
 dimezzo, 24.
 Magodas, 97.
 Maldonado, 88.
 Maldonado y Paz (Sor Juana de)
 152, 154.
 Marbella, 30.
 Mar Muerto, 109.
 María, 5, 108, 137.
 María Ana de Austria, 181.
 Marquez de Talamanca, 25, 227.
 Martín V, 97.
 Matasano (arco del) 54.
 Mazariegos (familia de) 181, 184.
 Mencos (Martín Carlos de) 107.
 Mendo (fray) 91, 97, 98.
 Mendoza, 234, 237.
 Menéndez y Pelayo (Marcelino)
 147.
 Merced (iglesia de la) 190.
 México, 10, 33, 66, 67, 82, 87, 94,
 154, 173, 179, 187, 233.
 Milla (José) 188.
 Mirón (Pedro Nuño) 67.
 Misa del Gallo, 111.
 Monteagudo (Bernardo) 242.
 Montevideo, 241.
 Montolinilla (fray Toribio de) 159.
 Murillo, 137.

Museo de Louvre, 137.
 Myra (Obispo de) 154.

N

Navarro (Andrés) 236.
 Navas y Quevedo, 247.
 Nicaragua, 97.
 Nicola (Pier) 43, 48.
 Novati, 67.
 Nueva España, 67.
 Nuevo Mundo, 45, 173, 247.
 Nuevo Reino de Granada, 154.
 Nuñez (Bartolomé) 187.

O

Oaxaga, 229.
 Obando (María de) 36.
 Omoa (Castillo de) 182, 186.
 Orden Bethemitica, 64, 143.
 Orden de las Clarisas, 26.
 Orden Tercera, 17, 100, 123, 134,
 165.
 Ortega (Juan de) 69.
 Ortiz (Pedro) 130.
 Osma (Universidad de) 66.

P

Pablo de la Cruz (San) 136.
 Pacaya (Volcán de) 62.
 Pacífico (el) 237.
 Pack (Coronel Federico) 238.
 Padilla (Diego de) 182, 183.
 Padilla (familia de) 181, 182, 184.
 Palestina, 109.
 Palma, 42.
 Panchoy (valle de) 3, 10, 39, 53,
 76, 82, 161.
 Papa Inocencio, 6.
 Papini, 29.
 Pardo Bazán (Emilia) 21, 29, 30.
 Parque del Conde, 187.
 Paulo III, 22.
 Payta, 229.
 Península (la) 44, 59.
 Pensativo (río) 129.
 Pericles, 6.
 Perrera, 43, 48.
 Perú, 127, 173, 234.
 Petapa, 99.

Pfandl (Ludwig) 187.
 Pica, 5, 21.
 Pino Suárez (J. M. calle de) 187.
 Platerías (calle de) 87.
 Popayan, 48, 154.
 Piura, 229.
 Portocarreo (Monseñor) 131.
 Puebla, 229.
 Puerto Cabello (castillo de) 187.

Q

Quintana (Manuel José) 22.
 Quito, 48, 229.

R

Ramírez (Pedro Antonio) 147.
 Real Audiencia, 107.
 Recoletos (convento de los) 153.
 Redentor (el) 21.
 Remesal (fray Antonio de) 147.
 Rey de las Canarias, 42.
 Richet (T. H.) 140.
 Río de la Plata, 233.
 Risco (Monasterio de) 69.
 Robertson (Doctor) 173.
 Rodrigo de la Cruz (fray) 27, 68,
 127, 139, 205, 208, 211, 212, 214,
 215, 225, 226, 230.
 Roma, 43.
 Rosellon, 240.

S

San Alberto (Fray Antonio de)
 246
 San Alejo (Hospital de) 81.
 San Antonio (Capilla de) 223.
 San Borja (Colegio de) 64, 71, 147.
 San Buenaventura (Colegio de)
 147.
 San Damián (Barrio de) 94.
 San Damián (Ermita) 94.
 Sánchez y Monroy (Carlos) 244.
 San Fortunato, 29.
 San Francisco (Hábito de) 24.
 San Francisco (Convento de) 100.
 San Francisco (Iglesia de) 100,
 121.
 San Francisco de Asis, 136.
 San Juan de Arce, 238.
 San Juan de Dios (Hospital de)
 58, 81.

San Juan de Dios (Padres de)
 236, 239.
 San Juan de Ulua (Castillo de)
 187.
 San Lázaro (Hospital de) 81, 83.
 San Martín (Hospital de) 234, 237,
 238.
 San Martín (José de) 246.
 San Martín (Patronato) 235.
 San Pedro (Hospital de) 81, 83.
 Sarasola (P. Luis O. F. M.) 21,
 69, 133.
 Santa Catarina Mártir (Convento
 de) 145, 148, 152.
 Santa Clara, 27.
 Santa Cruz (fray José de) 233.
 Santa Lucía (Alameda de) 175.
 Santa Marta (Terremotos de) 82,
 160.
 Santa Rosa (Alameda de) 87.
 Santiago (Apóstol) 33.
 Santiago de los caballeros de Goa-
 themala, 43, 81, 146, 237.
 Santiago de Goathemala, 8, 82.
 Santo Domingo, 160, 239.
 Santo Oficio, 36.
 Shakespeare, 32.
 Siete Ciudades de Sibola, 44.
 Siliezar (Tomás) 87.
 Sixto V, 252.
 Socorro (Virgen del) 33, 76, 99.
 Soto-Hall (Amy) 1.
 Stabat Mater, 24, 29.
 Suárez (Melchora) 39.
 Suncin (José) 248.

T

Talamanca, 176, 184, 230.
 Tatana, 36.
 Tecpan Goathemala, 33.
 Teide, 54.
 Tenerife, 42, 47, 54, 212.
 Tendorini (Annibale) 29.
 Tenochtitlan, 179.
 Teresa de Jesús (Santa) 136.
 Teresa Sánchez Cepeda Dávila y
 Ahumada, 136.
 Thompson (G. A.) 39.
 Tiberiades, 109.
 Tierra Firme, 93.
 Tlascala (Cacique de) 39.
 Trinitarios Descalzos (Convento
 de) 251.

Tobar (Hermano Rodrigo) 226.
 Trujillo (Honduras) 53.
 Trujillo (Perú) 229.
 Turrialba, 30.

U

Ujarraz, 30.
 Ulua (San Juan de) 187.
 Ulloa (Jorge Juan y Antonio de)
 143.
 Ulloa (fray Pedro) 102.
 Underhil, 29.
 Urbano VIII, 158.
 Urcullú (fray Manuel de) 151, 152.

V

Valdeparais (Francisco Antonio)
 241.
 Valdes (fray Juan de la Concepción)
 244.
 Valdivieso (Obispo) 22.
 Valparaíso, 237.
 Valladolid, 66.
 Valle Marroquín (Francisco del)
 36.
 Vásquez (fray Alonso) 221.
 Vásquez (Francisco) 147.
 Vásquez (fray Vicente) 249.

Veracruz, 39, 67.
 Venezuela, 187.
 Vía Quatro Fontana, 252.
 Vicente de San Nicolás (fray) 239.
 Vietes (Hipólito) 242.
 Vogedet (General) 241.
 Vilches (Diego de) 75, 76, 84.
 Villa y Corte de Madrid, 44.
 Villa Flor, 42, 48.
 Virgilio, 147.
 Vives y Tuto (Cardenal) 253.
 Volcán de Agua, 34, 36.

X

Ximenez (fray Francisco) 36, 88,
 147.
 Xizontecal (Luisa) 39.

Z

Zamora (Francisco) 104.
 Zapata (Alonso) 104, 154.
 Zapata (fray Juan de) 147, 151.
 Zapiain (fray Pedro) 147.
 Zeledon de Varraondo (Alférez)
 247.
 Zopilote, 126, 127.
 Zumarraga (fray Juan de) 94.

LISTA DE OBRAS CONSULTADAS

- García Icazbalceta (Joaquín) Biografía de Fray Juan de Zumarraga.
Buckle (Enrique Tomás) Bosquejo de una historia del intelecto español
León (Doctor Nicolás) Compendio de Historia General de México.
Díaz (Víctor Miguel) Conmociones terrestres de la América Central.
Pfandl (Ludwig) Cultura y Costumbres del pueblo español en los siglos XVI y XVII.
(Espasa) Diccionario Enciclopédico.
(Chateaubriand (Renato Visconde de) El genio del cristianismo.
Angelis (Alberto) En el centenario del nacimiento de Jacopone de Todí. (Artículo del diario "La Nación".
Terry's. Guide to Mexico.
Helyot. John. Histoire de L'Amérique.
Gómez Carrillo (Agustín) Historia de la América Central.
García de la Concepción (Fray Joseph) Historia Bethlemitica.
López (Vicente Fidel) Historia Argentina.
Cantón (Doctor Eliseo) Historia de la Medicina en el Río de la Plata desde el descubrimiento hasta nuestros días.
Acosta (Padre José) Historia natural y moral de las Indias.
Ximenez (Fray Francisco) Historia de la Provincia de Chapas y Guatemala.
Batres Jáuregui (Antonio) La América Central ante la Historia.
Dante. La divina comedia.
Gerbe (T.) L'Homme et les animaux.
Milla (José) Los Nazarenos.
Tompson (G. A.) Narración de una visita oficial a Guatemala.
Ulloa (Jorge Juan y Antonio) Noticias secretas de América.
Proceso de Beatificación.
Gage (Fray Thomas de) Relaciones de viaje.
Fernández Guardia (Ricardo). Reseña histórica de Talamanca.
Landivar (Padre Rafael). Rusticatio mexicana.
Pardo Bazán (Emilia). San Francisco de Asís.
Sarasola (P. Luis, O. F. M.). San Francisco de Asís.
Fray Giuseppe de la Madre Di Dio. Storia della vita, virtù, done e grazie del Venerabile Servo di Dio F. Pietro di S. Giuseppe Betancour, fondatore dell'ordine Bethlemitico cavata da processo ordinari fatti per la sua beatificazione, dedicata alla real maesta D. D. Carlo Borbón, re delle due Sicilie.
Richet (T. H.). Tratado de Metepsiquica.
Sánchez y Monrroy (Carlos) Vida del Hermano Pedro.
García y A. (Vicente). Vida del Venerable Siervo de Dios Pedro de San José Betancourt (Hermano Pedro).
Celano (Fray Tomás). Vita prima de S. Francisci Assisiensis.

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO EN LA
CIUDAD UNIVERSITARIA DE LA PLATA,
EL DIA V DE JULIO DE MCMXXXV
EN LOS TALLERES GRAFICOS
DE OLIVIERI Y
DOMINGUEZ.



